

Sagar Prakash Khatnani

SAWAI

21 CUENTOS

SOBRE LO QUE
VERDADERAMENTE
CUENTA



Luciérnaga

ÍNDICE

PORTADA

SINOPSIS

PORTADILLA

NOTA DEL AUTOR

DEDICATORIA

ADVERTENCIA

1 g. GENEROSIDAD

NOTA DEL EDITOR

RECIBIR, DEL VERBO DAR

2 g. IGUALDAD

TÚ Y YO NO SOMOS IGUALES, SOMOS SINGULARES

3 g. REPRESIÓN

EL ESPANTAPÁJAROS

4 g. ENCASILLAR

LA MANO QUE QUIERE A VECES TAMBIÉN HIERE

5 g. AUTENTICIDAD

CITA

¿CUÁNTO TIENE QUE GRITAR TU VOZ INTERIOR PARA QUE LA
ESCUCHES?

6 g. BUSCAR

ESTOY DELANTE DE TI, ¿ACASO NO ME VES? ATENTAMENTE: LA
FELICIDAD

7 g. PRIORIDADES

TÚ ERES TU ESPEJISMO Y TÚ ERES TU SED

8 g. RABIA

LA IRA ES CIEGA

9 g. LA MUERTE

¿VIVES O EXISTES?

10 g. GRATITUD

¿BUSCAS O ENCUENTRAS?

11 g. VANIDAD

UNA FLOR DE LOTO

12 g. CUESTIONAR (se)

LA MAHARANÍ LOCA

13 g. PREJUZGAR

ATISHA

14 g. AVARICIA

EL POBRE ARVIND

15 g. ARREPENTIMIENTO

EL MURO DE LOS RECUERDOS
ATENCIÓN

16 g. COMPARACIÓN

AMA TU CAMINO

17 g. COMUNICACIÓN

EL QUE TENGA ALGO QUE DECIR QUE HABLE AHORA O SUFRA PARA SIEMPRE

18 g. PASIÓN

QUE EL BAILE TE ACOMPAÑE

19 g. RECONCILIACIÓN

Y CUANDO LLEGUE LA MUERTE, LA ACEPTARÉ. Y CUANDO LLEGUE LA VIDA, LA APROVECHARÉ

20 g. ACTITUD

HACER ES SER

21 g. HILAR

SÁLVESE QUIEN SUEÑA
CUENTO AL CUENTO

AGRADECIMIENTOS

ATENCIÓN

NOTAS

CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Sawai es un libro conmovedor sobre el amor, el paso del tiempo y la vida, enmarcado en un mundo oriental y lejano; pero de contenido universal. Son cuentos clásicos reinventados, otros inéditos, que tratan temas tan actuales como la igualdad social, la homosexualidad, el animalismo, la ecología o el feminismo. Una lectura inspiradora, de trama sorprendente, acompañada de curiosidades y datos de interés, donde finalmente todo encaja a la perfección, como las piezas de un puzle.

Sagar Prakash Khatnani nos presenta un soberbio retrato sobre la inocencia y la redención que nos muestra el poder de la voluntad para cambiar nuestras vidas. Todas las tramas esconden una reflexión y llevan al lector a implicarse en el conflicto y a no permanecer indiferente. Es un libro que se devora en un abrir y cerrar de ojos, pero que deja un poso profundo. Página tras página se descubre un mundo donde los sentimientos y la ternura son lo único que importa, y donde los prejuicios quedan al margen.

Sagar Prakash Khatnani

SAWAI
21 CUENTOS
SOBRE LO QUE
VERDADERAMENTE CUENTA



Ediciones
Luciérnaga

*Escrito tras un pequeño mostrador.
Porque cualquier rincón es bueno para volar.
La mente es el nido. Dales alas a tus sueños.*

*Para mi padre y mi madre, que son la simiente de este libro;
las raíces de las que he bebido. Cada página les pertenece.
Pues esta historia desciende de ellos igual
que un río procede de las montañas.*

Bajo ninguna circunstancia debes ir a «En la cultura india es tradición...», es un atajo para descubrir el significado de Sawai.

1 g

GENEROSIDAD

En ocasiones olvidamos que la vida es como una gran caverna vacía, donde el eco de nuestros actos regresa a nosotros amplificado. Si no por altruismo, uno debe actuar bondadosamente por egoísmo, por la alegría que le provoca.

«Un simple acto de bondad puede iluminar dos vidas: la del que da y la del que recibe»

*Querido lector, cada página de este libro es una puerta muy delgada hacia otra realidad.
Basta con entornarla levemente con la yema de los dedos para adentrarte.*

RECIBIR, DEL VERBO DAR

En aquel momento el anciano exclamó con lágrimas en los ojos: «¡Que vivan los necios que inventaron la generosidad!».

Esta historia comienza con los padres de Vinod: humildes campesinos de la India profunda. Apenas tenían dinero para subsistir, vivían en la pobreza, pero alejados de la miseria de las ciudades. Trabajaban en los cultivos de arroz al servicio de los hacendados portugueses y malvivían en una chabola al sur de Karnataka. Los años pasaban entre las lluvias del monzón y las tardes sofocantes plagadas de mosquitos, hasta que una noche de verano sobrevino la tormenta y arrasó con todo a su paso, se desbordaron los cauces y la riada inundó los campos, las calles y los pueblos. Vinod, junto a otros sobrevivientes, se encaramó a las palmeras y luego saltó a un techo de paja que sobresalía como un islote sobre el agua, donde esperó a ser rescatado; al amanecer sus abuelos llegaron remando sobre una barcaza. Cuando el agua se secó, no quedaba nada más que lodazal y escombros. La tierra había engullido los cuerpos de sus padres.

El abuelo de Vinod tenía un pequeño puesto ambulante de verduras, pero en los últimos meses había enfermado de gota y apenas podía moverse, mucho menos trabajar. No tenían dinero y había que comer todos los días. Al viejo solo le quedaba vender el collar de oro que recibiera con la dote de su esposa.

Aquella pareja de ancianos tenía ante sí la espinosa tesitura de escoger entre pagar los medicamentos para el viejo o enviar a su nieto al colegio con el pago que recibieran. Y aunque ambos sabían que sería una insensatez perder dos manos pequeñas y laboriosas para arar el campo, la decisión fue clara: tres semanas después, abuela y nieto marcharon a la gran ciudad a inscribir a Vinod en la Escuela Central St. John, la más prestigiosa del sur de la India.

Vinod sonreía de contento, era la primera vez que pisaba Bangalore y se sentía atraído por la gente que pasaba, los zumbantes autorickshaws[1] y los decrepitos edificios oficiales.

A la abuela le complacía ver aquel brillo en la mirada de su nieto; de camino le compró un tentempié de un puesto ambulante y aunque ella también tenía hambre, se sació con ver al niño satisfecho. Luego se dirigieron a la administración y solicitaron los impresos. Cuando llegó la hora de pagar la inscripción, la abuela contó sus ahorros y descubrió que no tenía el dinero suficiente.

Asustada, la vieja irrumpió en la oficina del director del colegio y le relató su desgracia entre lágrimas; pero él los despidió ante la puerta con malas palabras. Una de las profesoras, una joven con gafas y sari de seda brillante, asistía a la escena con gesto conmovido, pero nada podía hacer y permaneció en silencio. Vinod y su abuela fueron expulsados como dos mendigos.

Aturdida, la anciana avanzó unos minutos sin rumbo ni propósito, mirando las calles con desamparo, perdidos como estaban entre la muchedumbre. Vinod, nervioso, comenzó a llorar y se abrazó a las caderas de su abuela buscando refugio. ¿Cómo podía

saber que ella lloraba también? Los adultos no son más que niños con pasado, igual de indefensos. Ambos se miraron con ojos aguados.

–Quiero estudiar, abuela, y algún día ser médico para curar al abuelo –balbuceó él.

La anciana miró a su nieto con profunda desazón. Habría querido un futuro diferente para su niño, alejado del sufrimiento y el sudor del campo, de la intemperie y la merced del tiempo. Pero a pesar de cuanto había trabajado toda su vida, no tenía nada para él, solo había enriquecido a otros.

–Quizá el próximo año la cosecha sea mejor y puedas venir a estudiar para ser una gran persona.

Vinod miró a su abuela pensativo y, agarrándola de la mano, la guio pesaroso. La responsabilidad había ensombrecido su rostro, como si hubiera crecido en apenas un instante.

En aquel momento, se acercó por detrás una joven con gafas y sari de seda brillante y les cortó el paso, ofreciéndoles una nota. ¿Qué pretendía? La abuela de Vinod la miró confusa y dudó en tomar el papel, pero la joven insistía con una sonrisa generosa. Al fin cogió la hoja con timidez y cuando la desplegó, dejó escapar un gemido. La anciana releyó varias veces el contenido sin creer lo que veían sus ojos.

¿Por qué?, se preguntó abrumada. Levantó la mirada y sus lágrimas cayeron desbordadas por la emoción, no sabía cómo interpretar aquel gesto.

–No podemos aceptarlo. No hay razón para que pague la matrícula de mi nieto –rechazó asustada.

–Por favor, insisto –dijo la mujer, que no era otra que la profesora que había asistido a la escena en el despacho del director. Pareció dudar por unos instantes, pero al final le confesó el motivo que la impulsaba a actuar de aquel modo–. Cuando tenía nueve años, vivía en un barrio de chabolas y mi destino era ser una buscavidas –reveló–. Sabía que al igual que mis padres, acabaría como mano de obra esclava para las fábricas textiles del sur. Un día, me escapé de casa y fui a la escuela para rogarles que me dejaran estudiar. Algunos niños se rieron de mí y me empujaron al salir. No tenía dinero. Me caí en el patio agobiada por la vergüenza y me levanté humillada. Había entonces un campesino que vendía verduras en un puesto ambulante y vio todo cuanto había pasado. Cubrió su género con un trapo y se acercó para consolarme; luego, agarrándome de la mano, entró en el colegio y pagó mi matrícula. ¿Puede creerlo? Nunca había visto a ese hombre. Nunca le pregunté su nombre y tampoco tuve la oportunidad de darle las gracias. –Tragó saliva, ahogada por la emoción–. Pero nunca me he olvidado de él. El hombre que vio una injusticia y luchó contra ella.

La anciana escuchó aquella historia y asintió en silencio.

–¿Puede al menos darme su dirección? –dijo conmovida–. Déjeme devolverle su ayuda cuando tenga el dinero.

La mujer aceptó y escribió los datos en una nota que sacó de su bolsillo. Luego, agachándose, se la entregó a Vinod.

–Prométeme algo, ¿vale? –le susurró con una sonrisa–. Un día, cuando puedas ayudar a alguien, lo harás.

Vinod asintió con ojos vidriosos.

–¿Puedo saber su nombre, señora? –preguntó la anciana cuando la profesora se incorporó.

–Yo soy una mujer que vio una injusticia y luchó contra ella –sonrió, y en aquel breve instante fue Sawai.

Cuando Vinod y su abuela volvieron al pueblo después de cuatro horas en tren, se sentían dichosos. En una semana Vinod iría a vivir a la gran ciudad. Entraron en la casa con gran alboroto y Babá los miró con extrañeza, tumbado en su camastro, ya apenas le respondían las piernas. Vinod se acercó corriendo hacia él y le entregó las medicinas.

–Mira lo que hemos traído para ti, abuelo.

El anciano miró confuso aquellos remedios tan caros.

–¿Acaso no has matriculado al niño? –preguntó asustado a su esposa.

La anciana le explicó la escena que había tenido lugar aquella mañana y su encuentro con la joven caritativa. De un salto, Vinod se tumbó junto al abuelo y le plantó un beso en la mejilla mientras le entregaba un papel.

–Me dio esta nota, Babá.

El abuelo miró aquel papel floreado y por algún extraño motivo le recordó a una hoja parecida que había tenido en sus manos muchos años atrás. Un día cualquiera, cuando ayudó a una niña que no tenía para pagar la matrícula de la escuela. La había acompañado hasta los suburbios y le había dado el dinero que tenía a su madre. Ella le había implorado que escribiera su dirección en un papel floreado que había sobre su mesa para devolverle algún día cuanto le debía. Él lo había hecho y se la había entregado. ¡Qué extraño recordar aquel instante!

Veinte años después de aquel incidente, cuando Babá abrió la nota se encontró con una frase envejecida a través del tiempo:

«Un simple acto de bondad puede iluminar dos vidas: la del que da y la del que recibe»

Babá se sonrió ante aquel papel amarillento: era su letra, eran sus palabras; nunca les reveló quién era. Y hoy, veinte años después, aquella niña a quien había pagado la matrícula era la profesora que le había devuelto el favor. Babá desplegó el papel por completo y vio que la muchacha había añadido otras palabras:

«La vida es un círculo»

Por algún extraño motivo, Babá recordó la devoción en los ojos de la niña y suspiró conmovido. Porque en este mundo extraño, donde vemos guerras, hambre, violencia, donde podemos sentirnos solos y a veces incomprendidos, en este mundo loco y egoísta... ¡que vivan los necios que inventaron la generosidad!

FIN

«A veces necesitas de la oscuridad para que brillen las oportunidades»

2 g

IGUALDAD

Todos nacemos iguales, pero cada uno se concibe de forma distinta. Es la libertad de ser únicos y poder expresarlo. La propia palabra lo dice: igual-dad, amor a quien es semejante como a quien es diferente. Al fin y al cabo, todos provenimos de lo mismo y cada día estamos más cerca de regresar a ello.

«Era ignorante, no entendía que el bien de todos era también el suyo»

TÚ Y YO NO SOMOS IGUALES, SOMOS SINGULARES

Según las escrituras, existía en el antiguo Afganistán un sah mogol muy caprichoso y consentido. No era más que un muchacho que acababa de ascender al trono y vivía ajeno a la realidad de sus súbditos. El joven era incapaz de dominar a sus consejeros, sofocar las revueltas, atender los juicios y bregar con la cruda realidad de su administración. El poder acabó por corromperlo: aumentó los impuestos, agravó penas y coartó libertades a los labriegos, a los que tenía sometidos a base de hambre y miseria. Se entregó a su placer ignorando la pobreza y la necesidad del pueblo, pues no solo era joven, sino también ignorante, y no entendía que el bien de todos era también el suyo. Con el fin de sofocar las revueltas se cebó con las más vulnerables: prohibió que las mujeres salieran de sus casas si no era acompañadas de sus padres, hermanos o esposos. Las enjauló bajo un manto de tela negra, pues ellas eran las culpables del deseo que brotaba en los hombres. De no moderar su actitud, su forma de hablar o caminar, serían justamente violadas por su provocación. Las relegó al hogar, a merced de sus maridos, ante quienes debían bajar la vista con recato. Los hombres eran libres de poseerlas a su antojo, dominarlas con azotes y prohibirles el trabajo, para que así fueran dependientes. Ellas eran seres inferiores, al fin y al cabo Dios era un hombre.

Una noche del mes de *Kartik*[2] apareció a las puertas del palacio un anciano con el rostro embozado, cubierto de jirones naranjas y una capucha por la que apenas asomaba su cabeza: era el asceta más sabio del reino, y el soberano lo recibió como era tradición.

–He vislumbrado el futuro –le reveló el *sadhu*[3] en medio de la corte–. Si en siete semanas no logra responder a mi pregunta, su majestad quedará maldecido. Subirá al trono una campesina que le hará prisionero y a la que habrá de someterse de por vida.

Aunque enfurecido por su atrevimiento, el monarca era supersticioso y quiso escuchar el acertijo. No permitiría que una mujer lo dominara. Entonces el anciano se irguió con piernas temblorosas y pronunció en voz alta:

–¡Oh, *Shahan Shah*!:[4] ¿qué es lo que más desean las mujeres? –preguntó con la

mirada velada por un halo blanquecino.

El sultán pensó que se trataba de una broma. ¿Qué clase de enigma era ese? ¿Acaso se trataba de una prueba? Convocó a todos sus consejeros, reunió a los hombres más sabios de su reino e incluso invitó a eruditos forasteros para que le ayudasen a encontrar la respuesta a aquella extraña pregunta: «¿Qué es lo que más desean las mujeres?» Algunos decían: el dinero, el amor, un buen esposo; pero el sah sabía que eran respuestas demasiado fáciles para ser las correctas. Otros hablaban de la virtud, de un buen palacio, de joyas y sirvientas. Pero tampoco estas respuestas convencían al monarca. Se reunieron durante semanas pero nada salió en claro. El sultán era incapaz de dormir, apenas podía comer ya, pensando en el futuro que le esperaba. Por primera vez experimentaba en sus carnes el temor que provocaba en sus súbditos.

Una noche, el rey se escabulló de palacio y partió hacia los confines del reino. Cabalgaba sin cesar bajo el sol, el viento y la lluvia, huyendo de su incierto destino, como un cordero que evitara al matarife. Lo cierto es que no tenía respuesta para la pregunta del sadhu.

Llegado el octavo día, el sah se adentró en territorio maratha.[5] Atravesaba un bosque oscuro y sombrío por el que apenas se colaba un rayo de luz mortecino cuando escuchó una voz en medio del follaje:

—¿Hacia dónde se dirige su majestad?

El muchacho miró a su alrededor, confuso, hasta reparar en una figura horrenda sentada a horcajadas sobre una rama. Era una leprosa de ojos hundidos, con el rostro deforme y cubierto de pústulas; no tenía dedos, sino muñones. Su voz era áspera y vulgar, con un marcado acento aldeano.

—¿Quién eres? —le espetó el sah con desagrado.

Ella dio un salto y cayó en cuclillas al suelo, como una fiera, mirándolo directamente a los ojos.

—Mi señor, corren rumores de que aún no ha dado con la respuesta a la pregunta del ermitaño —rio ufana.

El sah vaciló unos instantes y ella se acercó con sigilo.

—Si así lo desea su majestad —murmuró—, puedo ofrecerle la solución al acertijo. —El sah levantó la mirada—. Solo pondré una condición: habrá de concederme un deseo —añadió con descaro.

El monarca retrocedió contrariado, quería rechazar la propuesta, pero sabía que no estaba en esa tesitura y aceptó a regañadientes. Entonces, la monstruosa muchacha se acercó a él y con un aliento acre le susurró algo al oído. El rey sonrió con asombro, brillaron sus pupilas, y montando sobre su caballo volvió a palacio. Mientras se alejaba, dejando tras de sí una estela de polvo, la joven gritó a sus espaldas:

—No lo olvide, mi señor, me ha hecho una promesa.

El sah volvió a su reino y convocó al sadhu. Sin embargo, cuando le ofreció su respuesta el ermitaño rio con ironía:

–Lo cierto, Shahan Shah, es que solo había una persona en este mundo que conocía la respuesta a mi pregunta: una campesina a la que curaba sus heridas. Su majestad le ha prometido concederle un deseo. Pues bien, esta es su voluntad: desea casarse con usted.

Todos en la corte se miraron con incredulidad, se esparció una nube de murmullos, algunos consejeros incluso hablaron de asesinarla, otros se ofrecieron a casarse en lugar de su soberano. Pero el sah sabía que no podía ser, había dado su palabra y, aunque déspota, aún era ingenuo –quizá por eso no todo estaba perdido para él–: aceptó.

El mes siguiente se contrajo la alianza. Solo ver a la extraña pareja –un hombre apuesto, «sabio y virtuoso», junto a una mujer grotesca, horrible y salvaje– levantaba risas sibilinas y miradas de reprobación entre la concurrencia.

La última noche de los fastos, el sah y su esposa se encerraron en su dormitorio para consumar el matrimonio. El muchacho estaba nervioso, le repugnaba la idea de yacer con aquella horrenda labradora. Se sentó con un suspiro de resignación a su lado y levantó el velo, dejando escapar un grito de asombro. No podía creer lo que veía. Aquel ogro era ahora una mujer hermosa, de rasgo sutil y delicado, casi mágico, la piel cobriza y brillante, los ojos grandes y encendidos.

–¿Quién eres? –le preguntó con recelo–. ¿Dónde está mi esposa?

–Soy yo, sah –respondió ella, con voz dulce y refinada–. Había sido condenada por un *bhut*[6] a una apariencia monstruosa hasta hallar al hombre que, a pesar de mi aspecto, estuviera dispuesto a contraer matrimonio conmigo.

El soberano se sintió lleno de júbilo y quiso poseerla, pero ella lo contuvo.

–Sin embargo, solo se ha roto una parte de la maldición –rechazó–, por lo que ahora una mitad del día seré bella y la otra seré dantesca. Su majestad debe escoger: ¿prefiere que sea repulsiva en la intimidad de nuestro lecho, y bella de día para los demás, o bien prefiere que sea hermosa de noche y horrenda de día ante el mundo?

El rey se levantó confuso y durante largos minutos estuvo meditando su respuesta. A veces se decantaba por su propio placer, otras le podía su reputación. Y es que la mente obra con tanta cautela, analizando tantos motivos, que se adormece donde el corazón habría actuado en un instante. Finalmente se sentó ante ella y la miró por primera vez a los ojos. Era incapaz de imponerse a ella.

–Eres tú quien debe tomar esa decisión, porque es a ti a quien atañe y a nadie más –sentenció, para sorpresa de su esposa–. No tengo derecho a decidir.

Y en aquel breve instante fue Sawai. La *sahbanu*[7] sonrió con dulzura:

–Has roto el hechizo completo –le reveló– y ahora seré hermosa tanto de noche como de día. Los muñones, las úlceras, las maneras no eran más que un disfraz para ponerte a prueba. Todo era parte de un plan: quería darte una lección, pues no soy otra que la

heredera del Imperio maratha –le reveló con orgullo—. Has respondido de forma natural a la pregunta del asceta: «¿Qué es lo que más desean las mujeres?». Ser libres y tomar sus propias decisiones, porque a pesar de nuestras diferencias, tú y yo somos iguales y debemos tener las mismas oportunidades para desarrollar nuestra unicidad.

El sah la miró admirado y desde entonces, su corazón quedó prisionero de aquella «campesina», a la que se sometió de por vida, cumpliéndose así las palabras del sadhu.

Cuentan que en adelante el sah se volcó en mejorar la vida de sus súbditos, las mujeres volvieron a ser libres, a vestir y actuar como querían. Marchaban libres por la ciudad, pero los fanáticos que él mismo alimentara conspiraron y derrocaron al sah, mataron a la sahbanu y se impuso un nuevo régimen. Y todo comenzó otra vez desde el principio.

Pues quien ataca a los demás con fuego corre el peligro de acabar devorado por su propio incendio.

FIN

«Un problema no es más que una oportunidad para adaptar nuestros pensamientos a la realidad»

3 g

REPRESIÓN

Reprimir no es cambiar, es ocultar, para que te acepten tal y como no eres.

Es hacerte daño por miedo a que no te quieran.

Piensas que tienes una carencia, pero tu única falta es la falta de amor propio.

De ti depende, lo que sientes te puede abrasar o tú lo puedes abrazar, es cuestión de una letra.

«No puedes alcanzar la felicidad negándote a ti mismo»

EL ESPANTAPÁJAROS

Insólita es la historia que sucedió tiempo atrás, en el pueblo de Giddu Bandar,^[8] a un hombre que una vez poseyó terrenos y fue hijo de un poderoso hacendado, pero terminó convertido en un mendigo insatisfecho. Se llamaba Rama y había abandonado los bienes materiales para buscar la paz mental. Rama tenía un secreto que no podía confesar a nadie, ni siquiera a sí mismo.

Al provenir de una comunidad profundamente religiosa, su mente tierna quedó impresionada por las tradiciones y rituales. La fija idea de que debía renunciar a los placeres y al deseo había enraizado en su espíritu y, en cuanto tuvo uso de razón, se empeñó en reformarse como si fuese idea suya y no de una educación impuesta: no pensaba casarse, renunciaría al frenesí de la pasión, que no hacía más que distraerle de ocultar la oscura verdad. Sus padres y hermanos se asustaron ante semejante declaración, lo consideraron una ocurrencia, un capricho que se diluiría en el tiempo. Sin embargo, la voz interior de Rama se hizo cada día más fuerte y, poco a poco, más severa e injusta con su pobre espíritu. Se rodeó de un halo de espiritualidad para que nadie sospechara su inmundo secreto. Comenzó a ayunar por largas jornadas, imponiéndose penitencia por sus pensamientos lascivos. Luego se levantó un día y declaró que no iría a trabajar, renegaría de los bienes materiales, de la ambición y el deleite. Sus padres y tíos pensaron que se había convertido al comunismo y trataron de hacerle entrar en razón, pero no eran estos ideales sociales los que habían anidado en su cabeza. Tenía otro motivo, uno más oscuro y que no podía revelar a nadie. Y aunque era noble y justo con los demás, su humor se fue agriando lentamente, se convirtió en un hombre meditabundo y huidizo. La sombra de su misterio se hizo cada vez más grande. Abandonó su hogar, resolvió no hablar más para sofocar la rabia que se apoderaba de su ser. Controlaba sus gestos, sus miradas, sus andares, para que nadie descubriese su verdad. Cualquier muestra de alegría le parecía infantil y trataba siempre de mostrarse ecuánime. Rama creía que no merecía ser feliz, que era culpable de ser lo que era. Decidió abrazar la soledad, consagrándose a la oración y la austeridad. Temía que si confiaba a alguien «la palabra prohibida», esta se

haría realidad y ya no habría marcha atrás. Hubiera preferido morir antes que dejar que alguien descubriera su turbio secreto. Dominaba su mente con bruta voluntad, y en ello hallaba su placer, como un férreo centinela. Él era el preso y él era el carcelero. Se sentía impuro, indigno. Apenas era una jaula de huesos paseando por la calle bajo un turbante enorme. Todos lo saludaban, pero Rama avanzaba en piadoso silencio mirando al suelo, contemplando la sombra de su ego, que le pisaba los talones. Vagaba con rostro ofuscado, la mirada envilecida, el largo bigote atusado entremezclándose con su barba canosa, los pies descalzos y callosos, caminando sin cesar, como si quisiera llegar a algún lugar pero sin dejar de vagar en círculos. En su mano siempre llevaba un bastón de madera, como dando palos de ciego.

Lo cierto es que Rama no conocía nada de la vida, no había disfrutado el aliento del primer amor, ni soñado con dulce vergüenza los placeres de su cuerpo, no conocía el suspiro vacilante del deseo, el brillo del beodo, no había caminado hombro con hombro con extraños a los que pudiera llamar amigos o hermanos de corazón. Solo lo unía la sangre a unas pocas personas, pero incluso de ellos se había distanciado; tanto que ahora no eran más que desconocidos con su mismo apellido. El muro que había erigido para protegerse lo había aislado de los demás.

Se hacía mayor y el pelo de su barba y su pecho había encanecido, las arrugas habían cuarteado su rostro como el barro reseco; no le quedaba mucho tiempo.

Una noche, supo de una gran sabia que visitaba el pueblo y decidió ir a visitarla. Se sentía desesperado por hallar la solución a su miseria y se postró ante sus piernas con desesperación:

–Maestra Sridevi, toda mi vida he deseado cambiar algo de mí, proporcióname una senda para meditar.

Le temblaban los labios al hablar. Todas las lágrimas que había enterrado en su corazón asomaron a sus ojos.

La erudita, que no era más que una muchacha, lo miró con una sonrisa benévola y respondió:

–Ve al bosque y medita sobre tu vida, sin evitar ningún pensamiento. Reflexiona cuanto desees, pero no pienses en pájaros.

Rama, que ya no era un niño, salió caminando lleno de alegría y con un brillo de locura en sus ojos. ¡Qué fácil era acabar con aquel sucio secreto: no pensar en pájaros!

Se retiró a las afueras del pueblo y se sentó a meditar bajo un *bodhi*.^[9] Transcurrieron los días y no había ni terminado la semana cuando volvió corriendo al pueblo y buscó a la sabia. Se había marchado, le dijeron. Rama salió por la ruta del Gran Tronco^[10] y preguntando a los transeúntes y peregrinos la halló al anochecer, avanzando a la luz de la luna, como una sombra. Se acercó a ella con lágrimas en los ojos:

—¿Qué me has hecho?

La maestra se volvió, su silueta se perfilaba bajo un halo de luz.

—Antes jamás había pensado en pájaros —continuó Rama—. Pero ahora no puedo dejar de verlos en todos lados. He tratado incansablemente de pensar en algo que no fuesen pájaros, pero planean continuamente por mi mente sin que yo lo pueda evitar. Solo pienso en ellos.

La erudita sonrió bajo la luz plateada y le puso una mano sobre el hombro.

—Eso es lo que trataba de decirte: si sigues reprimiendo tu ser, solo lograrás desbocar el río de tu naturaleza. —Ella conocía su secreto—. Cuanto más lo prohíbes más fuerte lo haces. No puedes alcanzar la felicidad negándote a ti mismo. Acepta todas tus inclinaciones, vívelas, gózalas y entiéndelas, no las reprimas, transfórmalas, porque no puedes enfrentar aquello que ocultas a los demás y a ti mismo. Es inútil tratar de vencerte, pues el que perdería también serías tú. Cuanto más niegas tus instintos más grandes se harán, más poderosos, y tu voluntad no podrá retener por mucho tiempo el río de la vida. No hay nada malo ni bueno en las inclinaciones naturales. Es la sociedad, son los llamados hombres de bien y los falsos moralistas los que te han educado para aceptar una parte de ti y rechazar otra. Te han convertido en un espantapájaros. Hay que tener la cabeza llena de paja para ahuyentar tu propia verdad.

En aquel momento comenzaba a terminar la noche oscura, amanecía; nuestro protagonista suspiró como si fuera Sawai. Rama se dio la vuelta con paso vacilante y regresó a su hogar. Después de tantos años no quedaba nadie. Lloraba profundamente porque había olvidado cómo disfrutar de sí mismo. Volvía a ser un niño dando sus primeros pasos. A descubrir que el otro nombre de la vida es el «sí».

Fue entonces cuando se atrevió a pronunciar la «palabra prohibida». Rama la dijo en voz alta, pero el mundo no se derrumbó. Todo siguió igual. Y lo que pareciera un precipicio a saltar resultó no ser más que un simple paso en el camino engrandecido por su temor. Rama se dejó caer en el suelo y hundió la cabeza entre las rodillas, sus ropas bañadas por el arrebol de la mañana.

A decir verdad, muchos autodenominados sabios habrían repudiado a Rama de haber conocido su secreto. De hecho, incluso algunos lectores. Porque es muy fácil disertar sobre la teoría, deleitarse en lo abstracto, abrazar al mundo pero odiar al vecino, amar a las personas excepto a aquellas que piensan diferente de nosotros. Es en lo concreto, es en la realidad de la vida terrenal y cotidiana donde se ha de practicar la verdadera espiritualidad y comprensión.

En aquel instante, Rama sonrió, porque al aceptar su «palabra prohibida», por primera vez en la vida dejó de pensar en ella. Y supo en lo más hondo de su ser que este no era el final del cuento, sino el comienzo de uno nuevo.

ÉRASE UNA VEZ... FIN

*«Prometo obedecerme solo a mí, aunque la voz de los demás sea más fuerte.
¡Mi corazón será mi coraza!»*

P. D. Lo importante no es saber cuál era la «palabra prohibida» de Rama, sino cuál es la tuya.

4 g

ENCASILLAR

Durante nuestra infancia somos incapaces de defendernos de las valoraciones que nos imponen los adultos, las asimilamos inconscientemente y olvidamos que el amor propio es el punto de partida, siempre. Hasta que un día ya no pintamos nada, son otros los que delinean nuestras vidas, para que no nos salgamos de la raya.

«Las palabras tienen un poder inmenso: arrastran a las personas a la altura de sus etiquetas»

LA MANO QUE QUIERE A VECES TAMBIÉN HIERE

Reinaban por entonces los hombres malos, porque los buenos callaban y miraban para otro lado. Podría haber sido cualquier época, y sin embargo era un tiempo pasado.

Existía en la antigua Aiodhia[11] un niño bondadoso llamado Manoj. Cada día, al volver de la escuela vedanta,[12] debía labrar la tierra junto a sus padres para tener algo que comer. Apenas se le permitía jugar como al resto de sus hermanos. Divertirse era considerado fútil.

Como Manoj había nacido con aquella suerte, lo consideraba normal. Pero siempre que cometía un error los mayores mentían, de eso se daba cuenta. Si por ejemplo jugaba, y por alguna mala casualidad rompía algo, generalizaban y decían que Manoj era un elefante en una cacharrería, un bruto que todo lo destrozaba, y le exigían cuidado incluso cuando caminaba de puntillas. Convertían una gota en un océano. Si por casualidad aplaudía de júbilo, Manoj era un alborotador; si deseaba algo con interés, Manoj era un impaciente; si hablaba más de lo que a los mayores convenía, Manoj era un charlatán. Y tan fácilmente como le propinaban críticas le negaban los cumplidos. Lo atizaban a base de palabras secas y crueles. Y aun así, Manoj adoraba a sus padres: como la flor de azahar que perfuma los dedos que la deshojan.

Pero eso no habría de durar para siempre, y cuando llegó a la adolescencia, Manoj ansiaba ser comprendido. El resentimiento que bullía en su interior demandaba un cauce y, al no hallarlo, se desbocó como una riada. Manoj comenzó a faltar a la escuela, cansado de tanta reprimenda y discursos aburridos. Prefería escuchar el canto del mirlo desde la ventana de la clase; era el maestro quien lo distraía de la vida. También dejó de obedecer a su padre, que siempre lo dominaba a base de amenazas o triquiñuelas manipuladoras. Comenzó a responder a su madre, a rebelarse contra su injusta autoridad: ella jamás le demostraba que lo quería y daba por hecho que él debía intuirlo a pesar de sus gritos y críticas. Manoj conoció a muchachos que vagaban por las calles sin rumbo fijo y con ellos aprendió a disfrutar de la vida.

«Eres un desvergonzado, un desobediente, un maleducado, no sirves para nada», le gritaban sus padres, y cuanto más lo pisoteaban, más recio como una roca e insensible se tornaba él.

Un buen día, faltó un peine de oro de la madre y todos señalaron a Manoj. Él miró hacia los lados ruborizado y lo negó con una expresión extraña. Todos sabían que había sido Manoj, pero él lo volvió a rechazar descaradamente. Incluso se enfadó con ellos:

—¿Qué importa si lo he robado?

Iracundo, se marchó de casa y le dio la espalda a su hogar. Pasaron los meses y Manoj no volvió. Vagaba por las calles, mendigando ante las puertas del templo, viviendo de las sobras de los brahmanes o del pillaje a los peregrinos dormidos. Le había crecido el cabello y se paseaba ebrio por las calles. Todo el mundo lo despreciaba y él despreciaba al mundo. Su madre trataba de hacerle entrar en razón, el peine ya no importaba, solo quería a su hijo, pero Manoj ya no confiaba en ella. Su padre también le imploró que volviera a casa, pero Manoj no veía en sus ojos más que la vergüenza de su propia reputación herida. Así, día tras día, Manoj desperdiciaba su vida.

Hasta que una noche, presa de la inanición, Manoj perdió el conocimiento y cayó por las escaleras del *ghat*. A la mañana siguiente lo hallaron inconsciente a orillas del río, en medio de un charco de sangre y empapado hasta los huesos. Algunos vecinos alertaron a sus padres, y entre varias personas lo llevaron de vuelta a casa, como a un cadáver. Ahí reposó durante semanas, aquejado de altas fiebres y sumido en el delirio. Por las noches se retorció entre las mantas, sudoroso. A menudo lloraba por largas horas, y su llanto ininterrumpido era como el aullido triste de un animal herido. Fue al cabo de varias semanas cuando Manoj por fin abrió los ojos, y al ver el semblante exhausto de sus padres, sus pupilas se empañaron. Ellos intentaron hablar con él, pero Manoj no respondió.

Al ver que los días siguientes Manoj persistía en su actitud, los padres fueron a pedir consejo a los sabios de la escuela vedanta. Aquella noche se reunieron en su dormitorio algunos monjes junto a sus padres y hermanos, maestros e incluso vecinos.

Manoj los miró con desconfianza.

—Mañana me iré a primera hora —murmuró con voz triste—. Tranquilos, no seré una carga para vosotros.

Pero en aquel momento, todas las personas congregadas se acercaron lentamente y agarrándose de las manos lo encerraron en un círculo. Se inclinaron ante él y pronunciaron la palabra sagrada «namasté».

Estaban ahí para curar el daño: porque una palabra puede terminar una relación, pero también una discusión. Querían hacerle comprender que no es lo que vivimos... sino lo que crecemos, no es lo que sufrimos... sino lo que superamos. Y que entre las piedras que ayer nos lanzaron hoy crecen las flores. Una palabra es como un fogonazo de luz

que nos muestra un lugar oculto de nuestra mente, puede incendiarnos, pero también iluminarnos.

Aquella noche inolvidable, vecinos y maestros le mencionaron acciones bondadosas que había hecho en su vida. Los padres le recordaron el bien que les había traído, cuánto había ayudado a los demás, actos suyos de altruismo. Le agradecieron incluso gestos que él mismo había olvidado u otros a los que no dio importancia, pero que permanecían atesorados en los corazones de la comunidad. Y ante cada recuerdo repetían la palabra «namasté». Aquella noche oscura le imploraron perdón, reconocieron sus virtudes y admitieron que ser padres era mucho más que alimentar al hijo, pero también su amor propio y su corazón. Pues son precisamente las palabras de quienes más amamos las que más daño nos pueden hacer.

Fue al cabo de tantas horas, cuando esclarecía, que Manoj se incorporó con lágrimas de nostalgia y añoranza. Florecía su corazón dormido. Juntó las manos y pronunció: «Pranam».

Al fin era Sawai.

Algunos años más tarde, un día, cuando la esposa de Manoj trasladaba un aparador, apareció el peine de la madre fallecida. Al parecer se le había caído en un descuido. Manoj jamás lo había robado, pero las palabras tienen un poder inmenso: arrastran a las personas a la altura de sus etiquetas.

* * *

«Namasté» es un saludo tradicional en la India que también quiere decir: «Veo el bien que hay en ti».

En respuesta, las personas contestan «Pranam»: «Si es así, lo mejor de mí te reverencia».

FIN

«Las palabras son como piedras, podemos lanzarlas para atacar, construir un muro para encerrarnos o tender un puente para abrazarnos»

P. D. En adelante, los familiares y amigos de Manoj habrían de resaltar sus virtudes cada día. Un corazón herido es como una vasija rota, no se recompone con solo pedir perdón. Hay que pegarlo pedazo a pedazo. Nadie puede

cambiar en apenas un párrafo.

Muchos en el pueblo siguieron considerando a Manoj un ladrón y un borracho, a pesar de que esto solo había supuesto una etapa puntual en su vida. Es sabido que la gente olvida nuestros aciertos con la misma facilidad con que recuerda nuestros errores. A sus espaldas decían que los verdaderos hombres no son débiles, ni lloran por las calles como lo hizo él. «¡Parecías una mujer!», se reían. «Manoj el llorón», lo llamaban. Porque no solo esclavizan las valoraciones personales, también pesa la losa de los prejuicios sociales.

5 g

AUTENTICIDAD

*Seguir tu voz interior no es solo un derecho, es un deber.
Pensamos que somos todos iguales, pero no es cierto, somos
únicos. Observa: cuanto menos te amas, más imitas a los
demás. Ser LEAL a uno mismo es cambiar la primera letra por
una «R».*

«Cada ser humano es una respuesta en sí mismo»

—Esta es una historia muy, muy antigua —le advirtió el abuelo a su nieto—. Es un cuento prohibido y muy peligroso. Dicen que es un cuento ladrón.

—¿Por qué lo llaman un cuento ladrón, abuelo? —le preguntó Shankar.

—Porque entra en tu mente de forma disimulada y te roba los miedos —sonrió el viejo—. Los cuentos son así, te dejan un vacío, para que los vuelvas a llenar con nuevos pensamientos.

¿CUÁNTO TIENE QUE GRITAR TU VOZ INTERIOR PARA QUE LA ESCUCHES?

Una historia es la recreación de un sentimiento que no tiene nombre. Así ha sido siempre, desde el comienzo de la Historia.

Existía en la antigua India una niña extraña: buscaba desesperadamente una respuesta... como si la vida fuera una pregunta. Cuando iba a la escuela vedanta, se escondía entre los niños y escuchaba con atención las grandes lecciones y enseñanzas de sus mentores, los obedecía y a ellos se debía. Fue la primera en aprender a escribir y leer, la primera en memorizar los versos de Badarayana[13] y obedecerlos ciegamente. Los adultos aplaudían que se dejara llenar la cabeza de consejos, órdenes, mandamientos y normas. Se convirtió en una pupila ejemplar y era querida por todos los brahmanes de la escuela –que la acogieron como a una sirvienta pero nunca como a una alumna–, además de por su familia. Sin embargo, la niña no era feliz, se sentía vacía.

Cuando llegó a la adolescencia, la joven conoció a algunos muchachos de mala vida que vagaban por el mundo sin rumbo fijo, pero que no parecían perdidos. Al verlos tan jubilosos, los imitó y se rebeló contra la congregación y sus padres. Se marchó a viajar por el mundo y hacer suyas las maneras de sus amistades. Fumaba *charas*[14] y bebía *bhang*,[15] se dedicaba al pillaje e incluso apostaba en los enfrentamientos callejeros entre serpientes y mangostas cuando tenía algo de dinero. Pero nada la satisfacía.

Un día, la chica conoció a un monje, y al ver su halo de tranquilidad, su sabiduría y su conocimiento, marchó tras él y no volvió a mirar atrás. Abandonó sus antiguas prendas para adoptar la túnica naranja, se afeitó la cabeza y se unió a las enseñanzas del budismo. Meditaba sin cesar y ayudaba compasivamente a otros monjes y lugareños, seguía la palabra de Buda y en lo más profundo deseaba ser como él. Pero nada la colmaba de alegría.

Meses después, durante un paseo, la chica conoció a un hombre. Inconscientemente

lo siguió. Tenía que cruzar el bosque y su túnica se enredó entre algunas zarzas, haciéndose jirones. La muchacha no volvió a mirar atrás, se unió a la rueda de la vida, se casó con él, tuvo hijos y trabajó duramente para mantenerlos. Por primera vez descubrió que vivir era muy caro. Y aunque la pasión romántica y el candor del amor maternal en un principio la hicieron muy dichosa, no fueron suficientes, y en sus ratos libres seguía las enseñanzas de Mahavirá.[16] Ayunaba, dejó de comer determinados alimentos sagrados y cumplía con todos los preceptos del ascetismo, pero cada vez estaba más confusa.

A través de un buhonero, llegaron a sus manos los textos prohibidos de antiguos filósofos, y comenzó a leerlos en secreto, con desesperación, a descubrir cómo interpretar la vida, a rebelarse contra lo establecido. Aprendió sobre Aristóteles, Platón, Epicuro o Diógenes. Hablaba según las palabras de aquellos hombres e interpretaba el mundo a través de sus observaciones intelectuales. Pero nada de eso la contentaba, se sentía como un títere. Tomaba las palabras de otros para dar nombre a su silencio.

Cierto día, cuando sus hijos hubieron crecido y su esposo ya no estaba en este mundo, la mujer vendió su casa y compró un burro. Se rapó el cabello, vendó sus pechos y se disfrazó de hombre, para pasar desapercibida. Luego montó sobre el animal y marchó hacia tierras lejanas, pues había observado que los peregrinos disfrutaban mucho de sus viajes. En el camino averiguaba sus costumbres y sus anécdotas, muchas de las cuales hacía propias yendo al encuentro de aquellas experiencias, buscando que le sucediesen a ella de igual manera. Otras veces seguía los caminos trazados por sus carretas y se sentía en compañía de todo aquel que una vez pasó por ahí. Pero su corazón estaba vacío. La belleza del mundo no es visible para las mentes afligidas.

En cierta ocasión, al atardecer, en un descampado junto a la vereda, vio a un hombre arrodillado sobre un paño. A través de él escuchó las enseñanzas del Corán y a través de él abrazó a Alá. Ayunaba y rezaba junto a sus hermanas en la mezquita. Se dejó cubrir la melena, ahora canosa, por el hijab, y se vestía con el *kurta*[17] blanco. Pronunciaba las mismas palabras que las demás y comía su misma comida, pero para ella parecía no tener el mismo sabor. En su corazón las observaba y seguía sin ser feliz.

Así, un buen día, se subió sobre su burro y volvió a recorrer países lejanos. Unas veces siguiendo las enseñanzas de Zoroastro, otras las de un rabino, las de una derviche o un maestro zen. En otras se olvidaba de todo lo aprendido uniéndose a despreocupados pescadores, otras a contrabandistas y otras a los *banjaras*. [18]

Nuestra protagonista era una mujer recta y de espíritu noble, pero todavía su mente se hallaba a oscuras, sus ojos vendados por la erudición, y no había atizado la llama de la sabiduría ni alcanzado la conciencia de sí misma. Como su determinación era inquebrantable, buscaba sin cesar nuevas sendas espirituales, nuevas doctrinas o creencias, pero esto no hacía más que acrecentar su desconcierto. Los últimos días de su

vida, cuando ya apenas lograba avanzar ni montar a horcajadas sobre su pobre y agotado burro, seguía marchando bajo el sol afilado.

Una buena mañana dio con un faquir sentado bajo la generosa copa de un sicómoro y se acercó para charlar con él. En cierto momento, le confesó:

—Estoy cansada. A lo largo de mi vida he conocido demasiados credos, demasiadas teorías y doctrinas... ¿Acaso no sobran tantas enseñanzas si en realidad la verdad es una sola?

Al escuchar esto, el faquir la miró a los ojos con reprobación:

—¡No sabes lo que dices! Cada ser humano es una creencia, una religión, una respuesta en sí mismo.

La anciana se quedó perpleja, confundida y muy atribulada. Mientras el faquir continuaba hablando, sus ojos se llenaron de lágrimas y, tambaleándose, se levantó, como cegada por la luz del amanecer, avanzó unos pasos como si no reconociese dónde estaba y se quedó estática mirando el horizonte, las lágrimas cayendo por sus mejillas. Comenzaba a ser Sawai.

—¿Por qué lloras? —le preguntó el faquir. La anciana se llevó las manos al pecho:

—Me he pasado la vida imitando a otros, tratando de ser Buda, Jesucristo, tratando de ser Epicuro o Platón, tratando de ser matemático o astrólogo, siguiendo el camino marcado por los demás. Me he puesto las máscaras de otras personas y he seguido sus sombras... pero me he olvidado de lo más importante...

—¿De qué? —volvió a preguntar el faquir.

—De ser yo misma —respondió con voz queda—. No he seguido mi camino, ni mis aprendizajes, ni mis enseñanzas o mis observaciones. No he escuchado mi voz, sino que la he silenciado por la de los demás. He apagado mi fuego, la antorcha de mi alma, para buscar la luz entre las ascuas de otros. Ahora lo veo, no hay mayor pecado que ignorar tu verdad.

Enjugándose las lágrimas se acercó a su burro y le acarició su hocico viejo y canoso.

—Ni siquiera he sido honesta contigo —murmuró—. Tú has seguido tu naturaleza, tozudo a veces, pero obediente y servicial. Silenciosamente me has cargado durante años sin pedir nada más que heno, agua y algunas horas de descanso, porque esa es tu esencia. Pero yo, yo ni siquiera he sido humana contigo. Te he utilizado, ciega como estaba por seguir los dictámenes de los demás. Ni siquiera desarrollé mi sensibilidad, mi capacidad de percibir las emociones de otros seres, de compadecerme, de entermecerme.

¿Quién era el burro todo este tiempo? Después de nacer como humano lo más importante es aprender a ser humano.[\[19\]](#)

Y cuentan los habitantes de algunos pueblos que, durante meses, vieron a una mujer recorrer los caminos de la antigua India caminando junto a un burro, como quien camina junto a un amigo. Primero le daba de comer a él y cuando lo veía descansar era que sus

ojos se cerraban para dormir. Un buen día el burro no volvió a abrir los ojos, y tampoco lo volvió a hacer ella.

FIN

«Deja de entrenar para ser como los demás. Recuerda que, para ellos, tú eres “los demás”»

P. D. El burro y su dueña quedaron a un lado del camino, a merced de las fieras. Nadie se hizo cargo de sus cuerpos. Sus hermanos se desentendieron al conocer la noticia: «Era una vergüenza para la familia. Para nosotros murió el día que se marchó. De haberla visto la habríamos quemado viva para restaurar nuestro honor». Sus amigos de la adolescencia jamás le perdonaron su traición y aún se burlaban de ella: «¿Acaso se creía mejor que nosotros? Por mucho que vistiera el hábito jamás sería una maestra. Sabíamos que no permanecería en la vida monástica». Los budistas la reprobaban: «Era una libidinosa. Abandonó la senda de la rectitud por un hombre y cayó en la rueda del sufrimiento. Es su karma». El sultán la consideraba una revolucionaria, su inteligencia siempre había supuesto una amenaza para el poder. Los musulmanes la abominaban: «¡No queremos saber nada de una hereje!», gritaron con piedras en alto.

Se había ganado la envidia, la incompreensión o el desprecio de todos por no seguir la senda de ninguno.

Así es el mundo: cuando buscas tu propio camino dirán que estás perdido. Porque cuando decides escuchar tu voz interior, les quitas el poder sobre ti a los demás. Y es raro, muy raro, que alguien sea infeliz habiendo sido fiel a sí mismo. Una persona dichosa no necesita de intermediarios, ni tampoco promesas de vida después de la muerte, porque ya tiene lo más importante: vida antes de la muerte.

6 g

BUSCAR

*RE*Sulta que en ocasiones la búsqueda no nos deja ver la
solución.

PUES corremos tras sombras, conceptos, palabras que nos
alejan de la realidad.

*T*anto que olvidamos disfrutar del momento presente en espera
de un futuro ilusorio.

Por ello, en lugar de rastrear con la mente, hay que encontrar
con el corazón, y comprender que siempre ha estado delante de
nuestros ojos la

«Todo cuanto buscas está hoy, aquí y ahora, en ti»

ESTOY DELANTE DE TI, ¿ACASO NO ME VES? *ATENTAMENTE: LA FELICIDAD*

Nadie recuerda esta hermosa historia, pero existía en el antiguo Afganistán un joven que buscaba desesperadamente la felicidad. Un día abandonó a sus padres, a sus hermanos y se marchó en busca de ella. Algunas semanas después, a orillas del río Helmand, se topó con un pescador y este le comentó que para él la felicidad yacía en la inmensidad del océano. Así, nuestro muchacho descendió hasta Irán y se embarcó hacia alta mar. Tomó barcazas, buques y naos, recorrió los mares del mundo a través de las rutas de las especias, y a todos preguntaba lo mismo:

—¿Dónde está el océano?

Los marineros se reían, incómodos ante aquella pregunta extraña que parecía burlarse de ellos, pero como veían que el muchacho lo preguntaba en serio, acababan por decirle:

—Es aquí, donde estás ahora mismo es el océano, chico —señalaban a su alrededor.

Entonces, nuestro muchacho los miraba confuso, luego contemplaba el vasto horizonte a su alrededor y decía:

—¿Esto, el océano? ¿Cómo puede ser? Si no es más que el mar... ¡Yo busco el océano!

Y así, se alejaba de ellos y tomaba una nueva embarcación para seguir con su búsqueda.

Un buen día, un viajero le reveló que la felicidad se escondía en la riqueza. Así que nuestro muchacho lo abandonó todo, dejó el mar y volvió a la tierra, y con ello a luchar contra los hombres, a buscar la oportunidad, a amasar dinero y más dinero. Pagaba impuestos y tributos al sultán, cultivaba el campo y por las noches trabajaba en las tabernas, vivía como un mendigo, mientras avaramente acumulaba oro en un cofre enterrado en el bosque, a resguardo de los ladrones. Un buen día fue con todo su oro al

usurero y le preguntó:

–¿Dónde puedo encontrar la riqueza?

El usurero, al ver aquel tesoro, abrió los ojos sorprendido y sonrió:

–¡Ya eres rico! Lo tienes todo.

Nuestro muchacho, que ya no era tan joven, le respondió:

–¿Esto? Pero si no son más que monedas de oro... ¡Yo busco la riqueza!

El usurero entrecerró los ojos y lo miró fijamente, como si tramase algo.

–Si me das todas estas monedas te diré dónde encontrarla.

El muchacho aceptó.

–La encontrarás lejos de aquí, en la India –dijo para desembarazarse de él.

El chico dudó y el comerciante, con gran astucia, pronunció unas palabras capaces de convencer a cualquiera.

–Toma el camino hacia tus sueños hoy... porque quizá mañana los caminos te busquen inútilmente.

Entonces nuestro muchacho abandonó su tierra, abandonó Kabul y se marchó de peregrinaje. Durante meses atravesó el valle de Hunza[20] y el desierto de Thar, y cuando llegó al antiguo Indostán, recorrió sin descanso montañas y ríos. Un día encontró a un asceta a los pies de un árbol y le preguntó:

–Maestro, ¿dónde está la India?

El asceta abrió los ojos y rio con fuerza ante semejante pregunta.

–Estás en la India, joven. Esto es la India.

El muchacho miró a su alrededor y solo vio algunas casas y los montes áridos de roca rosada del Rajastán:

–¿Cómo va a ser esto la India? Esto no son más que montes y árboles... ¡Yo busco la India! –exclamó, y se alejó desesperado para buscar en otro lugar.

El asceta lo miró con tristeza y no pudo menos que negar con la cabeza: qué angustioso resulta cuando lo tenemos todo para ser felices, sabemos que la vida es hermosa y, sin embargo, el sentimiento no nos acompaña.

Cierta mañana, un peregrino le declaró que la felicidad se escondía en el conocimiento, en la escuela de Benarés. Así que nuestro muchacho viajó hasta la antiquísima Varanasi y llegó a la primera escuela védica de la humanidad, y al entrar en su biblioteca vio los innumerables libros y pergaminos, información de toda la civilización, y preguntó:

–Soy un peregrino, estoy buscando el conocimiento, ¿dónde puedo hallarlo?

El escribano le sonrió orgulloso y le dijo:

–Aquí lo encontrarás. Y el descubrimiento será tan grande como tu búsqueda.

Nuestro muchacho se convirtió en su discípulo y durante años buscó el conocimiento en los documentos y manuscritos, y un buen día le dijo a su maestro:

–Pero esto no son más que libros... Yo busco el conocimiento.

Y cuando estaba a punto de marcharse entristecido, el preceptor le dijo:

–Ya sé dónde puedes hallar lo que buscas.

Nuestro muchacho, que ya era casi un anciano, se ilusionó y levantó las cejas con un brillo de esperanza en los ojos.

–¿Dónde? –preguntó con la alegría de un niño.

El amanuense lo llevó a un cuarto viejo y oscuro detrás de la sala de escritura, cerró la puerta a sus espaldas y encendió una pequeña lamparilla, luego lo agarró del brazo y lo guio hasta un extremo, de donde hizo caer una sábana que cubría un objeto. Era un espejo cubierto de polvo y telarañas en el que aparecía reflejada su figura de forma borrosa.

–¿Qué ves? –le preguntó el maestro. Nuestro protagonista miró extrañado:

–A mí mismo.

–Pues ahí es donde encontrarás todo cuanto buscas: la profundidad del mar, la riqueza, la transformación del viaje y el conocimiento. Porque quien se conoce a sí mismo sabe que una gota de su ser esconde toda la inmensidad del océano, que la riqueza depende de su deseo, que no hay que viajar a ningún lugar sino a nuestro interior y que el conocimiento no es nada sin la sabiduría. Todo cuanto buscas está hoy, aquí y ahora, en ti. Esa es la auténtica felicidad que buscas desde tu infancia.

Nuestro héroe sonrió al ver su pálido reflejo, desdibujado bajo la luz mortecina del candil, y dejó escapar un hondo suspiro. ¡Había perdido tanto tiempo! Ahora lo comprendía: viajamos para volver, nos alejamos para acercarnos, buscamos para encontrar lo que nunca perdimos.

Siempre había sido Sawai.

FIN

«Hay quien desprecia la flor buscando la primavera»

7 g

PRIORIDADES

*En ocasiones, olvidamos compartir con nuestros seres queridos
lo único que tenemos: nuestro tiempo.*

*Pues a menudo el amor ocupa el último lugar en nuestra lista
de prioridades, aunque decimos hacerlo todo por él.*

Tú eliges qué ganas, pero también qué pierdes.

*Dar importancia a unas cosas es dejar otras atrás. No se
pueden agarrar cien piedras con dos manos.*

«Lo verdaderamente importante es el amor»

TÚ ERES TU ESPEJISMO Y TÚ ERES TU SED

Ocurrió que en la antigua India existía un muchacho ambicioso y con el firme deseo de prosperar. Se llamaba Chiranjeev, y sus padres lo habían desposado desde muy joven con una mujer cariñosa e inteligente con la que tenía tres hijos.

A pesar de ser padre, no era más que un adolescente inquieto, incapaz de olvidar sus sueños, sus deseos de grandeza y sus anhelos más profundos, que le hacían despreciar las pequeñas alegrías, los gozos familiares y los lazos con sus seres queridos. Todo ese amor le parecía dado, algo natural e inherente a su vida, nada especial. Él lo que deseaba era el oro, el poder, el honor, que su nombre quedara grabado en la Historia. ¿De qué servía su trabajo fatigoso en el campo? ¿Adónde le llevaba la monotonía indolente de los días? La vida era corta, fugaz y se estaba escurriendo entre sus manos como el agua; si no se aventuraba ahora, jamás lo haría. Un buen día tomó la férrea decisión de marcharse en busca de un futuro mejor. Prometió a su esposa enviarle dinero en cuanto estuviese en disposición de ello, sin faltar jamás a las responsabilidades con respecto a sus hijos, pero debía «hacer lo que su corazón le decía que era correcto». Su mujer era sabia, sabía por la determinación en sus ojos que no cejaría hasta ver cumplido su sueño. Ella lo amaba y por eso lo dejó marchar.

Chiranjeev se perdió, se enredó en el camino de los hombres, se arrastró por los bajos fondos y tomó algunos atajos, lentamente ascendió con trabajo y astucia, con ambición y deseo desmedido. Tanto se alejó que, poco a poco, olvidó a su familia, a su esposa y sus hijos. Todos quedaron atrás como la nube gris de una tormenta lejana que deseara evitar. Para ser justos, Chiranjeev siempre cumplió con su deber, les envió cuanto tenía pues, aunque ambicioso, no era egoísta. Quizá por ello, no todo estaba perdido para él.

Pasaron los años y las primeras canas brotaron en sus cabellos, las arrugas surcaron su rostro como cauces sedientos y su mirada se volvió antigua y nostálgica. Lo cierto es que a pesar de tanto esfuerzo, Chiranjeev no había logrado ascender demasiado: lo

habían engañado, le habían estafado y en muchas ocasiones había invertido en malos negocios o bien no había sabido materializar sus intenciones. Sea como fuere, lo cierto es que Chiranjeev, una vez más, terminó trabajando como campesino, en esta ocasión para un *thakur*.^[21] Labraba la tierra de otro hombre cuando tenía la suya propia, allá lejos, en su hogar, pensaba amargamente. Pero ¿cómo volver? Había desperdiciado su juventud y los años gloriosos de su vida corriendo tras el dinero, perdiendo lo más valioso que tenía: su tiempo. ¿Qué les diría a su esposa y sus hijos?

Una noche lloraba desesperado sobre una roca del camino cuando un niño que pasaba por ahí lo escuchó lamentarse en la oscuridad y se acercó compadecido. No era más que un pilluelo que vagaba de pueblo en pueblo tocando su flauta, con nada más que un morral atado a un palo. Pero Chiranjeev no tenía a nadie con quien hablar y le confió el relato de su tortuosa vida. Para su sorpresa el niño rio con fuerza, como restando importancia a sus pesares, metió la mano en su morral y sacó de pronto un enorme zafiro azul, que destelló como una llama en mitad de la noche.

–Encontré esta piedra en el camino, toma –le dijo, lanzándosela con alegría. Chiranjeev la cogió en el aire–. Aquí tienes todo cuanto has deseado en tu vida. Ahora ve y sé feliz.

Chiranjeev, que ya no era tan joven, temió que se tratase de un ardid e intentó rechazarlo asustado, pero luego experimentó el aguijón de la ambición y lo guardó en su bolsillo con agradecimiento, incapaz de creer en su suerte. El niño parecía desconocer el auténtico valor de la gema.

Aquella noche, cuando volvía a su choza, Chiranjeev estaba ardiente de deseo. Vendería aquella piedra por varias sacas con monedas de oro: se construiría un palacio, se codearía con grandes comerciantes, con *nababs*^[22] y hasta con el maharajá, dormiría con las cortesanas más hermosas y quizá hasta contrajese nuevo matrimonio. Dejaría de mirar atrás, olvidaría a su antigua familia. Aquella era su oportunidad de ser feliz. Y sin embargo, se sentía vacío, jamás habría pensado que la felicidad fuese tan triste. Lo asaltaron sombríos pensamientos: ¿de qué servía vagar solo en el mundo? ¿Cuándo se había vuelto tan mezquino? Su corazón, que de algún modo intuía la verdad, parecía advertirle: «Entrégate, siempre, es la única forma de vivir». Durante toda la noche estuvo dando vueltas sobre su catre, pensando una y otra vez en el niño, el brillo en su mirada. Necesitaba pedirle algo más. Antes del amanecer, incapaz de conciliar el sueño, Chiranjeev se levantó para ir tras él. Recorrió las callejuelas en la oscuridad, llegó hasta las afueras del pueblo y siguió alejándose, buscándolo con desesperación. Temía parecer un malagradecido, pero lo cierto es que no le bastaba con el zafiro.

Caía una ligera llovizna con olor a tierra húmeda, y en medio de la noche lo encontró: el niño seguía caminando hacia el horizonte, con sus mejillas manchadas de hollín. Nuestro protagonista se acercó implorándole con las dos manos:

–Te lo ruego, comparte conmigo tu riqueza.

El niño lo miró afligido:

–Te he dado todo cuanto tenía.

Pero Chiranjeev lloraba amargamente, avergonzado.

–No me refiero a esta piedra –le dijo con hondo pesar–, me refiero a la riqueza que te ha permitido desprenderte de semejante tesoro.

El pequeño lo miró sonriente. Amanecía después de mucho tiempo:

–Mi riqueza consiste en apreciar lo que se tiene –le reveló–. Hay quien solo se da cuenta del hoy cuando ya es ayer.

Chiranjeev, que ya estaba en la juventud de la vejez, despertó por fin de su largo ensueño: comenzaba a ser Sawai. Aquella madrugada se culpó, se atormentó y castigó de mil maneras, pero por mucho que miró atrás en el camino, no logró cambiar uno solo de sus tropiezos, no logró borrar una sola de sus huellas. Al fin se levantó candoroso y cogiendo los pequeños ahorros que tenía, volvió a su hogar y pidió perdón. Su mujer lo esperaba en la puerta. Sabía que un día volvería, y más aún, porque había sido ella quien había enviado a aquel niño, su propio hijo, para hacerle comprender la mayor lección de todas: que lo verdaderamente importante es el amor. La gema no era más que un cristal, pero la lección era cierta.

FIN

«Su corazón era una roca de ego, pero el amor, como el agua, siempre se hace camino»

P. D. Sin embargo, hay quienes cuentan que este final no es verídico, y que no fue su esposa quien se encargó de transmitirle aquella enseñanza. Porque lo cierto es que la vida es una maestra mucho más severa. En la realidad, al entrar en su vieja casa años después, el muchacho descubrió que su mujer había rehecho su vida junto a otro hombre que la amaba, y sus hijos ya no lo reconocían. ¿Acaso tenía algún derecho a exigir que se detuviera la vida de los demás hasta que él se decidiera a volver? Una flor no deja de brotar en espera de otra. El muchacho había perdido lo único valioso que tenía por anteponer las cosas a las personas.

También hay quienes consideran que Chiranjeev jamás volvió a su hogar guiado por una simple lección, y que las palabras del niño cayeron como gotas de agua pura en una ciénaga. Las costumbres solo pueden ser combatidas por nuevos hábitos, cada día. Nadie puede arrancar el árbol del vicio de raíz, sino que ha de podarlo rama a rama. «¿Cómo puede uno cambiar de pronto?», insisten. «No es creíble.» Pero olvidan que esto es un cuento y que aquí todo es posible, incluso los finales felices.

8 g

RABIA

La cólera te hace parecer fuerte, pero en realidad te vuelve débil. Es como un puñal sin mango, hiere a su propio dueño. Ni cien años de ira pueden cambiar el daño que alguien te ha causado; solo una palabra puede. No tardes toda una vida en aprender ocho letras:

P E R D O N A R.

«La ira es pasajera, el amor es para siempre»

LA IRA ES CIEGA

Sucedió en una aldea solitaria al este de Kabul, donde el sheikh era el príncipe de todos sus habitantes. Allí existía un humilde campesino llamado Gibrán que ocultaba una posesión muy valiosa y singular, algo que muy pocos hombres en la tierra tienen: un amigo de verdad. O al menos, eso creía él, porque las apariencias son traicioneras.

Aquel amigo se llamaba Khalil y habían crecido juntos, como dos hermanos con distinta sangre pero un mismo corazón. Compartían una infancia silenciosa y bastaba una sola mirada para que se entendiesen. Si bien con los años cada uno de ellos había tomado un camino distinto, los recuerdos seguían anclándolos a sus orígenes, y la devoción que se profesaban los unía como dos afluentes de un mismo río. Sin embargo, en el rostro en que Gibrán veía un amigo se ocultaba un lobo disfrazado.

Pronto Gibrán habría de desenmascararlo, pues sucedió que un buen día, al entrar en su casa, descubrió a Khalil en su dormitorio, con una alcancía rota sobre la cama y el dinero en las manos. Su amigo era la única persona, aparte de su esposa y su hija, que sabía dónde escondía sus ahorros. En aquel instante, al verlo con sus feluses de cobre, lo que más le dolió no fue que Khalil tomara prestado su dinero. Incluso le habría dado su vida con gusto si se lo hubiera pedido. Sin embargo, él más que nadie sabía cuánto había sufrido día y noche, años de sudor y sacrificio, trabajando hasta desfallecer, renunciando al más nimio descanso o placer, asfixiando incluso las ilusiones de su esposa y su hija para disponer de aquella reserva en caso de algún infortunio. ¿Acaso no entendía todo su dolor? ¿Acaso ya no eran amigos, que no apreciaba su renuncia? Al verlo ahí, adueñándose de su dinero, dejó escapar un grito desgarrado:

—¡Miserable!

Por culpa de aquel acto había perdido un amigo y no podía perdonárselo. Cegado por la furia, cogió un cuchillo y se acercó a él, pero antes de cometer una locura salió corriendo de su casa y decidió ir hasta el *al-qadi*^[23] para clamar justicia: deseaba vengar la deshonra y la humillación de haber abrazado como a un amigo a aquel que no lo era. Quería matar a Khalil amparado por el derecho al honor. El juez escuchó

atentamente todo cuanto había sucedido y tras unos minutos dictó su sentencia.

–Te condeno –y señaló a Gibrán– a que te sientes bajo el olivo de la plaza y fumes un *hookah*[24] mientras contemplas a las palomas. Vuelve cuando hayas terminado.

Gibrán no cabía en sí de sorpresa. Quiso resistirse, pero sabía que podía ser condenado por desacato, así que obedeció disgustado y cumplió la pena, cuando el verdadero culpable era su amigo.

Cargó un narguile con *molasses*[25] y se fue a sentar bajo la generosa copa del olivo sagrado. Tardó una hora en acabar de fumar el tabaco mientras contemplaba el dulce aleteo de las palomas que planeaban a su alrededor, adormecido por sus arrullos cadenciosos. Luego se levantó y, sacudiéndose la tierra, volvió junto al al-qadi, tal y como este le había ordenado.

–¿Y bien? –le preguntó el juez–. ¿Cuál quieres que sea la condena de tu amigo?

Gibrán vaciló unos instantes, lo había pensado mejor. Era desmesurado matar a Khalil, era mejor cortarle las manos para que nunca olvidara su error. De nuevo el al-qadi dictó sentencia.

–Si es así, te vuelvo a condenar a que te sientes bajo el olivo de la plaza y fumes otro *hookah* mientras contemplas a las palomas. Vuelve cuando hayas terminado.

Esta vez Gibrán trató de negarse, pero una mirada del juez bastó para acallarlo. Tardó dos horas en terminar de fumar su tabaco con miel, mientras disfrutaba de la brisa fresca y el lánguido atardecer, bajo las sombras ajedrezadas de las hojas. Cuando regresó ante el juez, su espíritu estaba sereno y le dijo con humildad que creía excesivo castigar con la Ley del Talión a Khalil, pero que revelaría su mala acción a los vecinos y le humillaría en público para que nadie se fiase de él, así le daría una lección. El juez asintió en silencio y dictó condena:

–Me parece justo, que así sea, pero antes habrás de fumarte otro *hookah* bajo el olivo mientras contemplas a las palomas. Fin de la sentencia.

Gibrán no entendía aquella condena injusta dirigida contra él, pero ya no le importaba, su mente sobrevolaba otros pensamientos y cumplió la pena dócilmente. Se sentó bajo el olivo sagrado y con aire meditabundo aspiró el humo del tabaco. Bocanada a bocanada su ira se fue desvaneciendo como el humo que salía de su pecho. Así fue como al levantarse, en lugar de dirigirse hacia la casa de Khalil, llamó a las puertas del al-qadi y le dijo:

–He reflexionado y me parece que cualquier pérdida vista desde el corazón tiene menos importancia. No es más que dinero. Mi amigo es más valioso que simple cobre. Iré a su casa y le daré un abrazo, así recuperaré a un hermano que seguro debe estar arrepentido. La ira es pasajera, el amor es para siempre.

El al-qadi sonrió y le regaló una carga de narguile, condenándolos a que la fumasen juntos bajo el olivo sagrado. Con una sola condición: cada uno de ellos solo podría

hablar mientras fumaba, y el otro debería escuchar.

Aquella charla entre amigos duró toda la noche, abrieron sus corazones y lloraron amargas palabras de arrepentimiento, con calma, conectando sus espíritus. Fue entonces cuando Khalil le reveló a Gibrán que era su propia hija quien había malgastado sus ahorros en una apuesta y temía decírselo. La muchacha había acudido a Khalil, y como él no tenía esposa ni hijos, había decidido coger todos sus ahorros y meterlos en la alcancía de su amigo para ayudarlo.

Al conocer la verdad, Gibrán lloró avergonzado a sus pies y prometió cuidar su amistad como el bien máspreciado.

En adelante Gibrán sería Sawai.

Años más tarde, al morir el al-qadi, todo el pueblo acudió a su entierro y sobre su tumba, en la arena aún húmeda, dos amigos reconciliados plantaron un olivo que con los años se volvió el hogar de las tórtolas.

Es por ello por lo que la paloma y el olivo son el símbolo de la paz.

FIN

*«Cuando la realidad no cumple nuestras expectativas, tratamos de defendernos de ella.
Esto es enfadarse»*

9 g

LA MUERTE

La muerte no siempre llega al final, puede llegar a mitad del libro, a mitad de un día cualquiera, a mitad de tus sueños o de cuanto deseabas hacer. Por eso vive con el corazón, que ya la muerte se encargará de robarte los latidos. Al fin y al cabo a todo el mundo le es concedido tiempo para cambiar su vida, pero nadie recibe otra vida para recuperar el tiempo.

«Conforme pasaron los días, lo urgente se impuso a lo importante»

¿VIVES O EXISTES?

Parece ser que, hace muchos años, cuando la antigua Bagdad era nueva, vivía en sus callejuelas un niño al que aguardaba un extraño designio. El chico se llamaba Rumi y aquella mañana su *amah*[26] lo envió al río para llenar un cántaro. Apenas se había agachado cuando escuchó el sonido de unos pasos y apareció una sombra entre la maleza. Vestía de negro, con los pies descalzos, y un chador[27] cubría su cabeza. Sin saber bien por qué, pero guiado por una intuición muda y certera, Rumi la reconoció al instante: era la muerte, que venía a buscarlo. Algo en él se rebeló contra aquella presencia repentina e injusta. Dio un salto atrás y, con la inconsciencia de la juventud, encaró al destino:

—¿Por qué vienes a por mí? Apenas he comenzado a vivir, aún tengo un camino por delante lleno de ilusiones y esperanzas. ¿En qué no puedo llegar a convertirme con el tiempo suficiente?

La muerte lo miró con curiosidad. Esperaba súplicas y lágrimas, pero no el fervor de un espíritu apasionado. Negó con la cabeza mientras le susurraba:

—No es a ti a quien espero, sino a una vieja campesina. Tranquilo, te avisaré cuando venga a buscarte, lo prometo.

El muchacho se alejó aliviado, corriendo, el miedo palpitándole en las sienes. La muerte quedó sola en el bosque, y mientras veía a Rumi alejarse, sonrió de forma extraña. En realidad no esperaba a nadie más.

Aquella mañana, el muchacho vagaba por las calles con gesto meditabundo, encogiéndose como un perro abandonado ante el más mínimo ademán o grito de los transeúntes. Rumi tenía miedo de lo que había visto, las piernas apenas le sostenían en pie. Sabía que nadie le creería, o peor, lo tomarían por un hereje. Debía mantenerlo en secreto. Pero, ¡oh, memoria fatal de los hombres!, conforme pasaron los días lo urgente se impuso a lo importante y la impresión de aquel encuentro se diluyó, sepultada por los quehaceres diarios, la rutina, las responsabilidades banales de la vida y el mundo inventado de los hombres.

La vida siguió su curso fatigoso y los años fueron pasando, Rumi trabajó duro para asegurarse un sustento, se casó y tuvo tres hijos. Como cualquier joven pensó que sería eterno y desperdició sus mejores años en trabajo y más trabajo. El negocio creció y el esfuerzo dio su fruto. Rumi prosperó, se convirtió en un respetado comerciante de Bagdad. Exportaba grano al Líbano y a Egipto, sumergido siempre en las cuentas y tratando de lidiar con sus competidores. Continuamente pensando en lo que no tenía y anhelando el futuro. Se convirtió en un hombre astuto y orgulloso. Amasaba fortuna y más posesiones, sin saber que estaba perdiendo la tierra por ganar la luna. Sus logros no eran alivio, sino agobio, y vivía para pagar impuestos al emir y tributos al sheikh. Ya se sabe que no hay mejor esclavo que el pobre que desea ser rico.

Con todo, su vida había quedado marcada por aquel recuerdo oscuro de la infancia. Cuando sucumbía algún familiar, algún amigo o ser querido, Rumi huía lejos para evitar a la muerte. Cuando sus hijos enfermaban, se apartaba de ellos, e incluso cuando su esposa sufrió un aborto natural, no apareció en meses. Ella jamás se lo perdonó.

Rumi nunca asistió a ningún fallecimiento, ni siquiera a los de sus padres, mucho menos al de un animal. Siempre ausente, siempre en guardia. Gastaba su dinero en comidas frugales y hierbas milagrosas, exóticos brebajes del lejano Oriente o dudosos remedios que le proporcionaban comerciantes oportunistas. Aprendió las técnicas más complejas de meditación y ejercicios yóguicos. Jamás paseaba solo por las calles, se desplazaba en carruaje, y nunca se subió a un barco. Erigió una muralla alrededor de su casa, provista de placeres que no disfrutaba, y siguió fielmente todas las religiones, adoró a todos los dioses, a los que siempre pedía lo mismo: más tiempo. Necesitaba casar a sus hijos, instruirlos en el negocio. Quería ver a sus nietos y asegurarles el porvenir. Siempre había algo por hacer, ya apenas descansaba. Justificaba aquella frenética actividad convencido del altruismo de sus actos.

Hasta que un día, durante un recorrido, contemplaba Bagdad desde el ventanuco de su carruaje con mirada ausente, meditando sus planes, cuando dejó escapar un gemido. Fue como si un elefante pisara su corazón. ¡La había visto! La reconocía: era la muerte. Fue un instante nada más: vestía de negro, con los pies descalzos, un chador cubría su cabeza. Era inconfundible, y el recuerdo marchito de aquellos días volvió a su mente. Paseaba por el mercado, rozando con su mano el hombro de algunos comerciantes, mientras esquivaba a los niños que jugaban. Se volvió desprevenida y observó a Rumi con ojos afilados e intensos.

Luego el carruaje desapareció tras una edificación.

La muerte venía a buscarlo, estaba seguro, lo había amenazado con la mirada.

Necesitaba huir de la ciudad hoy mismo.

Asustado, Rumi volvió aquel día a su hogar y anunció que se marcharía por un tiempo de Bagdad, quería irse muy lejos de allí. Su esposa e hijos lo miraron

desconcertados, pero él insistió en que debía ausentarse por una cuestión de trabajo. Rumi partió hacia la ciudad de Abu Ghraib, donde poseía una propiedad oculta, una pequeña casa en la que esconderse de la muerte. Ensilló uno de sus mejores caballos y al galope atravesó las murallas de la ciudad. Si huía a toda prisa, aquella noche podía llegar a Abu Ghraib.

Al caer el sol, Rumi avanzaba oculto entre las penumbras, con el rostro embozado, tratando de pasar desapercibido. Había salido de su escondite para rellenar un cántaro en el río. Apenas se había agachado cuando escuchó el sonido de unos pasos y apareció una sombra entre la maleza. Vestía de negro, con los pies descalzos, un chador cubría su cabeza. Tantos años después se repetía la misma circunstancia. Guiado por una intuición muda y certera, Rumi la reconoció al instante: era la muerte, que venía a buscarlo. Algo en él se rebeló contra aquella presencia repentina e injusta. Dio un salto atrás y, con la inconsciencia de la vejez, encaró al destino:

—¿Qué vienes a buscar aquí?

—Es a ti a quien busco —contestó la voz de la muerte.

—Es injusto. ¡Prometiste que me avisarías antes de venir! ¡Has incumplido tu promesa!

—Te he avisado cada día —insistió la muerte.

—¿Cuándo? —preguntó incrédulo.

La muerte se aproximó igual que un cazador silencioso.

—Cada vez que veías aparecer nuevas arrugas en tu rostro —se acercó un paso—, cuando tu cabello encanecía año tras año y tu espalda se encorvaba —otro paso adelante—, cuando se agarrotaban tus rodillas —una pisada más—, sentías que perdías la memoria y ya apenas conciliabas el sueño de la juventud, era yo, avisándote —susurró, cada vez más cerca—. Pero tú no hiciste caso de ninguna de mis advertencias, continuaste intercambiando lo más valioso que tenías por oro.

—¿El qué?

—Tu tiempo —pronunció, frente a él. Su aliento era acre.

Rumi gimió asustado.

—Pero aún me queda mucho por vivir, tengo anhelos insatisfechos y proyectos por cumplir. —Retrocedió, obstinado.

—¡Oh, necio!, la existencia que tú llevabas no podía llamarse vida: estabas muerto hacía mucho tiempo. Yo solo vengo a liberarte. ¿Aún no lo ves?: hay quien se limita a repetir su vida 77 veces y cree que ha vivido.

Con todo el dinero que poseía, Rumi no podía comprar un solo segundo en este mundo. La muerte había venido a recogerlo en esta página y era hora de marcharse. No había nada que pudiera hacer.

El espectro lo miró a los ojos.

–Todos estos años has tratado de huir de mí –pronunció–, sin comprender que solo existe una forma de escapar de la muerte.

–¿Cuál es? –le preguntó Rumi con lágrimas en los ojos, mientras aquella sombra se acercaba más y más.

Antes de llevárselo, la figura con el chador negro le susurró al oído:

–Viviendo tu presente.

En aquel momento, antes de expirar, Rumi pronunció unas palabras apenas perceptibles, hasta el punto de que ni siquiera la muerte alcanzó a escuchar su balbuceo.

Es triste, solo fue Sawai en su último instante de vida.

A la mañana siguiente hallaron junto al río el cadáver de un anciano que si bien algunos lugareños enterraron a los setenta y siete años, llevaba muerto en espíritu desde su juventud. Aquel día sucedió que todo cuanto poseía en este mundo pasó a manos de otra persona. Punto final.

FIN

«“No se me olvidan aquellos años de la infancia en que el reloj estaba en manos de otros y el tiempo en las mías”, murmuró Rumi antes de expirar»

10 g

GRATITUD

En ocasiones, despreciamos lo que tenemos para correr detrás de lo que tienen los demás. Pero no hay mayor castigo para el ingrato que su propia insatisfacción, pues cree que le falta todo aquello de lo que carece. Siempre es igual: si lo consigue es tierra, si lo pierde es oro.

«Quien busca ya parte de la idea de que le falta algo, y esa misma desesperación no le deja encontrar»

¿BUSCAS O ENCUENTRAS?

Aun sin faltarle nada, lo cierto es que a Durga todo le parecía poco. Siempre había alguien con el que compararse, alguien mejor, alguna conocida que tenía más que ella. Los juicios de los demás le parecían más válidos que los propios. Para Durga el pasto siempre era más verde al otro lado de la valla, no entendía que el campo es verde solo para quien lo riega y lo cuida. Despreciaba incluso a su padre, tenía la impresión de que siempre le repetía las mismas cosas, que era viejo y antiguo en sus pensamientos, que no la comprendía y sabía bien poco de la vida. Había hijas con padres mejores, pensaba.

Durga parecía consentida por la fortuna, había heredado el negocio familiar y, sin ser especialmente laboriosa, lo había hecho crecer. No obstante, lo que con facilidad viene poco aprecio causa. El único motivo por el que Durga ahorra miserablemente cada moneda y se torturaba trabajando más y más era que deseaba liberarse algún día de aquel oficio que despreciaba. Perdía su juventud para ganar su vejez; los vicios de la mente son retorcidos.

Durga tenía de todo y sin embargo, sentía que no tenía nada, la ingratitud era su condena. Detestaba la vida del comerciante, viajar de pueblo en pueblo desplegando un puesto de *amla*^[28] en cada plaza, arrastrando el carro bajo el sol y la lluvia. El más mínimo percance, la más mínima dificultad le recordaba todos los pesares que había sufrido para aceptar su realidad, y volvía a abrirse en su mente la herida de la decepción.

Padre e hija apenas se hablaban, pues cada vez que lo hacían, Durga era como las ascuas de un incendio que se avivara: reaccionaba al más mínimo comentario como si se tratase de un ataque personal. Y es que Durga estaba resentida con los demás, pero sobre todo consigo misma. Tan absorta en ella que no podía ver más allá del «yo». Ni siquiera había reparado en que su padre se hacía viejo y se adentraba en el ocaso de la vida.

Hacía tiempo que el anciano deseaba marcharse de peregrinaje y morir en paz en el camino, pero temía por su hija, por su inmadurez, que también recibe el nombre de juventud.

Lo que el viejo no imaginaba es que era Durga quien lo iba a abandonar.

Un buen día, la muchacha decidió que no quería seguir trabajando. Vendió el puesto, las herramientas, el cultivo de amla, todo. Su padre quiso resistirse, pero Durga no lo escuchó, despreciaba su opinión. La joven era profundamente infeliz y quería marchar en busca de aquello que llenara su vacío; necesitaba el dinero para el viaje. Vendió todo cuanto poseía y le entregó la mitad del oro a su padre, pues aunque la muchacha era tozuda, aún tenía un corazón noble. Al fin y al cabo no hay persona desposeída por completo de virtud: hasta en el mayor desierto corre agua.

Aquel día, el padre de Durga se levantó de su asiento con dificultad, tenía las rodillas endurecidas, y vio marchar a su única hija con lágrimas en los ojos. Sería la última vez que se viesen.

En adelante, Durga vagaría de pueblo en pueblo hasta tropezar con la verdad.

La muchacha comenzó a malgastar su dinero en hombres, en los juegos de azar y el buen vino. Asistía a las fiestas más elegantes en compañía de gente poderosa, viajaba a las ciudades de Bombay y Delhi disfrazada de burguesa, aparentando ser lo que no era, tratando de ocultar sus raíces de tendera. Y sin embargo nada de esto la hacía feliz. Cuanto más buscaba, más perdida se sentía y más despreciaba los dones de la existencia.

Quien no es agradecido es porque cree que la vida le debe algo. Vive más en sus expectativas que en la realidad.

Una noche deambulaba borracha por las afueras de Delhi cuando se apoyó sobre una roca con aire de absoluta desolación, extenuada por el peso de sus ideales. Hacía tiempo que solo vivía en el pensamiento.

En aquel instante, pasó a su lado un vagabundo fornido y de baja estatura, con los pies descalzos, que al verla tan afligida se detuvo a ayudarla.

—¿Te encuentras bien, muchacha? —quiso saber el hombre.

Durga levantó la mirada con amargura. Su escote desabotonado atrajo la atención del vagabundo. Podía violarla ahí mismo y nadie se enteraría, pensó.

—Nada me hace feliz... —suspiró, como si hablara para sí misma, mostrando su saco de oro con indiscreción.

Los ojos del desconocido brillaron como dos brasas al escuchar el tintineo de las monedas.

—He ahorrado suficiente dinero como para no tener que trabajar jamás —se sinceró Durga, como si hubiera esperado a que alguien le prestara sus oídos para hablar de lo que más le gustaba hablar: de sí misma—, y pensé que viajar me ayudaría a encontrar mi lugar en el mundo. Pero las comodidades, la diversión y las risas no dan la felicidad —comentó con cinismo, pues a base de repetir sus problemas, había acabado creyendo en ellos—. He buscado en todas partes y no hallo la paz de espíritu, siento apatía por todo...

Lo que ocurrió a continuación sucedió apenas en un abrir y cerrar de ojos.

Aquel hombre le arrebató de un impulso su saco de monedas de oro y salió huyendo

por el camino. A Durga la cogió completamente desprevenida y no acertó a reaccionar. Lo miró boquiabierta mientras aquel extraño se alejaba más y más, hasta que dio un brinco, como un caballo al contacto del látigo, y echó a correr tras él.

—¡Socorro! ¡Al ladrón! —gritaba con lágrimas de impotencia, mientras se apresuraba.

Aquel rufián era muy ágil y parecía conocer la región. Rápidamente consiguió distanciarse tomando algún atajo entre las callejuelas. Durga lo perseguía sintiéndose más miserable que nunca por habérselo cruzado en su vida. Todos los motivos por los que se lamentaba hacía un momento le parecieron ridículos. ¿Qué haría en adelante sin el dinero que tanto despreciaba? Apenas una hora antes, tenía una saca de oro y parecía dueña de su destino. Ahora ni siquiera podría volver a trabajar como tendera; no tenía ni cultivo, ni carro, ni hogar. Era como verlo todo bajo una nueva luz: ¡qué afortunada había sido!, descubrió, evocando los días del pasado. ¡Y qué malagradecida era! En adelante solo podría labrar la tierra de otros o ejercer de sirvienta en alguna casa, jamás saldría de la pobreza. La paz de espíritu es algo inimaginable para aquel que ni siquiera tiene paz en el estómago. Destelló entonces un extraño fulgor en sus pupilas: comenzaba a ser Sawai. Las palabras de su padre, los consejos y las advertencias que siempre le repetía le volvieron a la mente, y le pareció que todo este tiempo había sido una necia y el viejo un sabio.

—Me ha robado todo el trabajo de mi vida, se ha llevado mis ahorros —balbuceaba entre lágrimas.

Durga estuvo largo rato corriendo tras él, mirando su sombra serpentear a través de campos y colinas bajo la luz de la luna. Pidió ayuda, pero los pocos peregrinos con los que se cruzó se alejaron sin detenerse. Durga sudaba, sentía la garganta seca y jadeaba con dificultad, pero la impulsaba la desesperación.

El ladrón comenzó a perder fuerzas, y un rayo de luz brilló en el corazón de Durga cuando estuvo a punto de alcanzarlo. Pero al verse acorralado, aquel granuja levantó el saco y le gritó con perfidia:

—¿Quieres tus monedas? —Y en ese mismo momento lanzó la saca a un riachuelo que fluía a un lado del camino—. ¡Pues cógelas!

La bolsa cayó al fondo del agua.

—¿Qué has hecho? —gritó Durga sobresaltada, corriendo hacia el arroyo, que la cubrió de agua hasta las rodillas.

Enloquecida, la muchacha se puso a buscar por todas partes, pero en vano. La bolsa había desaparecido.

Mientras se agitaba en medio del agua, el ladrón le gritó desde lo alto:

—¡Cálmate! Quien busca ya parte de la idea de que le falta algo, y esa misma desesperación no le deja encontrar. —Pero Durga no lo escuchaba, seguía revolviendo el lecho a tientas—. Estás poseída por la búsqueda y no dejas entrar nada dentro de ti.

Durga se detuvo y lo miró como si lo viera por primera vez. ¿Quién era aquel hombre y por qué le hablaba de aquel modo?

–Deja de buscar y encontrarás.

Lentamente, la corriente arrastró el agua que Durga había enturbiado con su movimiento, hasta que la superficie se volvió clara y transparente. El lodo se sedimentó y entre sus piernas la muchacha vio aparecer el saco de oro. Casi sin aliento, lo recogió, y al comprobar que su contenido estaba intacto, miró al cielo llena de alegría y le dio gracias al universo por estar viva. Por fin había encontrado lo que buscaba: lo mismo que tenía.

–Ya poseías todo cuanto necesitabas –sonrió el extraño antes de perderse en la oscuridad–, solo tenías que aprender a verlo. Es la misma saca con monedas de oro, pero cuando pierdes algo que te pertenece y lo recuperas, entonces descubres su verdadero valor.[29]

Al final Durga volvió a su hogar y recondujo su vida. Supo a través de los vecinos que su padre había fallecido en soledad y aprendió a transformar el dolor en trabajo y voluntad.

Cuando entró en su casa había esperándola un carruaje, herramientas y los documentos de posesión del cultivo. Su padre había vuelto a comprar todo con el dinero que le había dejado.

Durga aprendió a hacer las cosas disfrutando de lo que hacía. Jamás se conformó con ser tendera y aprendió a desarrollar su talento de mil maneras, pero comprendió que no era necesario despreciar el nido para aprender a volar. Tiempo después, incluso se casó. Entre todos los asistentes a la boda, Durga nunca supo que estaba su padre, mirándola desde la distancia con alegría y lágrimas. Luego, antes de terminar la ceremonia, el viejo salió por el camino del Gran Tronco, lentamente, de peregrinaje, en compañía de otro viajero fornido y de baja estatura, con los pies descalzos. El anciano nunca le diría a su hija que aquella lección había sido idea suya, ni tampoco que estaba vivo, porque Durga no le habría dejado marchar.

Ahora era el momento de cumplir su sueño, porque incluso ante las puertas de la muerte, nunca es tarde para vivir.

FIN

«Es primavera y lloramos por no haber visto la nieve, pero es en invierno cuando nos damos cuenta de que nos perdimos las flores»

P. D. Sin embargo, el anciano no llegó muy lejos en su peregrinaje. Apenas le quedaba dinero, pues había gastado todos los ahorros de su vida en volver a comprar el terreno y los enseres para Durga. «Para un padre es más importante el bienestar de su hija que el suyo propio», solía decir. Una noche fría se sentó en un escalón, tiritando y aguijoneado por el hambre, en espera de que abrieran las puertas del templo para guarecerse. Al amanecer los monjes hallaron su cadáver desnudo –algún pillastre había rapiñado sus prendas–, y al ver que nadie preguntaba por él, lo incineraron. Porque siempre hay que pagar la consecuencia de nuestros errores. Si no lo hacemos nosotros, acabarán pagándola otros, aunque sean inocentes.

11 g

VANIDAD

Mostrar desprecio hacia otros es la clara muestra de una baja autoestima. Porque quien se valora a sí mismo no necesita demostrarlo. Precisamente una persona notable es aquella que no necesita hacerse notar.

«La decepción siempre busca un culpable, aunque sea inocente»

UNA FLOR DE LOTO

Sucedió hace muchos años una singular historia que aún se transmite de madres a hijas.

Vivía en Beirut la esposa de un chamarilero que por necesidad debía ausentarse de su hogar durante meses, dejándola sola en un mundo de hombres. La mujer se llamaba Benazir y residía a las afueras de la ciudad, en un callejón oscuro invadido por unos intrusos descarnados y malolientes, que por algún extraño motivo se habían asentado frente a su vivienda. Eran perros callejeros, parias de hocico largo y orejas caídas, abandonados a su pobre suerte. Animales nobles, de mirada huidiza, que la recibían meneando el rabo entre las piernas, tratando de granjearse su cariño. Pero Benazir los ahuyentaba con fiereza, amenazándolos con una caña de bambú.

En las mañanas, cuando la mujer iba a coger agua del pozo, se llenaba los bolsillos de piedrecillas para luego lanzarlas a los canes si trataban de arrimarse a ella en busca de caricias o sobras de comida. No le gustaban aquellas bestias sarnosas que orinaban por fuera de su casa. Conocía de sobra sus fastidiosas rutinas: holgazaneaban por las mañanas bajo la sombra de los cedros para luego pasarse las noches ladrando. A menudo, Benazir se desvelaba en la oscuridad con nerviosismo, encendía una vela y se asomaba a la ventana entre gritos para hacerlos callar: «¡Silencio!»; pero eran ingobernables. Continuaban aullando a sus puertas como si les fuese la vida en ello. De hecho, hacía meses que Benazir no podía dormir por culpa de aquellas bestias. Solo una vez incurrió en el error de alimentar a una de ellas: una perra blanca y vieja a la que dio un pedazo de *pide*^[30] reseco y mohoso que iba a tirar.

Con frecuencia, los perros más débiles y hambrientos caían desfallecidos en la calle, devorados por las moscas. Entonces Benazir se cubría la boca con un extremo de su velo y pasaba por encima del agónico animal para alejarse rápidamente. Ni siquiera entonces la corroía la compasión. Su desprecio por aquellas alimañas bebía más bien de la indiferencia, había crecido con ello y lo veía como algo natural. La costumbre es un narcótico, adormece el corazón, y hasta la mayor vileza la vuelve algo tolerable.

Es más, lo que realmente entristecía a Benazir era que nadie viniese a visitarla a su

casa. Era una de las casuchas de adobe más hermosas de la región, su orgullo, y, sin embargo, los malos olores y los gruñidos ahuyentaban a los visitantes. Conocidos y vecinos la saludaban de lejos, pero nadie se atrevía a acercarse. «Es por estos chuchos sarnosos», pensaba indignada, tratando de ahuyentarlos con una hoja seca de palmera. Y es que la decepción siempre busca un culpable, aunque sea inocente.

Todo esto cambió cuando una buena mañana, al despertarse temprano para ir al pozo, Benazir se topó con un peregrino que vertía agua sobre algunas cazuelas rotas. Parecía muy ensimismado en su tarea y Benazir lo reconoció al instante. ¿Qué hacía aquel hombre ahí? Las últimas semanas lo había visto dormitar por fuera de la mezquita, mendigando algo de comida. Había llegado a sus oídos que estaba reponiendo fuerzas en la ciudad antes de retomar su peregrinaje hacia La Meca. Sin embargo, lo que todos desconocían era que aquel forastero malgastaba el dinero que le donaban los devotos, y jamás comía los frutos que le proporcionaban. El viejo escondía un secreto.

Benazir siguió al peregrino con curiosidad: quería saber adónde llevaba aquellas vasijas rotas. Para su sorpresa iba precisamente en dirección a su casa. Confusa, lo acompañó en silencio y al llegar al callejón, observó que el hombre colocaba los cuencos en línea recta para dar de beber a los animales, que se acercaron hasta él con humilde sumisión. El peregrino los acariciaba uno a uno, susurrándoles con media sonrisa en los labios. Luego sacó de su morral los alimentos que le habían ofrecido ante las puertas de la mezquita y con ayuda de un cuchillo comenzó a repartirlos entre los perros. Los cachorros gemían desesperados y brincaban a su alrededor, o se restregaban contra sus piernas para reclamar su porción. El anciano reía de júbilo, como si en todos hallase al mismo amigo.

Benazir no pudo contenerse más.

—Buen hombre, ¿qué está haciendo? —preguntó recelosa. El viejo se volvió sorprendido.

—Trato de salvar a estos pobres animales de morir de hambre bajo el sol— contestó con franqueza, sin abandonar su tarea.

—Pero ¿no se da cuenta de que es inútil? —le respondió Benazir—. En estos momentos debe de haber miles de perros callejeros en toda Beirut que están muriendo de hambre y sed, jamás podrá salvarlos a todos. No basta con darles de comer una vez —insistió indignada sin saber por qué—, un perro necesita comer todos los días, es imposible llegar a todos. Si no mueren tendrán más crías. ¿Qué pasará cuando se marche? Solo está retrasando lo inevitable.

El peregrino acariciaba el lomo de un perro esquelético, y miró a Benazir por encima del hombro, sin levantarse:

—No importa; quizá no pueda salvarlos a todos, pero al menos este que tengo entre las manos notará la diferencia... —y sacó de su morral las últimas migajas que tenía—.

Siempre he pensado que todo lo que nos hace felices es útil.

A decir verdad el forastero ni siquiera había comido. Servir a los demás le ayudaba a mitigar un hambre mucho más feroz que la del estómago: la de su alma.

Benazir meneó la cabeza y se alejó airada, aquel pensamiento le resultaba incómodo. Al volver a casa, continuó sus labores y sin embargo, algo la angustiaba, era incapaz de concentrarse. «Al menos este notará la diferencia»: aquellas palabras retumbaban en su mente una y otra vez, como un relámpago en la oscuridad de su ser.

Por la tarde, Benazir vio con inesperado alivio que el forastero arrastraba a todos los perros tras él. La jauría seguía al peregrino como a un nuevo amo bajo los últimos rayos del atardecer, y aquella noche, por primera vez en años, Benazir descansó tranquila en una casa vacía y silenciosa. No cabía en sí de gozo y durmió plácidamente, pensando en cómo limpiaría la calle e invitaría a las vecinas a comer a su casa al día siguiente. Quizá incluso pintase la fachada con cal o esparciese algo de veneno en las esquinas por si volvían los animales.

Nada hacía presagiar lo que iba a suceder en pocas horas.

Cuando despertó a la mañana siguiente, Benazir tenía un mal presentimiento, como una desazón en el corazón. Abrió la puerta de su dormitorio y dejó escapar un grito de espanto. ¿Qué había pasado? Toda la casa estaba revuelta y las puertas de la entrada abiertas de par en par. Algunos muebles habían sido volteados en el suelo y las gavetas desencajadas, los utensilios desperdigados, como si alguien hubiese rebuscado en ellos. Habían entrado en su casa. «¡Ladrones!», exclamó asustada. La recorrió un estremecimiento. ¿Y si hubiesen irrumpido en su dormitorio y descubierto que vivía una mujer sola, sin nadie que la protegiese? El miedo la paralizó y los pensamientos se agolparon en su imaginación. Repasó la escena de la noche anterior con ansiedad: había cerrado la puerta con el pestillo, estaba segura, había apagado las velas y se había encerrado en su cuarto. ¿Cómo habían entrado?, se preguntó entre lágrimas. Y entonces lo comprendió. Apenas fue un chispazo en su mente, pero le bastó para ver la verdad. Se cubrió la boca con la mano incapaz de creer en su error. Los ladrones habían entrado ¡porque no estaban los perros! Siempre que ladraban por las noches ella encendía una luz, hacía ruido, mostrando que la casa estaba habitada. A pesar de sus riñas y amenazas, los animales protegían su hogar, y por eso continuaban ladrando en la oscuridad a los viandantes o extraños que se acercaban. Era la casa más bella de la región porque era la única que no habían saqueado; los perros espantaban a los malhechores. Sin embargo, aquella noche el peregrino había arrastrado a la jauría consigo y Benazir había celebrado su propia ruina.

Sin saber por qué le volvieron a la mente las palabras que su madre le repetía de pequeña: «Benazir, no seas como la flor de loto». La embargó la vergüenza: y aquella nueva luz en su corazón la coronó y la crucificó. Podó de un tajo su orgullo. Benazir

sentía sacudirse las raíces de su alma. ¿Quién era ella para menospreciar a los demás? Infravaloraba a aquellos seres por su apariencia, porque le parecían inútiles, y se creía superior a ellos. Pero ¿acaso no eran tan dueños de la tierra como ella? Un matorral no es inferior a un árbol, es diferente. Somos incomparables, todos tenemos algo especial que aportar a la vida, algo que aprender de los demás. ¿Acaso el pavo real deja de cantar ante el canto del mirlo? Una brizna de hierba es tan necesaria como la más lejana de las estrellas; el universo no sería el mismo si faltara esa hebra.

Se dejó caer rendida y hasta su dolor le pareció un misterio, cuando escuchó unos gemidos que provenían del exterior. ¿Los bandidos seguían en su casa? Benazir se asomó a la entrada con cautela y descubrió turbada que no todos los perros se habían marchado, ante ella había una perra blanca y asustadiza. La reconocía: era la misma a la que una vez había dado de comer un pedazo de pide reseco y mohoso meses atrás. Al parecer el animal no lo había olvidado y se quedó para proteger su portal fielmente. Al ver a Benazir, la perra se levantó asustada y se alejó con el rabo entre las piernas, mirándola desde lejos con las orejas gachas, temerosa de que le tirase una piedra. Benazir se sonrojó ante sí misma, ¿cómo había podido ser tan altiva? Llamó al perro entre súplicas y gestos y lo acarició con un estremecimiento.

Por fin comprendía las palabras del peregrino: «Al menos este notará la diferencia». Un pequeño acto de bondad no puede cambiar el mundo, pero sí puede cambiar una vida. Ahora lo veía, había sido siempre raíz, queriendo recibir, pero era hora de dar, de ser fruto.

Con el tiempo Benazir se preguntó si el motivo por el que sus allegados no la visitaban era su agrio carácter. Siempre áspera y malograda por la ausencia de su marido y la falta de hijos. Benazir comprendió que no solo había nacido para ser esposa o madre como le habían enseñado; ella era un ser humano con su propio recorrido vital.

Aquella luminosa mañana, muy temprano, un viandante descubrió a dos personas junto al pozo: un anciano y una mujer joven y lozana que lo ayudaba: era Benazir, que comenzaba a ser Sawai. Parecían rellenar con agua algunas cazuelas rotas. El viandante se preguntó qué estaban haciendo. Lentamente empezó a acercarse para ver qué ocurría y, pronto, fueron tres.

Días más tarde, mientras limpiaba, Benazir se apenó al descubrir que los ladrones le habían robado todos sus ahorros y las pocas joyas que heredara de su madre fallecida. Todo lo demás seguía intacto. Encontró un jirón naranja enganchado en los remaches de un aparador e intuyó que debía de pertenecer a los ropajes del ladrón. Por su parte, el peregrino jamás le reveló que su túnica naranja se había rasgado. Cuando veía acercarse a Benazir, cubría la túnica tranquilamente bajo su capa y la saludaba con una sonrisa nerviosa. Pronto se marcharía a otro pueblo con el botín, en busca de una nueva víctima. Sin embargo, Benazir debía estarle agradecida, pues no solo se había llevado lo valioso

que tenía, también le había robado una carga muy inútil: la oscuridad de su mente, su ignorancia.

FIN

*«Una flor de loto muy hermosa y necia despreciaba el fango sucio
sin saber que bebía de él»*

12 g

CUESTIONAR (se)

Tal vez... pienses que dudar es un símbolo de debilidad, pero es una muestra de inteligencia. Solo los valientes se atreven a quitarse la venda y mirar el sol a través de sus ojos en lugar de escuchar cómo es a través de las palabras de los demás. Pregúntate: ¿es cierto todo cuanto me han hecho creer? La verdad la hallarás al principio de este texto.

«Quien no cree en sí mismo toma como verdad la opinión de los demás»

LA MAHARANÍ LOCA

Ocurrió hace muchos años: subió al trono un *raj कुमार*[\[31\]](#) muy joven. Un muchacho temeroso y tímido del que sus hermanos y familiares siempre habían hecho burla, pero al que ahora la fortuna bendecía con el poder.

Su naturaleza insegura, sus dudas sobre sí mismo lo atormentaban, y, por tanto, comenzó a buscar consuelo en la verdad, en la religión y los ideales, donde halló respuestas a preguntas que jamás se había hecho. Por fin el maharajá halló la paz siguiendo a sus maestros. Sentía un gran alivio, no tenía que pensar por sí mismo, ellos le ofrecían la solución a todas sus dudas, adormecían su angustia y siempre tenían respuesta para todo. Y cuando no lo convencían, lo confundían. ¿A quién iba a creer: a ellos o a sus propios ojos? Así es la fe. Había algo aún mejor: las palabras de los sacerdotes eran sagradas, no se podían negar ni rebatir, estaban dictadas por un ente superior que, jerárquicamente, solo se comunicaba con ellos.

Influenciado por estos pensamientos, el maharajá tuvo una visión en la que vislumbró a Dios y supo que era el elegido para cambiar el mundo. Aquella revelación insufló un aire de certeza en las velas de su barca a la deriva. El maharajá fue cambiando poco a poco, y lo que en un principio eran ideas sobre las que meditar y cuestionar, se convirtieron en principios establecidos que endurecieron su carácter.

El rey impuso su religión como único dogma de la nación: un poco para afianzar su poder y otro poco por querer cambiar el mundo, a su conveniencia. Cuanto más dudaba, más radical se volvía. Mató a los infieles, los exterminó, impuso la visita a los templos que su dios usurpaba y ordenó que una vez en la vida todos peregrinaran más allá del horizonte. Quien no lo hiciera sería un pecador, iría al infierno, el infortunio le perseguiría y las leyes de los hombres lo condenarían.

Como era de esperar surgieron feligreses que habían visto al «dios del maharajá» aquí y allá. Apariciones, estigmas y señales misteriosas afloraron en todos los pueblos y comarcas. El maharajá se colmó de gozo, porque era la muestra de que estaba en lo cierto y esto acrecentaba su fe y su vanidad. «Algo de verdad tiene que haber en nuestras

mentiras», pensaban a su vez los sacerdotes, e incluso ellos mismos creían sus propios mandatos. Los templos se llenaron de ciudadanos que parecían celebrar la decisión del maharajá, aunque algunos solo asistiesen por el honor y el orgullo de estar donde se debía y como se debía. Era menester ser hereje para no parecerlo, así era la moda.

Sin embargo, el maharajá tenía una esposa que provenía de otra religión, era jainista. Por tanto, Kasturbai no creía en ningún dios y se negaba a escuchar a su esposo. Estaba medio loca, decían. Veía como su marido mataba a sus correligionarios y aunque el dolor le desgarraba el pecho, era incapaz de rebelarse contra la injusta autoridad de su cónyuge. Es sabido que los hombres crean sociedades a su beneficio y medida. ¿Adónde iría ella?

Sentía que pensar solo le ayudaba a agravar los problemas. Para dar cauce a su frustración de forma provechosa, en sus ratos libres aprendía a cabalgar y le pedía al ministro de la Guerra que le enseñase a manejar el arco, otras veces tejía algodón o se desahogaba aprendiendo a cocinar como una vulgar campesina. Sus intereses eran muy diversos, abarcaban desde las plantas ayurvédicas hasta encender un fuego con piedras. Incluso se ejercitaba y daba largos paseos, pues le gustaban mucho, especialmente si quien los tomaba era su esposo y ella podía descansar tranquila en palacio.

Un día, su esposo ordenó una gran matanza de jainas y ella se cansó de sufrir, pensó que debía cambiar de fe. Kasturbai le rogó a su esposo que la llevase de peregrinaje y persuadiese a su corazón pagano del verdadero camino. El maharajá celebró su renuncia e iniciaron el largo viaje a tierra santa.

En el carruaje, Kasturbai bebía para hacer más interesante a su esposo. Su truco para ser tan buena oyente era pensar en otra cosa. Pues era en compañía del maharajá cuando más sola se sentía.

Al caer la noche, los siervos instalaron una tienda de campaña en mitad del desierto y los monarcas durmieron uno al lado del otro.

Fue entonces cuando sucedió algo extraño, como una premonición.

En la quietud de su lecho, la maharaní soñó que viajaba junto a su esposo en un barco que naufragaba. Ambos eran zarandeados por el oleaje, pero milagrosamente lograban sobrevivir aferrados a un madero, y arrastrados por la marea terminaban en una isla salvaje donde se escondía un misterioso tesoro. Pero justo cuando ella y el maharajá estaban a punto de mirar en el interior del cofre, sus ojos se abrieron en la oscuridad de golpe y la devolvieron al presente, al desierto, al peregrinaje, al dogmatismo. Sentía toda su espalda empapada, como si acabara de salir del mar.

Se incorporó de un salto, jadeando, y miró a su alrededor confusa. No podía creerlo. Necesitaba saber cómo continuaba el sueño. ¿Qué había dentro del cofre? Sin perder un segundo, despertó al maharajá y lo avasalló a preguntas sobre la travesía, el barco y la isla. Él era el único que la había acompañado en aquella aventura. Estaba ansiosa por

saber qué había sucedido con el tesoro. Sin embargo, quedó atónita cuando el maharajá le explicó airado que él no había tenido el mismo sueño.

—¿Cómo es posible? ¡Pero si estabas ahí conmigo! —exclamó soñolienta. Permaneció durante unos segundos en silencio, sospechando que su marido mentía—. Quieres ocultarme dónde has escondido el tesoro, pretendes quedártelo para ti solo —lo acusó, negándose a aceptar que no recordara el largo viaje en barco, el terrible naufragio o la exuberante isla en mitad del océano.

El maharajá lo negó con una risa nerviosa. ¿A qué venía aquella ocurrencia?

Verdaderamente su esposa estaba loca, pensó.

Y entonces, en apenas un segundo, Kasturbai sacó un puñal oculto bajo su sari y se lo clavó al maharajá en la garganta, justo al filo. Luego le volvió a preguntar, casi en un susurro:

—No me engañes. ¿Dónde has escondido el tesoro? O me dices la verdad o te corto el cuello ahora mismo.

El maharajá comenzó a sudar al ver la mirada fiera y salvaje de su esposa.

—Ahora lo recuerdo —dijo de pronto, como si se encendiera su mente—. Sí, sí, lo recuerdo —divagó—. Me llevé el tesoro a palacio y lo escondí en la cámara de las columnas a buen resguardo. De hecho, lo estoy viendo ahora mismo —balbuceó—, veo el baúl, es de bronce y con el símbolo de Ashoka grabado...

La esposa lo miró frunciendo el ceño, y una sonrisa aleteó en la comisura de sus labios.

—¿Cómo es posible —inquirió— que a través de esta tienda de campaña, de las millas de desierto que nos separan, puedas estar viendo el baúl y sus símbolos tallados?

El maharajá la miró por un extremo de los ojos y respondió jadeando, paralizado por el puñal.

—Solo se necesita miedo.

La maharaní loca rio complacida:

—Eso es justo lo que trataba de explicarte: cada uno vive en su propio sueño —le susurró al oído—. El temor te hace ver lo que no existe y el temor hace que otros te sigan. Mírate: quien no cree en sí mismo toma como verdad la opinión de los demás. —El maharajá enrojeció de ira. Su esposa no hablaba del sueño sino de su gobernación, ¿quién era ella para cuestionarlo?—. Solo hay un modo de despertar: dudando. La duda es un hábito de limpieza para eliminar toda la basura de tu mente. —Intentó apartarla, pero ella apretó aún más el cuchillo contra su piel—. La duda es un «no sé» que está dispuesto a saber. Pero si te aferras a creencias prestadas por temor a que surja la duda, habrás de recordar que si la búsqueda no es tuya, el aprendizaje tampoco. —Kasturbai rozó con los dedos el rostro de su esposo—. Que tu deseo por aprender de los demás no te haga ser una copia de ellos.

Luego se levantó y apartó el puñal. El maharajá se alejó de ella atemorizado y comenzó a gritar para atraer a los centinelas.

–¡Guardias, guardias, apresad a la maharaní!

Pero Kasturbai fue más rápida, se incorporó de un salto y tomando una tela de algodón que había confeccionado con sus manos, se ató a su hijo a la espalda.

–Es más fácil culpar a los demás –dijo, mirándolo a los ojos por un instante– que cambiarse a uno mismo.

De un tajo, cortó la cuerda de la tienda de campaña y mientras el techo se desmoronaba, rasgó una de las paredes y montó sobre un caballo que había preparado en la zona posterior. Disparó con su arco a los guardias que se aproximaban y cabalgó a toda prisa, huyendo a través del desierto. No había aprendido en vano del ministro de la Guerra. Sabía mantenerse por sí misma, sabía curar enfermedades con las plantas y encender fuegos en las noches frías. Traía además sus joyas ocultas en un hatillo dentro de su sari. Y es que el secreto de andar sobre las aguas es saber dónde se esconden las piedras.

Kasturbai se diluyó como una mancha de tinta en la noche, dejando tras de sí una estela de polvo. «Desapareciendo para siempre la valerosa maharaní», acababan relatando siempre los cuentacuentos. En el reino la apodaron oficialmente la maharaní loca y los sacerdotes la declararon una hereje a la que había que perseguir. Una mujer inteligente era un peligro para los hombres, aunque naturalmente esto no lo dijeron. Más bien afirmaron que eran un peligro para sí mismas, porque las alejaba de Dios. En adelante era mejor mantenerlas en la ignorancia y cortar sus alas, cubrirlas y enjaularlas. Si no sabes nada de la maharaní Kasturbai es porque el maharajá venció y logró borrarla de la Historia.

Dicen que solo quedó un cuento clandestino que hablaba de ella, que pasó de madres a hijas de generación en generación, y que años más tarde fue recogido en un libro de un joven escritor, titulado *Sawai*; pero eso es otra historia.

Volviendo a nuestro cuento: lo cierto es que el maharajá cambió de opinión tras la huida de su esposa, aunque, por supuesto, lo que nunca cambió fue el hecho de creerse con razón. Las palabras de la maharaní retumbaron en su mente por largo tiempo. Continuamente se recordaba que debía olvidarla, y por tanto más la recordaba. Cansado de pensar sacó una conclusión.

El maharajá intentó acabar con las leyes, imponer la libertad, pero ya nadie quería despertar, todos querían seguir soñando. Los condenó a ser libres, prohibió prohibir. Eran libres de hacer lo que quisieran y por tanto se imitaban unos a otros. Enfurecido, el maharajá los condenó a ser libres, todos tenían derecho a pensar lo que quisieran, y al que pensase lo contrario lo mataría. Y la rueda comenzó a girar una vez más. Porque la verdad absoluta no existe, y eso es absolutamente cierto.

FIN

«Solo quien está dispuesto a cuestionarse el mundo será capaz de conocerlo»

P. D. Ningún guardia fue herido en la realización de este cuento.

13 g

PREJUZGAR

El punto que dista más de la verdad no es la ignorancia sino el prejuicio. Porque es llegar primero a una conclusión y luego pretender que la realidad se ajuste a ella. Es un atajo para no tener que pensar, como el viajero que cree haber alcanzado su destino incluso antes de pisar el camino.

«A menudo criticamos en los demás precisamente las faltas que nosotros tenemos»

ATISHA

Soñar igual que otros, esto es leer un libro. Un refugio donde escapar de nosotros mismos y entrar en la piel de alguien que no somos, para reconstruir nuestra identidad, palabra a palabra.

Y por eso esta historia.

En el vecindario se instalaron unas inquilinas nuevas. Eran extrañas, y a Kavita Lalchandani no le gustaron desde un primer momento. Ocultaban algo. Y a quien ya tiene una idea en la mente la realidad no le hará cambiarla.

Las muchachas vinieron a presentarse nada más llegar, aunque solo hablaron con su hija Manisha. A ella, en cambio, la saludaron con una inclinación de cabeza y se alejaron con desdén. Sin embargo, lo peor no eran sus malos modales, sino la falta de limpieza y la dejadez.

Sus casas lindaban una con otra, y desde el salón Kavita tenía holgada visión de la azotea donde las nuevas ocupantes tendían la colada. Qué disgusto no se llevaría al mirar a través de la ventana y ver colgadas al sol las sábanas húmedas de sus vecinas. ¿Acaso no tenían vergüenza? Estaban sucias y cubiertas de manchas marrones y amarillas muy elocuentes.

La anciana se imaginó las peores inmundicias pintadas en aquel lienzo y no pudo menos que negar con la cabeza. Reparaba en la fachada de aquella casa y la hallaba sucia; la azotea, polvorienta; las sábanas, incluso lavadas, inmundas. «¡Qué gente más indecente! Deben de ser *achhut*»,^[32] murmuró contra aquellas vecinas que las circunstancias parecían imponerles. El desprecio que le provocaba la falta de higiene de las muchachas era tal que en adelante Kavita resolvió evitarlas.

A decir verdad, dejó de mirar a dos personas para ver solo el concepto que tenía de ellas.

Una mañana, mientras tomaba el té en el salón, la anciana no pudo resistirse más y probó a sacar el tema a su hija. Sin embargo, Manisha la miró y quedó callada. Como siempre. ¿Por qué?

No obstante, aquel pensamiento no paraba de rondar la mente de la anciana y cada dos o tres días le repetía el mismo discurso. Manisha suspiraba irritada, pero jamás respondía a su madre.

Cansada de ver aquellas sábanas inmundas tendidas al sol y al viento, Kavita se levantó temprano una mañana y dejó un pedazo de jabón ante la puerta de sus vecinas. «Les vendrá bien», pensó. Sin embargo, su sorpresa llegaría al encontrar aquella tarde un trozo de jabón aún más grande ante su propio portal. Las vecinas no solo habían rechazado su obsequio, sino que también habían añadido una nota que rezaba: «No lo necesitamos, gracias. A usted le hace aún más falta». Kavita recogió la nota y sintió como si una llamarada de fuego le subiera de los pies a la cabeza, tanto que comenzó a temblarle el pulso. «¡Qué muchachas más orgullosas!», murmuró indignada. Pues a menudo criticamos en los demás las faltas que nosotros tenemos.

Sin embargo, nada le habría hecho imaginarse lo que estaba a punto de suceder.

Kavita se sentó a esperar a Manisha junto a la ventana, deseosa de contarle lo ocurrido, cuando su mirada se detuvo sobre la azotea de sus vecinas y dejó escapar un grito de espanto. Las chicas parecían poseídas. ¿Qué estaban haciendo? La más espigada de las dos se contoneaba salvajemente de un lado a otro, con los pelos sueltos. La otra hermana, a su vez, también hacía movimientos extravagantes, saltando y levantando las manos en el aire mientras dibujaba círculos con la cabeza. Pareciera que hubieran consumido opio. Kavita no podía apartar los ojos de aquellas infieles.

¡Estaban conjurando magia negra!, estaba segura. En ese momento las vecinas se agarraron de la mano y, sin dejar de moverse, comenzaron a besarse en los labios. Una de ellas acarició delicadamente el cuello de su compañera con la yema de los dedos. Kavita se llevó las manos a la boca, mientras negaba con la cabeza, escandalizada.

En cuanto Manisha volvió del mercado, la anciana se levantó con dificultad de su asiento y arrastrándose sobre sus pies agarrotados, tomó de la mano a su hija y le contó todo cuanto había visto. Manisha la escuchó con una mirada incrédula y luego, dándole unas palmadas en la mano, se levantó y retomó las labores de casa. Esa fue toda su reacción. Era como si no la creyese.

A decir verdad, Kavita sabía de sobra que su hija no respondería, era inútil contárselo: últimamente Manisha y ella apenas se hablaban, y su relación había caído en el formalismo del deber y el cumplimiento. La muchacha le servía la comida, la ayudaba a vestirse, la alentaba a caminar y atendía todas sus necesidades domésticas, pero apenas conversaban. Ni siquiera le dirigía la palabra. Su frialdad llegaba a tal punto que le dejaba notas en la mesa para comunicarse con ella. Cada vez que Kavita intentaba dialogar, Manisha simplemente asentía, como si no le importara lo que dijese. Otras veces incluso la ignoraba con descaro. Su madre la contemplaba entonces con una mezcla de sorpresa y confusión. ¿Qué falta había cometido para merecer un trato

semejante?, se preguntaba con ojos empañados.

Pronto lo descubriría.

Unas horas más tarde, Manisha salió a coger agua del pozo y Kavita decidió sentarse al sol para calentar sus rodillas, cuando reparó en algo misterioso: los cristales de sus ventanas estaban marcados por un surco transparente, como si alguien hubiese pasado un dedo sobre el vidrio y dejado su huella. Se trataba de un mensaje escrito sobre el cristal. «¿Qué significará?», se preguntó recelosa. Kavita entrecerró los ojos, esforzándose en descifrar aquellos símbolos, y de pronto fue como si tuviera una revelación. Lo leyó en voz alta, con voz temblorosa:

[33] Siempre hay dos formas de ver las cosas

Los cristales solo podían estar llenos de polvo y tierra, pensó Kavita. ¿Cómo si no el dedo de Manisha habría marcado aquellas letras? De hecho, al mirar a través del rastro traslúcido, la anciana podía entrever las sábanas de sus vecinas tendidas en la azotea de enfrente. ¡Estaban limpias! Kavita comprendió al fin que eran sus ventanas las que estaban sucias. Todo este tiempo no eran ellas las indecentes, era Kavita, que las miraba a través de la mugre de su cabeza, las veía a través de sus prejuicios y proyectaba sus faltas sobre las muchachas.

De pronto, una de las vecinas, la más espigada de ellas, le habló desde el otro lado, saludándola con la mano en alto:

—¡Buenas tardes!

Kavita solo veía sus labios moverse. ¿Qué decía? La chica pareció intentarlo de nuevo, gritando a todo pulmón:

—¡Buenas tardes, Kavitaji!, ¿me oye?

Pero la anciana negó con la cabeza, nerviosa, y se ocultó tras la cortina.

De pronto fue como si algo se encendiera en su mente, las imágenes y los pensamientos se agolparon en su imaginación, como si al fin reconstruyera un puzle en el que faltara una pieza. «¿Me oye?» El gesto de la muchacha, tocándose el oído, se repetía en su mente una y otra vez. Ahora entendía por qué su hija no le hablaba apenas, por qué se comunicaba con ella a través de notas escritas y ni siquiera se dignaba a conversar.

«¿Hace cuánto tiempo que no escucho el trino de un pájaro, los grillos al atardecer, el sonido del agua, del viento o el crepitar de la madera en el fuego?», se preguntó a sí misma. Gracias a aquellas marcas en el vidrio, ahora divisaba un tocadiscos en la terraza. Sus vecinas no estaban locas, era ella quien no podía escuchar la música, vibrar a su ritmo. Las lágrimas asomaron a sus ojos y se nubló su vista. Hacía años que no oía nada de esto porque ¡estaba sorda!

Ahora entendía por qué el día en que las vecinas vinieron a presentarse, no la saludaron. Su hija debió de contarles que era incapaz de oír y ellas prefirieron ser corteses.

¿Y el jabón? Quizá las muchachas habían percibido que madre e hija vivían solas, en escasez, y al ver aquel extraño regalo, aunque agradecidas, prefirieron devolvérselo para que Kavita no tuviese que hacer semejante dispendio. Y ella las había injuriado por ello.

«¡Qué ingrata y orgullosa he sido!», se reprochó, revisando mentalmente su comportamiento.

¿Y qué decir del beso entre ellas? Lo más seguro era que las jóvenes no fueran hermanas y se vieran obligadas a esconder su amor por miedo a ser despreciadas. Como quien oculta una semilla del desierto. En este mundo matar, herir, burlarse y causar dolor es considerado algo natural e incluso honorable; pero un gesto de afecto en público y entre iguales es visto como algo grave o un pecado. ¿Qué derecho tenía ella de inmiscuirse en la intimidad ajena? Había juzgado a aquellas muchachas a través de las ventanas polvorientas de su corazón. Pero el amor no sabe de hombres o mujeres, solo conoce de sentimientos, pensó. Y ella era lo suficientemente vieja como para saber algo de la vida. Kavita cerró los ojos, bañándose en la luz de la mañana. Por algún motivo le vino a la mente una frase que solía repetirle su abuela cuando ella era pequeña: «Aquel que engarza sus alas con prejuicios nunca volará alto».

Cuando Manisha volvió a casa, se encontró a su madre sentada junto a la ventana con una sonrisa plácida. Todos los cristales del salón estaban limpios y relucientes, la luz del amanecer los atravesaba como agua prístina. En la mesa se encontró una nota con la letra de la anciana:

Ve más un ciego que unos ojos llenos de prejuicios

La hija le sonrió en silencio y Kavita le devolvió el gesto. Luego cerró los ojos suavemente, dejándose bañar por las últimas luces. Ya era Sawai. Al fin lo comprendía: uno es lo que piensa de los demás, cada uno ve el mundo a través de su propio reflejo.

* * *

Días después, alguien denunció a las muchachas. Ellas alegaron que solo fingían besarse, estaban ensayando una obra de teatro: *Layla y Majnun*.^[34] De ahí los bailes y en ocasiones las sábanas manchadas de tintas y maquillaje. Pero aun así fueron apresadas y lapidadas en un descampado a las afueras del pueblo por hombres necios, desalmados y llenos de prejuicios. Les asustaba un amor que no podían controlar.

La delatora fue su propia hija, Manisha.

FIN

*«Miramos a los demás a través de los barrotes de nuestras jaulas mentales y creemos
que son ellos los que están encerrados»*

P. D. Mil años atrás, el sabio maestro Atisha proclamó que uno ha de ser imparcial, comenzar sin ninguna conclusión o creencia previa.

14 g

AVARICIA

Ten cuidado con tu avaricia: deja entrever tu vacío. Deseas más y más, pero nunca tienes suficiente. Confundes el antojo con necesidad. No usas las cosas, las coleccionas. Pero cada objeto que acumulas lo pagas con un pedazo de tu vida, con tu tiempo. ¿Qué quieres ver al final de tus días? ¿Trastos o recuerdos?

«Sentía que los problemas no venían para quedarse, sino para darle una lección y marcharse»

EL POBRE ARVIND

Muchos años atrás, en el pueblo de Madhubani vivía un huérfano llamado «el Pobre Arvind». Estaba completamente solo en el mundo. Tenía un don: su inteligencia, que la necesidad había corrompido hasta convertirla en astucia.

Los días de mercado el Pobre Arvind cometía pequeños hurtos en los puestos ambulantes. Hasta que un viejo comerciante lo descubrió robando una de sus manzanas. El hombre salió corriendo tras el Pobre Arvind y, agarrándolo del pescuezo, le impuso un severo castigo que no olvidaría jamás: le enseñó a trabajar. Así fue como el Pobre Arvind volvió a la vida.

Patrón y empleado se convirtieron en amigos, y con el pasar del tiempo se forjó entre ellos el vínculo silencioso de padre e hijo. El Pobre Arvind fue a vivir a casa del viejo comerciante, que también estaba solo. El pequeño nunca le preguntó por su pasado y juntos fueron familia. Así fue como pasaron a llamarlo «el Afortunado Arvind». Pues ahora vivía con su padre en una mísera choza y por las noches comían las manzanas que no se habían vendido.

Fue por aquel entonces cuando el Afortunado Arvind advirtió que el viejo escondía en sus bolsillos un espejo roto y un pedazo de cristal. ¿Por qué motivo? Lo desconocía. El muchacho solo comprendería su profundo significado años más tarde.

No es de extrañar que en una mente impresionada por tal escasez hubiesen germinado sueños de opulencia. El Afortunado Arvind veía a los nababs dormir sobre almohadones de algodón y le parecía que su sueño debía de ser más dulce y sereno. Cuando el thakur tomaba el tren para ir a la gran ciudad de Delhi, hasta el sol parecía brillar con mayor intensidad sobre sus cabellos.

El joven era ambicioso y estaba agotado de trabajar como un buey de sol a sol en el mercado. No soñaba con otra cosa que no fuera tener oro y disfrutar de la tranquilidad de espíritu, pues para el lobo hambriento su credo es la carne. Y esa desesperación fue su condena.

Eran los años del Raj británico y, siempre que tenía algo de tiempo, el muchacho se

dirigía a la estación de trenes a recibir a los ingleses: cargaba sus maletas y recibía alguna propina. Cierta día, al verlo tan dócil y servicial, un hombre llamado Milton Hayek le propuso un empleo como traductor. Quería que el joven fuese su salvoconducto para un jugoso negocio que tenía entre manos. Los bosques de Madhubani eran ricos y frondosos y en Manchester había demanda de madera.[35] Deseaba sobornar a los gobernantes locales, una panda de aldeanos, y tentarlos con las sobras para tener vía libre al pulmón de Madhubani. Y así fue, porque el Afortunado Arvind resultó ser un muchacho muy inteligente y útil. Habló con algunos potentados y desde el comienzo estuvo al mando de la organización, sirviendo como mano derecha en todo el expolio de su pueblo y colaborando para que saqueasen sus propias arcas.

La gente de Madhubani pasó a llamarlo «el Ambicioso Arvind».

Su padre reprochaba aquel oficio, pero no podía interponerse en el camino de su hijo. Cuando el muchacho le pidió consejo, esta fue su sabia respuesta:

—No te sientas egoísta por hacer lo que quieres, recuerda que es tu deber y obligación seguir a tu corazón. Explica un color durante años a quien no lo ha visto jamás: podrá entenderlo, pero no sentirlo. Lo mismo sucede con tus decisiones.

El Ambicioso Arvind ayudó a los hombres blancos a buscar los mejores lugares y a negociar con los terratenientes más necesitados: aquellos que vivían en falsa opulencia, embargados por las deudas, y estaban dispuestos a entregar acres de terreno a cambio de algunas migajas.

Los árboles comenzaron a caer uno a uno, primero cientos y luego miles. El horizonte se despobló como la cabellera de un anciano. Los animales se hallaron sin hogar y los cazadores los persiguieron hasta la muerte. Los tocones se cernieron sobre los campos igual que los nichos de un cementerio.

Curiosamente, cada árbol derribado hacía crecer más monedas de plata en los bolsillos del Ambicioso Arvind, que de caminar con unas chanclas rotas pasó a montar en coches de motor y chapurrear algunas palabras en francés. Era inteligente y siempre buscaba la manera de convencer a los aldeanos, incluso a los más míseros propietarios, de que lo mejor que podían hacer era ofrendar aquellos árboles inútiles al fuego voraz del progreso. Los árboles estaban ahí, eran marrones y verdes, no daban frutos, ¿qué utilidad podían tener? Además, aquellos terrenos libres servían para edificar casas de ladrillos, calles y algunos comercios que a su vez atraían a gente de otras aldeas.

El Ambicioso Arvind comenzó a gastar su dinero en partidas de cricket, en *gymkhanas*, [36] y se hizo miembro del club angloindio, al que acudía gente poderosa. Viajaba a las ciudades de Bombay y Delhi disfrazado como un británico, aparentando ser lo que no era, tratando de ocultar sus raíces. Actuó igual que hicieron los protagonistas de las historias anteriores. El cuento siempre se repite. Le gustaba decir que era como un coco: negro por fuera y blanco por dentro.

«El Rico Arvind», lo llamaban en el pueblo.

El muchacho quiso comprarle una casa nueva a su padre, ofrecerle un cómodo retiro, pero él lo rechazó. El Rico Arvind trató de convencerlo para que vendiese su parcela a los ingleses, pero su padre no quiso oír hablar de aquel asunto y continuó trabajando en su puesto de manzanas hasta el último día.

Pasaron los años y el que fuera un muchacho se convirtió en un hombre maduro y panzón, las canas se espolvorearon sobre los cabellos del Rico Arvind y su mirada se tornó melancólica.

Una tarde, llegó a sus oídos que en la plaza de Madhubani estaban llevando a cabo una colecta con el fin de ayudar a los más desamparados. Pensó que sería buena idea dar un poco de lo mucho que tenía, pues le haría bien aquella sensación, alimentaría su orgullo. Además, aquel gesto desinteresado le ayudaría a ganar el favor de sus vecinos y crecería su influencia sobre ellos. Naturalmente no verbalizó ninguna de estas ideas, fue más bien una percepción muda. El Rico Arvind era un hombre práctico y tenía como costumbre matar dos pájaros de un tiro.

Sin embargo, nada más pisar la plaza, se llevó una sorpresa, pues el vecino que se hallaba tras la mesa de beneficencia no era otro que su anciano padre, que se encargaba de recibir los donativos y gestionarlos. El anciano lo recibió con una mirada de asombro y lo abrazó con fuerza, como si fuera el último lugar donde esperase ver a su hijo.

Azorado, el Rico Arvind sacó una bolsa con cien monedas de plata y se la ofreció orgullosamente a su padre. El brillo que destellaba en los ojos del anciano se apagó. Observó la saca con una sombra de tribulación en la frente, luego levantó la vista y miró fijamente al Rico Arvind.

—Si acepto estas monedas de plata, ¿marcharás rápidamente a ganar más? ¿Talarás otros árboles para recuperar tu dinero?

El Rico Arvind observó a su padre con extrañeza.

—Claro, padre, tengo que recuperar mi capital, más los intereses que he perdido —reconoció—. Un negociante nunca debe dar sin recibir.

El anciano asintió en silencio y acto seguido le devolvió su saca con las monedas de plata.

—En ese caso, toma tu dinero, tú lo necesitas más que nadie. No hay mayor pobre que aquel que nunca tiene suficiente.

El Rico Arvind balbuceó algunas palabras inconexas y trató de rebelarse contra aquella injusta declaración, pero entonces su padre le señaló la cola de menesterosos que esperaba en la otra mesa a recibir ayuda.

—¿Ves a toda esa gente? —preguntó—. Están ahí por tu culpa: les vendiste humo, les proporcionaste un dinero que no sabían administrar y perdieron las pocas tierras que tenían, su sustento. Les diste pescado y te quedaste con sus cañas de pescar. Ahora no

saben más que mendigar –sentenció–. Todo cuanto has acumulado sin necesidad lo has robado de las manos de estos pobres. De todos es sabido que cuando unos tienen mucho, otros quedan con muy poco.

Las lágrimas arrasaron los ojos del Rico Arvind, al que ahora algunos llamaban «el Estafador Arvind», y se marchó avergonzado.

Tras este turbador incidente, algunos meses más tarde, el Estafador Arvind ordenó a sus sirvientes ir al mercado a comprar frutas y carne para las comidas de la víspera. Al cabo de un rato sus criados volvieron con las manos vacías y le contaron que no había fruta, ni verduras, ni carne. Ni siquiera había mercado ni comerciantes. Todos los bosques, granjas y terrenos de Madhubani habían sido vendidos a los británicos, y ahora que ya los habían saqueado, estaban yermos. Los campos se habían convertido en lodazales. Las lluvias recientes habían arrastrado las tierras ladera abajo, porque no las sujetaban las raíces. Los suelos eran infértiles, apenas los cubría la sombra y se habían desecado hasta cuartearse. Los animales habían muerto de sed, se había secado el arroyo y tampoco había abono para cultivar.

Al llegar la noche, el hambre devoraba el estómago del Estafador Arvind mientras contemplaba absorto las llamas en su chimenea. Ahora que se había secado el último riachuelo, se había muerto el último cordero, se había marchitado el último fruto de Madhubani, se daba cuenta de que el dinero no se podía comer. Tenía madera en su casa lista para ser trasladada al puerto de Bombay: había convertido los árboles en leña y podían arder para él, pero ya jamás atraerían el canto de los pájaros. ¡Qué lástima que los árboles solo proveyesen de alimento, vida, aire y sombra, y no diesen plata!, pensaba amargamente. Si no hubiera sido así, habría caído en la cuenta de su error mucho antes.

Por dondequiera que pisaba lo señalaban, lo abucheaban, lo culpaban de su desgracia, había traído la mala suerte a Madhubani. Lo llamaban «el Miserable Arvind». Pues es más fácil culpar a los demás que admitir nuestras propias faltas.^[37] Lo cierto es que todos habían aceptado vender sus terrenos, porque a todos les brillaban los ojos al ver las monedas de plata.

Horrorizado y arrepentido, el Miserable Arvind fue a visitar al hombre que un día lo acogió en sus brazos, que le ofreció una vida, una familia y un apellido. Aquel que le dio amor y lo cobijó bajo su ala como un padre. Las puertas estaban cerradas, las ventanas también. No había nadie en el interior de su antiguo hogar. Su padre había muerto semanas antes y ni siquiera lo habían avisado. Nadie en el pueblo quería saber del Miserable Arvind y habían incinerado el cadáver como si se tratara de un familiar.

Una vecina llamada Kanta se acercó al ver a aquel «despreciable» golpeando la cancela, y aunque no le miró a los ojos, le entregó algo que su padre había dejado para él. Luego Kanta se alejó con la barbilla erguida, como quien ha cumplido la promesa hecha a un moribundo y nada más quisiera saber del farragoso asunto.

Cuando el Miserable Arvind abrió la mano, se sintió golpeado por una ola de recuerdos turbios y lejanos, y las lágrimas asomaron a sus ojos: eran las piedras que su padre siempre llevaba consigo. El mismo pedazo de cristal roto y el trozo de espejo que solía mirar una y otra vez. Después de tantos años, habían llegado a sus manos para transmitirle una poderosa lección. ¿Qué significaban?, se preguntó mirando hacia el sol naciente con una sonrisa dolorosa.

Cuentan que, llegado cierto día, el pueblo de Madhubani se hizo muy rico, pero ya no quedaba ni un solo árbol. La industria se fue a talar a otra parte y los lugareños descubrieron que el dinero no se podía plantar. Entonces se levantó una nube de polvo y los engulló por no haber sabido apreciar el tesoro que poseían y por haber deseado lo que no necesitaban, al igual que el ambicioso comerciante.

Otros cuentan que el Miserable Arvind decidió cambiar de rumbo y gastar todo su dinero en enmendar el daño que había causado, pues la inconsciencia de un acto no nos exime de sus consecuencias.

Según algunas voces, cuando el Miserable Arvind contempló Madhubani desde la ladera, solo alcanzó a ver un pedazo verde en todo aquel horizonte desolado y seco, apenas una parcela. Al acercarse con curiosidad descubrió que eran manzanos, frutos rojos y brillantes. Era la finca de su padre, aquella que nunca había querido vender. Era lo único que quedaba de Madhubani. Por algún motivo le volvieron a la mente las palabras que le repetía su padre cuando era pequeño: «Los problemas vienen solos, las soluciones tienes que traerlas tú».

Desde entonces el Miserable Arvind trasplantó retoño a retoño con sus propias manos, dio trabajo a los aldeanos y ordenó traer toda suerte de plantas y arbustos de pueblos vecinos. Trajo animales a los que dio un hogar y aves a las que liberó de sus jaulas con gran ceremonia. Algunas se marcharon de aquel ambiente ajeno e impostado, otras se quedaron a disfrutar del nuevo paraíso y revestir la tramoya de naturalidad.

Por aquellos días, el Miserable Arvind sentía que los problemas no venían para quedarse, sino para darle una lección y marcharse.

A pesar de su arrepentimiento, la gente del pueblo no lo perdonó y continuaron llamándolo «el Pobre Arvind». No porque ya no tuviera dinero, sino porque una vez más, no tenía a nadie con quien compartir su vida y sus sentimientos. De tal forma que teniéndolo todo era como si nada tuviese. Al principio el Pobre Arvind se sentía ofendido por aquel apodo. Incluso dejó de vivir según su esencia porque tenía miedo de lo que dijese de él personas a las que no les importaba y ni siquiera conocía. Hasta que comprendió que era inútil.

Años más tarde, mostrándole aquel pedazo de cristal y aquel trozo de espejo a un joyero, el hombre murmuró pensativamente, como un comentario sin importancia, que lo único que diferenciaba a aquellos dos objetos de vidrio era una fina capa de plata. Fue en

ese preciso momento cuando el Pobre Arvind comprendió el poderoso mensaje de su padre. Sonrió al joyero con ojos empañados y salió al aire libre.

La mañana estaba velada por una neblina encendida. El Pobre Arvind miró el pueblo de Madhubani a través del pedazo de cristal. Se veía nítido y transparente, rociado por la luz del sol, que se colaba a través de las ramas y coronaba a sus habitantes en la plaza. Luego quiso observar la misma escena a través del espejo, pero solo se vio a sí mismo y a ningún otro. Igualmente, cuando había comenzado a ganar plata y acumularla, había perdido de vista a los demás, lo había cegado la avaricia y lo había absorbido su propio ego y su desproporcionada necesidad, que después de comer le provocaba más hambre. Únicamente se veía a sí mismo: porque el dinero puede cegarnos.

Al final, el Pobre Arvind comprendió que el único modo de lograr las cosas en la vida era saber que hay un momento de plantar, de regar y cuidar, otro de esperar y finalmente de cosechar. Quien quiere adelantar los ritmos de la tierra volverá a ella.

El Pobre Arvind comenzaba a pensar como un Sawai.

Es por eso por lo que hoy en día, en el pueblo de Madhubani, los lugareños pintan los árboles con imágenes de dioses. Para que los creyentes y supersticiosos se lo piensen antes de talar un tronco sagrado. Pues es más fácil despertar los miedos que la inteligencia; aunque también más peligroso.

FIN

*«Cuatro letras bastan para correr tras TODO
y cuatro letras bastan para quedarte con NADA»*

P. D. Por esa razón, en América del Sur, el dinero recibe el nombre de «plata». Para que el mundo no olvide jamás lo que sucedió en el pueblo de Madhubani.

15 g

ARREPENTIMIENTO

El verdadero arrepentimiento es simplemente cambiar de actitud, de nada sirve sufrir. Al fin y al cabo, no son tus errores los que te definen, sino tus rectificaciones. Recuerda: el pasado es una enseñanza, no un juicio contra ti; no tenías que hacerlo todo bien, solo debías aprender de ello.

«Las mismas manos que talan un árbol son capaces de plantar una semilla»

EL MURO DE LOS RECUERDOS

Aquel día, Vikram Chopra abandonó su casa y no volvió a mirar atrás. Se marchó amargamente, arrojado por una disputa con sus padres.

Apenas contaba con veinte años cuando se dirigió a la gran ciudad. El muchacho trabajó duro, valiéndose por sí mismo. Sin embargo, la independencia endureció su carácter y la necesidad tornó su corazón de barro en loza. Vikram se transformó en un ser hosco e insensible.

Cuando sus padres envejecieron, prácticamente los juzgaba como a dos extraños que habían velado su infancia dura y cruelmente. Vikram solo recordaba los incidentes amargos y desproporcionados, su memoria había enterrado todo el bien que le habían hecho. Pues el odio aprovecha cualquier recuerdo para alimentar su fuego. De modo que, desde su entendimiento, solo veía negro lo que siempre fue gris. Sus padres, en cambio, evocaban el pasado y, naturalmente, todo lo veían blanco. Ese choque entre ambas perspectivas los había distanciado aún más.

Al irrumpir la vejez en esta disputa, Vikram tenía claro que no deseaba mantener ninguna relación con ellos. Los envió a un asilo y ahí los olvidó por muchos años, en los que continuó trabajando y atizando sus ambiciones.

Conoció a varias mujeres, algunas le rompieron el corazón; invirtió su dinero en negocios prometedores, algunos fracasaron; se ilusionó con sueños magníficos, algunos solo le proporcionaron decepciones. Sin embargo, cada uno de estos incidentes se convirtió en una gran enseñanza que le mostró la verdad de la vida y abrió sus ojos a base de golpes. Pues los seres humanos somos como ciegos que avanzan a tientas, aprendiendo a base de acierto y error. Sea como fuere, el caso es que los años tornaron el mosto en vino y le sentó bien la experiencia.

A pesar de todo, Vikram jamás fue a visitar a sus padres. Evitaba pensar en ello para no reabrir la herida, era como un cuchillo clavado en su pecho. Hasta que una buena noche recibió una llamada que lo abrió en canal. Era su padre. Su voz había envejecido, sonaba lejana y aterradora. Su madre se estaba muriendo y era su último deseo ver a su

hijo antes de marcharse para siempre: tenía algo muy importante que decirle.

A la mañana siguiente, Vikram regresó al pueblo, a las viejas callejuelas que habían adornado su infancia, y en cada esquina lo asaltaron recuerdos marchitos que creía olvidados, pero que aún permanecían latentes y arraigados en lo más profundo de su ser. Quiso huir, volver a la ciudad, pero sabía que debía enfrentar el pasado.

Cuando llegó al asilo, su madre estaba postrada en la cama, con la cabeza ladeada y los ojos inquietantemente abiertos, resollaba con un ruido cavernoso y profundo. Al contemplarla, Vikram reparó de pronto en todos los años que habían transcurrido desde la última vez que la vio. ¡Cuánto había envejecido! La piel encima de sus labios se cuarteaba como arcilla reseca y sus débiles cabellos sobre la almohada destellaban como la plata bajo la luz incierta de la mañana.

Alguien que no la hubiera visto jamás pudiera pensar que siempre había sido así de decrepita, sin infancia ni brío. Pero todos fuimos jóvenes y lozanos alguna vez, la juventud es un préstamo nada más.

Vikram se atrevió a preguntarle al fin:

—Madre, ¿qué puedo hacer por usted?

Ella respiró hondo, haciendo acopio de fuerzas antes de revelar su secreto:

—Por favor —balbuceó con voz tenue, apenas perceptible, como si hablase para sí misma. Vikram acercó el oído a sus labios con desesperación—, construye un pozo en el jardín, porque no hay suministro de agua en las habitaciones y la fuente está demasiado lejos. También crea un cobertizo donde almacenar el carbón, porque muchos días debía cocinar con *gobar*^[38] y el humo me asfixiaba hasta aguarne los ojos.

Vikram se alejó y la miró sin dar crédito. ¿Aquellas eran las últimas palabras de su madre? ¡Después de tantos años de distanciamiento!, pensó. Lo invadió la rabia de antaño junto a una mezcla de decepción. Su madre no tenía nada valioso que decirle, ni siquiera que reprocharle, salvo organizar las mejoras del asilo. Qué vulgar le pareció.

¡Siempre había sido así, nunca cambiaría!, murmuró con rencor.

El muchacho le replicó sin poder contenerse:

—Madre, en tantos años que estuvo aquí, usted jamás se quejó y, sin embargo, ahora que le queda poco tiempo y ya no sirve de nada, es cuando se le ocurre decirme todo esto, ¿por qué?

La madre lo observó con cariño y levantando una mano con gran esfuerzo, acarició el rostro de Vikram, como si aún fuese su pequeño: curioso e inocente. Pues así lo había visto toda su vida, por mucho que él creciera.

—Está bien, mi amor —respondió—, yo me he arreglado con el calor, el hambre y el dolor. También tu padre, no te lo pido para él. Pero cuando tus hijos te envíen aquí, temo por que tú no seas capaz de soportar el sufrimiento.

Vikram quedó mudo y las lágrimas arrasaron sus ojos. La vergüenza y el dolor lo

aplastaron bajo un alud de pensamientos sombríos. Toda la estancia se enturbió y el dolor que durante años había llevado dentro de algún modo brotó salvajemente en aquel instante. ¿Qué había hecho? Le pareció que caía el velo de sus ojos y de algún modo comprendió que todo lo que damos regresa a nosotros. Nuestra vida es un reflejo de nuestras acciones. Quiso decirle algo a su madre, pero las palabras más bellas ahora sonaban dolorosas en sus labios por no haberlas dicho antes.

Cuando recuperó la tranquilidad, su madre ya se había marchado y su padre permanecía sentado en la otra cama, mirando hacia el horizonte. Ambos mantenían un silencio tenso y distante. Cada uno juzgaba los errores del otro, dejando así poco espacio para el amor.

No obstante, Vikram supo, desde aquel momento en que ya no tenía madre, que únicamente le quedaba enmendarse y tratar de hacer el bien donde las circunstancias se lo permitían, y aún le quedaba su padre. Podía arder en su propio fuego o podía iluminar con las llamas el camino de los demás. Uno es lo que hace con su dolor.

Padre e hijo salieron a pasear y jamás volvieron al asilo. Vikram lo llevó consigo en tren, hacia la gran ciudad. Su padre no se resistió. A sus años, el hogar está donde alguien te considera suyo.

Los primeros días hubo algunas palabras conciliadoras y también algunos malentendidos, pero Vikram sabía que debía corregirse a pesar de la rabia que lo dominaba por momentos. Arrepentirse era fácil, lo difícil era cambiar.

El padre descubrió que su hijo se había hecho un lugar en la gran ciudad: tenía una casa grande y espaciosa con un hermoso patio de tierra. Vikram le compró ropa nueva y lo acomodó en una habitación espaciosa. Cada mañana salían a caminar y adoptaron la costumbre de comer juntos.

Sin embargo, Vikram comenzó a actuar de un modo extraño. De vez en cuando, algún comentario malsonante por parte de su padre abría antiguas heridas y, entonces, lleno de rabia y sin decir una palabra, Vikram se dirigía al patio y, hundiendo su dedo en el barro, escribía en el muro: «Hoy mi padre me ofendió injustamente a pesar de que deseaba ayudarme». Al principio los pensamientos surgían poco a poco, luego comenzaron a emerger a borbotones, y eran muchos los momentos en los que ante la mirada incrédula de su padre, Vikram corría al patio y se desahogaba entre lágrimas mientras escribía: «Hace años mi padre me pegó injustamente y sin derecho alguno». «Mi padre me trataba como a un recadero.» «Mi padre siempre me respondía mal cuando le pedía ayuda.» Así, los malos recuerdos quedaban plasmados en barro oscuro y marrón sobre aquel muro blanco y reluciente. Era una forma de encararse con su padre sin dirigirse a él directamente, de arrojarle todo el dolor que llevaba dentro.

El anciano contemplaba con ojos llenos de lágrimas aquellas letras que lo reflejaban como un espejo. ¿Solo recordaba los momentos amargos?, se preguntaba afligido. ¿Qué

fue del amor con que lo acunaba en su pecho? Le parecía que era ayer cuando lo llevaba en brazos a la cama. ¿Acaso había olvidado que cada sábado, al volver del trabajo, le compraba un helado de hielo? Por entonces ni siquiera tenía dinero para remendarse los zapatos. ¿Cómo había olvidado aquellas tardes en que volaban la cometa bajo el cielo sonrosado? Es cierto, no todo fue dulce, había cometido errores, crio a su hijo con severidad y le impuso respeto, pero entonces era joven. Ahora lo comprendía: no se puede asaltar a la fuerza lo que solo puede ser conquistado con amor.

Al ver al hijo escribiendo en el muro cada día, el padre apenas lograba dormir. Una mañana, cuando salieron a caminar, el anciano tropezó contra una piedra. Vikram lo agarró de un brazo, pero para su sorpresa, su padre se agachó y se metió la piedra en el bolsillo. El hijo lo miró con curiosidad, pero no dijo nada. Así continuaron caminando hasta que el viejo volvió a tropezar con otra piedra; igualmente se agachó y la introdujo en el bolsillo de su kurta. Todas las piedras con que iba tropezando las cargaba, hasta que el lastre fue tan abultado e insoportable que el anciano ya no pudo caminar.

Finalmente Vikram no pudo resistirse y exclamó:

—¿Qué necesidad, padre! ¿Para qué cargar las piedras con que tropieza?

Entonces su padre lo miró intensamente a los ojos y le respondió:

—¿Para qué cargar con las ofensas que nos han causado los demás y con el peso de los propios errores? Toda esa carga inútil la debemos dejar atrás y no llevar con nosotros las insoportables piedras del rencor y la culpa. Si haces a un lado el pasado, tu presente será más ligero. La vida no es «allí y fue», es «aquí y ahora».

Los ojos de Vikram se empañaron. Tragó saliva, tratando de contenerse, pero una lágrima silenciosa cayó rodando por su mejilla hasta precipitarse al vacío. Vikram sabía que debía reconciliarse con él, no solo por el bien del anciano, sino por el suyo propio, para estar en paz con su conciencia, porque nadie puede huir de lo que su corazón tiene que decirle.

Aquella tarde, cuando Vikram volvió a casa, corrió hacia el patio. Su padre lo contempló con una sombra de tristeza en la mirada, pues a pesar de sus sentidas lágrimas Vikram volvía a caer en el mismo vicio. Sin embargo, esta vez el muchacho no hundió su dedo en el barro; por el contrario, traía consigo un martillo y un cincel con los que talló algunos símbolos en la pared. El padre no pudo alcanzar a distinguir qué estaba esculpiendo en el muro, pero se preguntó qué pretendía decirle Vikram actuando de aquella forma.

Dos días después, las nubes del desierto llegaron a la ciudad y la humedad se acumuló en las llanuras. Toda la tarde estuvo cayendo una densa lluvia de monzón, lánguida y zumbante. Entonces, su padre, al asomarse a la balaustrada de la galería, descubrió la verdad.

Con las lluvias, todo el barro de las paredes había desaparecido, corriendo como

estela, lágrimas de un dolor marchito. Solo quedaron en las paredes blancas aquellas letras talladas por Vikram: «Hoy mi padre me enseñó que el tiempo transforma una herida en una lección. Gracias».

El anciano tragó saliva emocionado y cuando aguzó la vista descubrió que todas las paredes estaban talladas de arriba abajo: «Hace años mi padre me llevó a volar una cometa el día de Makar Sankranti».[39] «Mi padre me solía comprar helados los sábados.» «Mi padre me acurrucaba en su pecho y durante horas me hablaba de su familia.» «Mi padre se sacrificó cargando ladrillos para que pudiese estudiar.»

Ahora entendía qué era lo que Vikram trataba de decirle: cuando alguien nos ofende, debemos trazar los malos recuerdos con barro, donde la lluvia del olvido y el perdón se encargarán de borrarlos. En cambio, cuando un ser querido nos ayuda, o nos ocurre algo maravilloso, es preciso grabarlo en el muro de la memoria, en la pared del corazón, donde ninguna lluvia del tiempo o viento adverso podrá atenuarlo jamás.

El anciano comprendió que ni él era tan necio ante los ojos de su hijo, ni Vikram tan desconsiderado. Porque nada en la vida es blanco o negro, sino de un gris denso y lleno de matices, donde lo bueno y lo malo se entremezclan. Las mismas manos que talan un árbol son capaces de plantar una semilla.

Aquella tarde su hijo le trajo una taza de té en silencio, y ambos bebieron el uno junto al otro, ante aquel muro del patio donde estaban tallados sus grandes recuerdos, el rastro del amor que compartieron y que los unía a pesar de sí mismos.

No lo sabían, pero ya eran Sawai.

FIN

«No es el tiempo el que cura todo, es la comprensión»

En memoria de mi abuela

ATENCIÓN: *En este libro, como en la vida,
siempre hay que pasar página.*

16 g

COMPARACIÓN

La comparación es una llama que solo prende si arde tu autoestima. Significa: «No te acepto como eres y me gustaría que fueras como otra persona». Desde que nacemos los adultos nos enseñan a fijar a otros como la medida de nuestra felicidad. Creemos en la culpa de ser nosotros mismos, cuando ese es nuestro privilegio. Recuerda: no solo hay una forma de disfrutar la vida, busca la tuya.

«No sabes nada de ti cuando no sabes hacerte feliz»

A mi amigo, Rafael R. L.

AMA TU CAMINO

Según la ciencia, la mente no sabe distinguir entre fantasía o realidad. El cerebro puede reaccionar por igual ante un hecho imaginario como ante otro que verdaderamente haya ocurrido. Es por eso por lo que al leer esta historia, aquello que visualices quedará grabado como una huella en tus recuerdos. Y con el pasar de los años sentirás que has vivido la experiencia de Arfan como si fuese tuya, habrás aprendido de ella sin haber cometido sus errores. Serás incapaz de distinguir si eras o no el personaje de este cuento, porque lo que sentiste era real, a pesar de que solo lo soñaste.

Arfan y Nadîm nacieron en la misma callejuela, con solo dos lunas de diferencia. El destino predispuso que crecieran juntos y compartieran los primeros años de la infancia, asemejándolos en pensamiento y sensibilidad. Como buenos amigos, conocían todos sus defectos y a pesar de ello se querían.

Al iniciar sus andanzas hombro con hombro, de algún modo, imaginaban que sus vidas tomarían igual rumbo. Hasta que un buen día se presentó una bifurcación que los separó para siempre.

El padre de Arfan murió. Cayó sobre el muchacho el peso de las responsabilidades, los deberes de la casa y el mantenimiento del huerto; las deudas contraídas con los usureros ahora le correspondía saldarlas a él. Ahogado por los gastos, se vio obligado a aceptar un puesto como aprendiz en la alfarería. Detestaba el oficio y la necesidad se convirtió en la tumba de sus sueños.

En cambio, Nadîm decidió que llegaba su hora de desplegar las alas y volar del nido. Se enroló en el ejército y un buen día ambos se abrazaron ante las puertas de ad-Dar al-Bayda,[40] entre lágrimas. Nadîm se marchó para siempre, desapareciendo por el camino como un espejismo en el horizonte.

Los muchachos no se volvieron a ver en muchos años y, sin embargo, siempre permanecieron en contacto, pues ni la distancia ni el tiempo pueden acabar con la verdadera amistad.

Arfan leía con ilusión las cartas que Nadîm le enviaba y cada lunes oteaba las calles

en espera de que el cartero le trajera nuevas noticias. Sin embargo, cuanto más soñaba a través de las palabras de Nadîm, tanto más detestaba su propia vida. La comparación es como una lupa: engrandece las virtudes de los demás pero también los defectos propios.

Su casa desvencijada lo angustiaba, siempre había algo que reparar. Cuando no eran las tuberías era el tejado, los goznes no giraban bien, se filtraba el agua, se desconchaban las paredes, se rompían los tiradores de las ventanas y los cajones, todo era viejo. La propiedad era una bestia hambrienta que exigía dinero y tiempo, y Arfan no podía permitirse ninguno de los dos.

Frente a su ventana había un jardín estéril donde crecía un árbol gigantesco, un baniano bengalí –al parecer lo había plantado su tatarabuelo Yuseph–. El árbol estaba marchito y débil, con unas ramas cadavéricas gigantes que se extendían por toda la parcela. Apenas le crecían hojas, y las pocas que lo hacían caían palidecidas sobre la tierra. El sol golpeaba directamente el suelo, impidiendo a las plantas crecer y haciendo que el terreno permaneciera yermo y seco.

El muchacho no imaginaba el misterioso secreto por el que el árbol estaba enfermo.

Arfan había tratado de buscar agua en su jardín infinidad de veces. Todos sus vecinos tenían pozos y gozaban a su antojo de agua fresca, no como él, que debía caminar más de dos millas hasta la fuente más cercana. Había elegido un emplazamiento y profundizado hasta los cinco metros, sin encontrar la reserva. Pensando que aquel no era el sitio idóneo, buscó otro punto y se esforzó aún más, pero cuando llegó hasta los seis metros, tampoco dio con el acuífero. Desesperado, llenó de zanjas todo el jardín, cavaba algunos metros y cuando se cansaba de no hallar resultados, comenzaba de nuevo, sin obtener una sola gota. Por último tuvo que reconocer la verdad: en su terreno no había agua y lo mejor que podía hacer era vender la casa y el jardín. Sin embargo, nadie estaba dispuesto a comprar aquella propiedad baldía, por muy barata que la ofreciese.

El motivo por el que me detengo a narrar estos fatigosos pormenores es que más adelante cobrarán gran importancia en el relato.

Cada lunes Arfan leía cartas que provenían de las lejanas costas de Madagascar, de Australia, del Canadá o Londres. En ellas, Nadîm le hablaba de marismas y cumbres borrascosas, de parajes magníficos, compañeros de viaje y oficio con los que se había hermanado, y, aunque feliz por Nadîm, Arfan sentía una punzada de celos y amargura por que otros hubieran ocupado su lugar. Nadîm también le hablaba de amores furtivos, de mujeres que conocía en los puertos, de pasiones encendidas que había experimentado y de corazones rotos cuyos pedazos había dejado atrás al embarcar.

Entonces, Arfan miraba a su alrededor y solo veía los caminos viejos de polvo y tierra, las llanuras soleadas y su jardín reseco con una casa deteriorada. ¿Cuándo le tocaría vivir a él? Se preguntaba por qué debía pasar toda la vida atado a sus posesiones,

cargando con el lastre de su padre. Si algo había aprendido era que la rutina es un veneno, mata nuestros sueños.

Arfan solo tenía una vecina; era hermosa y bella, de andares gráciles y maneras elegantes. Había oído que era una muchacha muy inteligente e instruida, pero siempre estaba triste. Sus ojos eran llorosos y meditabundos, apenas sonreía y nunca la había escuchado hablar. El muchacho pensaba: «Si al menos se fijase en mí», pero era huidiza como una gacela.

En realidad Arfan deseaba conocer a las mujeres de las que hablaba Nadîm en sus cartas: mujeres blancas con el pelo dorado, otras con los ojos rasgados como grietas, algunas más altas que los hombres. Quería tener amigos, viajar y recorrer el mundo, ganar experiencias y perseguir aventuras. Se preguntaba cómo sería todo si hubiese seguido los pasos de su amigo. Al compararse con Nadîm, sentía que era inferior a él, se había quedado atrás en la vida –como si hubiera algún lugar adonde ir–. Cada día malogrado parecía decirle: tú puedes detenerte, pero el tiempo no te esperará.

Pasaron algunos años en un abrir y cerrar de ojos. Un día, mirando hacia el horizonte, apareció una silueta borrosa que fue acercándose poco a poco, hasta que Arfan descubrió a su amigo Nadîm. El tiempo lo había curtido, su piel bronceada se arrugaba alrededor de la frente, le crecía una barba ruda y salvaje. Sus hombros eran anchos y viriles, su cuello fuerte como el de un toro. Era un hombre atractivo e indomable, a su lado Arfan se sintió delgado y enclenque. Los ojos de su amigo brillaron al verlo, como cuando eran pequeños, y ambos supieron que a pesar de que todo era distinto, nada había cambiado entre ellos. Se dieron un abrazo en silencio y toda la tarde hablaron hasta el anochecer. Compartieron viejas anécdotas y Arfan le contó las pequeñas novedades que habían tenido lugar en el pueblo, mientras escuchaba los grandes acontecimientos que había presenciado Nadîm en sus viajes por el globo.

Al parecer, su amigo había abandonado la milicia, creía que ya era hora de volver al pueblo y fundar su hogar ahí donde nació y creció. Dijo que su corazón jamás había abandonado aquel lugar, solo sus pies. Estaba cansado de vagar por el mundo y deseaba crear una familia.

Al escuchar sus palabras, Arfan le reveló que el deseo le corroía las entrañas. Ansiaba lanzarse al mundo como Nadîm había hecho diez años atrás y, aunque era consciente de que el tiempo no había pasado en balde, él todavía se veía joven, sentía que nunca era tarde para comenzar de nuevo y vivir la vida que imaginamos. Deseaba deshacerse de su casa y su jardín marchito y enrolarse en la milicia, recorrer experiencias que apagasen la sed de su alma. No quería seguir esperando a lo que solo llegaría si iba a por ello.

Entonces, Nadîm abrió un pequeño cofre en el que traía las pocas pertenencias y ahorros que había logrado acumular a lo largo de aquellos años. No era mucho, pero

Arfan no se lo pensó dos veces, le vendió a su amigo todo cuanto tenía y se deshizo de aquella carga que le impedía ser feliz. Dos días después, ambos se abrazaron ante las puertas del pueblo, como hicieran tantos años atrás. Ahí estaban otra vez, más viejos pero igual de ilusionados con sus propias vidas. Ahora era Arfan quien se marchaba y Nadîm quien se quedaba en el pueblo. Uno tenía la ilusión de convertir el mundo en su hogar, y el otro de convertir el hogar en su mundo. Arfan deseaba la aventura de la libertad, y Nadîm quería enfrentar el desafío de comprometerse, conocer a todas las mujeres a través de una, querer mejor en lugar de mucho. Ambos se separaron entre lágrimas, y poco o nada supieron el uno del otro en varios años.

Lo cierto es que Arfan apenas le escribió a Nadîm. Estaba tan deseoso de alejarse que no fue hasta después de mucho correr que supo que huía. En lugar de ser impulsado por la ilusión, lo movía el miedo al tiempo perdido, y esta desesperación le impedía disfrutar su aventura. Todo era distinto a como lo había imaginado al leer las cartas de su amigo: las mujeres no hablaban como él pensaba, ni su voz sonaba igual, Arfan se sentía tímido y cohibido ante ellas. Había deseado tener compañeros a los que considerar como hermanos, pero al parecer no tenía tan buena suerte como Nadîm. Le tocaron camaradas pendencieros y bromistas que no lo tomaban en serio y se reían de él a base de incómodas chanzas. Arfan se sentía humillado y se alejaba de ellos, los rehuía. Se limitó a cumplir con su deber para seguir hacia delante, sin saber adónde se dirigía. Detestaba su trabajo igual que aborrecía la vida en el pueblo, nada había cambiado para él. Ganaba poco dinero y la mayoría lo gastaba en vivir experiencias banales y pasajeras: en juegos de trileros o en cartas, en la vida alegre —que en el fondo se le antojaba triste— y en las cortesanas de los puertos. Perdió su inocencia y la sustituyó el cinismo, pero la comparación seguía ahí. ¿Por qué no podía ser como Nadîm y los demás muchachos? Quería ser una copia de ellos cuando era un original de sí mismo. Lo cierto es que, en la senda donde Nadîm había sido tan feliz, él, en cambio, se sentía desdichado. ¿Cómo contárselo a su amigo en las cartas? En las primeras mintió, luego dejó de escribir. A los pocos años Arfan se arrepintió, y regresó al pueblo.

Llegó un día soleado, con el uniforme cubierto por el polvo del viaje. Cuando se detuvo ante su casa, la miró confundido, casi sin dar crédito, su boca ligeramente abierta por la sorpresa, mientras se protegía los ojos con una mano y arrugaba el gesto bajo los reflejos del sol. ¿Aquella era su vieja y ruinosa casa? La construcción parecía nueva, incluso había sido ampliada, habían instalado ventanas de roble, el encalado de las paredes lucía impecable, el tejado había sido reparado con tejas de arcilla y un suelo de piedra brillante cubría el porche. No solo eso, el jardín aparecía verde y fértil, cubierto de hortalizas y árboles frutales.

Lo que más llamó su atención fue el inmenso baniano bengalí que antaño creciera cadavérico y macilento en medio del huerto: ahora lucía frondoso y exuberante,

inundado por el canto de los pájaros bajo la luz poderosa de la mañana. «¿Cómo?», se preguntaba Arfan una y otra vez. Avanzó unos pasos y negó con la cabeza, como si no pudiera aceptar lo que veía. Ante él había un brocal de piedra coronado por un arco de bronce. ¡Era un pozo! «No es posible», murmuró, asomándose con recelo. ¡Él mismo había cavado la tierra para solo descubrir más tierra! Ahí no había agua.

Se dirigió hacia la entrada y, al llamar a la puerta, no lo recibió su amigo. ¿Acaso se había marchado de ad-Dar al-Bayda? ¿Había vendido la casa? En su lugar, lo recibió una mujer hermosa y bella, de andares gráciles y maneras elegantes. Casi no la reconocía detrás de aquella sonrisa y sus ojos de mirada brillante: ¡era su antigua vecina! Ella lo recibió con un grito de sorpresa y acogiéndolo como a un viejo familiar lo guio hacia el interior, mientras llamaba a Nadîm. Ambos amigos se abrazaron a la sombra de una sala silenciosa que olía a limpio y había sido decorada con esmero y dedicación. Jamás había visto el espacio entre aquellas cuatro paredes lucir de aquel modo. Se sintió ínfimo y confuso. Así fue como supo que Nadîm y su vecina se habían casado: eran ahora un matrimonio feliz con un pequeño en ciernes que sobresalía en la silueta de la mujer.

Aquella noche, a la luz de la luna, ambos amigos charlaron durante horas, acompañados por el sonido de los grillos. Arfan no pudo resistirse más y le preguntó a Nadîm:

–Amigo, ¿cómo has encontrado agua en el huerto? Habrás tenido que cavar muy hondo. Recuerdo que yo piqué cientos de metros repartidos por todo el terreno, y no encontré ni una gota.

Nadîm negó con la cabeza y respondió:

–Te equivocas, Arfan. La verdad es que solo cavé doce metros, pero a diferencia de ti, siempre lo hice en el mismo punto, nunca abandoné a los pocos metros para empezar de nuevo y no acabar nada. «Lucha hasta que tus esfuerzos no hayan sido en vano», así decía mi padre.

Arfan permaneció mudo, incluso algo molesto por aquella respuesta que, aun siendo cierta, le hería en lo más profundo.

Sopló una brisa lejana entre las ramas y las hojas al zarandearse provocaron un sonido como el de la lluvia.

–¿Cómo reavivaste este árbol viejo y muerto? –preguntó, señalando la sombra frondosa que se alzaba ante ellos–. Lo intenté en muchas ocasiones: lo regué, lo podé, lo limpié, pero no sirvió de nada.

–Esa es la mejor parte –sonrió Nadîm, con un brillo en la mirada–. Amigo, me preguntaba una y otra vez qué es lo que estaría afectando a este precioso árbol y comencé a buscar en las raíces del problema. Cavé durante semanas y llegué hasta lo más profundo de la cuestión. Un día mi azada chocó contra algo extraño, provocando un sonido metálico. Cuando lo desenterré, me encontré con un baúl.

—¿Un baúl? —preguntó Arfan, sorprendido.

—Sí, amigo. Había un tesoro dentro: oro y joyas que quizá algún ancestro tuyo habría enterrado. El arca no permitía crecer a las raíces y eso estaba matando al árbol. Saqué el tesoro, lo que nos permitió llevar una vida feliz al baniano y a mí —sonrió—. Siempre he pensado que rendirse significa «no estaba dispuesto a hacer aquello que hacía falta para lograrlo».

Oculto en la oscuridad, Arfan se llevó las manos a la cabeza. Quiso en ese mismo instante gritar que todo aquello era suyo, le pertenecía legítimamente. Era el tesoro familiar, la casa de sus antepasados, el árbol y el jardín crecían en la tierra de su linaje. Respiró hondo, tratando de contenerse, mientras lo aturdían pensamientos terribles.

¡Nadîm le había arrebatado su legado a cambio de simple calderilla! Ahora que veía todo lo que había perdido y lo hermoso que podía llegar a ser su hogar, se daba cuenta de lo necio que había sido. Sin embargo, se preguntaba si no se estaría engañando: si hubiera permanecido en el pueblo, nada de lo que veía habría existido jamás. En lo más hondo de su ser sabía que no basta con tener la oportunidad, igual que no basta con tener la semilla para cosechar el fruto. También se requería preparación, esfuerzo, constancia. El destino ofrece la ocasión a todo el mundo, pero esta solo pertenece a quien la toma.

—¿Cómo conociste a la vecina? —inquirió de pronto, confuso—. Recuerdo que era seria y meditabunda, apenas sonreía y mucho menos hablaba con nadie.

—¿Te refieres a Nuzha? Me acerqué un día y le pregunté por qué estaba tan triste. Muchos habían querido hablarle, pero nadie había querido escucharla. Me reveló que una vez le rompieron el corazón y comprendí que se había cortado con los pedazos. Un día, Nuzha se interesó por mi vida: estaba a punto de hablar, pero se me escapó una sonrisa, ella me la devolvió sin saber que la tenía entre sus labios. Eso determinó nuestra historia. Es la mujer más hermosa de todo ad-Dar al-Bayda, pero también la más inteligente y cariñosa, soy afortunado de que no la hayas pretendido.

Arfan lo miró perplejo y Nadîm suspiró con ojos velados.

—¡Pensar que era de ti de quien estaba locamente enamorada! Pero tú jamás le dirigiste la palabra.

Arfan comenzó a derramar profundas lágrimas y no pudo contener por más tiempo la verdad. Le reveló a su amigo todas las decepciones que había hallado en sus viajes. Nada sucedió como lo había pensado. La realidad no era tan dulce como imaginaba y siempre venía acompañada de grandes inconvenientes. La vida en el ejército no le había hecho feliz. Al carecer de propósito, sentía que en lugar de viajar, vagaba. La gente no era cariñosa con él como lo había sido con Nadîm, lo habían tratado mal y no había tenido suerte. Ahora se daba cuenta: por lamentar lo que no poseía, olvidó apreciar aquello que sí tenía.

Nadîm trató de consolarlo, sentía como propio el dolor de su amigo. Sin embargo,

todo cuanto había llegado a su vida lo había labrado con sus manos y su esfuerzo, no podía abandonar el que ya era su hogar. Todo logro requería sacrificio, incluso la felicidad. Las amistades que había cosechado en sus viajes maduraron porque había consagrado tiempo y comprensión a las personas, había aceptado sus defectos, tomando lo bueno de ellas con agradecimiento y obviando lo malo. No solo eso, había dedicado empeño a sus conquistas, se había atrevido a superar sus miedos para presentarse ante mujeres tan hermosas como capaces. Había tolerado la rudeza del trabajo con estoicismo y se había entregado a la dura labor a pesar de las desavenencias. La suerte llega a nosotros por voluntad y no por casualidad.

Sin embargo, le reveló un secreto a su amigo:

—Existe un tesoro más.

Arfan se apartó las manos del rostro y lo miró con ojos enrojecidos.

—¿Otro tesoro? —balbuceó.

—Sí —murmuró Nadîm—, cuando encontré las joyas en el fondo del baúl, también había una carta. En ella se indicaba que, en el terreno contiguo, se escondía un segundo tesoro.

Ambos se levantaron en silencio y, con ayuda de un candil, Nadîm lo guio hacia la parcela que había a un lado de la casa. Arfan solo distinguió unos viñedos secos y quejumbrosos muy extensos, teñidos de plata bajo la luz de la luna.

—Lo cierto es que compré estas tierras con el dinero del caudal y cavé durante meses, pero no encontré nada. He plantado estas vides para disimular el enclave, pero sé que aquí, bajo esta tierra, espera otro gran tesoro.

Arfan lo miró confundido. ¿Por qué le comentaba todo esto?

—Es tuyo —le dijo Nadîm, entregándole un pliego que sacó del bolsillo. Lo había planeado hacía mucho tiempo—. Eres mi amigo y quiero que seas feliz. Desde ahora, la finca te pertenece, solo tienes que buscar tu tesoro.

Ambos amigos se abrazaron con fuerza, entre lágrimas. Después de tantos años sus caminos volvían a encontrarse y no era coincidencia, como no lo es ningún reencuentro. Antes del amanecer, Arfan dividió la finca en partes iguales y comenzó a remover la tierra con ayuda de una azada. Traía algunos ahorros, pero descartó contratar a un peón para no correr riesgos. Fue un trabajo lento y minucioso en el que desmenuzó cada pedazo de tierra compacta.

Transcurrieron dos meses y no había encontrado nada, pero mantuvo la calma. La desesperación es el profeta del fracaso. Decidió actuar de un modo diferente para que los resultados no fueran siempre los mismos. Redistribuyó las parcelas y repitió la operación, cavando con ahínco pero sin hallar rastro alguno del arca.

Para evitar la sospecha entre los vecinos, Arfan regaba las vides, agradeciendo que el follaje lo ocultara durante la labor.

Pronto comenzó a intuir que todo era un engaño de Nadîm para desviar su atención hacia aquellos mustios viñedos, mientras él disfrutaba de todo lo que tenía que haber sido suyo. Sin embargo, continuaba removiendo la tierra, con un mínimo de esperanza de cambiar su suerte.

Pasados cuatro meses, una mañana fresca y azulada, Arfan se despertó al amanecer y recorrió el terreno con una lámpara, para descubrir que las vides estaban cargadas de enormes racimos de uvas. Un estremecimiento le recorrió la espalda, mientras las últimas estrellas se desvanecían en el horizonte. Lo cierto es que al haber removido la tierra con tanto esmero, las raíces habían crecido en profundidad, haciendo que la cosecha fuera tan abundante que podía aportarle una ganancia superior al valor de cualquier tesoro que buscara jamás. «¡Oh, Nadîm, viejo amigo, no has mentido!», murmuró con ojos empañados. El tesoro estaba en la tierra, esperándole, pero en lugar de buscarlo había que crearlo. La oportunidad siempre está presente, es como la lluvia, cae para todos, pero solo la recoge quien alza la mano. Arfan suspiró, y en aquel instante lo invadió una profunda sensación de gratitud hacia la vida. Todo lo que había dado no era nada en comparación con lo que había recibido. De pronto valoraba cada circunstancia. Años más tarde, escribiría en las puertas de su viñedo: «Agradece tus errores, porque nunca se equivocaron. Había algo que debías aprender». Cuando lo que recibes te parece poco, es porque te estás comparando con otro, y ese otro no eres tú, ni su camino es el tuyo. Por primera vez Arfan era feliz siendo él mismo, no necesitaba ser más, ya era suficiente. Ya era Sawai.

Desde la distancia, tras una ventana encendida, Nadîm contemplaba la sombra de su amigo con ojos empañados. Lo cierto es que el baúl que Nadîm había hallado bajo el árbol no escondía ningún tesoro. Había comprado aquellos viñedos con el dinero de su trabajo y esfuerzo y, sin embargo, quería que fuesen de Arfan. Nadie puede fundar su felicidad sobre el sufrimiento de los demás. Sabía que Arfan volvería algún día, porque aquel que solo piensa en lo que busca no aprecia lo que encuentra en el camino. Tenía que ayudarlo a ser quien debía ser. Al fin y al cabo, no sabes nada de ti cuando no sabes hacerte feliz.

Nadîm[41] no tenía miedo de comenzar de nuevo, había ocultado a Arfan una riqueza mucho más valiosa y que nadie podía arrebatarse: confiaba en sus sueños y en sí mismo.

FIN

«Tú eres la causa de los efectos en tu vida»

P. D. En el interior del baúl solo había un viejo libro envuelto en un paño de algodón: se titulaba *Amagi* y trataba sobre un tal Yuseph Wahed, pero esa es otra historia.

17 g

COMUNICACIÓN

*Hemos aprendido que hay emociones que debemos reprimir.
¿Por qué no expresarlas si el corazón lo manda? Al fin y al
cabo las palabras son de todos, solo los sentimientos son
nuestros.*

*Recuerda: el habla son sonidos que ponemos a los
pensamientos. Señales de humo para tratar de llegar a los
demás.*

«Poco a poco, sus sentimientos reprimidos se transformaban en resentimientos»

EL QUE TENGA ALGO QUE DECIR QUE HABLE AHORA O SUFRA PARA SIEMPRE

Aquel día los médicos le dijeron a Pritama que iba a morir pronto. Madre e hija regresaron a su casa en silencio y desde entonces se estableció entre ellas una extraña distancia. Su hija, Niru, parecía molesta por tener que ocuparse de sus cuidados. Pritama se sentía como un fardo sobre los hombros de la muchacha, ahora que no podía trabajar y tenía que depender de ella.

El deseo de su hija de evitar estas pesadas obligaciones era tan intenso que, cierto día, regresó muy satisfecha y anunció que la habían ascendido de puesto en el despacho. Le explicó que en adelante tendría que pasar más tiempo fuera, pues era una oportunidad muy importante que le serviría para incrementar su jornal. Pritama se sintió abatida ante la lúgubre perspectiva de vivir sus últimos meses en soledad, sabiendo que ya jamás podría compartir tiempo con su hija. Sin embargo, no quería retenerla con los grilletes de la culpabilidad sino con los lazos del amor, y celebró su alegría con una sonrisa amarga.

Pritama también comenzó a advertir que, cuando su hija llegaba a casa, apenas le dirigía la palabra: ciertamente cocinaba para ella y le dejaba la comida sobre el velador, pero inmediatamente se entregaba a las labores de la limpieza, reordenando los muebles una y otra vez, abrigando las cacerolas o desempolvando viejas mantas, como si deseara evitarla. Pritama veía lo bien que se arreglaba su hija sin ella y, entonces, pensaba entristecida que nunca había sido necesaria en aquella casa.

Lo cierto es que aquel era un mundo oscuro y viejo, donde no había futuro para las mujeres. El día que Pritama quedó viuda, los vecinos la repudiaron, dijeron que estaba maldita. Sola y analfabeta como era, no había sido fácil criar a su hija. Había tenido que trabajar como una *dhobi*^[42] toda su vida, ahorrar para que su pequeña pudiera estudiar y no terminara limpiando ropa como su madre. Sin embargo, a Niru ya no parecían importarle aquellos sacrificios. Olvidamos todo cuanto nos ha sido dado con la misma

facilidad con que recordamos el bien que hemos hecho.

Cuando Pritama terminaba de comer, la muchacha solía limpiarle las manos con agua caliente, cabizbaja, evitando mirarla a los ojos, como si la rehuyese. En aquel momento, si Pritama le decía o le preguntaba algo, Niru ni siquiera le respondía, más bien asentía con un gruñido ronco.

Pritama se arrepentía entonces de todos los errores que había cometido como madre, buscando razones que justificaran aquel distanciamiento. Otras veces la invadía la rabia y la decepción. Ahora que ya no era útil en la casa y era un lastre sobre la juventud de la muchacha, esta ya no la quería. Niru parecía estar esperando a que ella muriese, lamentaba, y las lágrimas se escabullían por la comisura de sus ojos.

De este modo, poco a poco, sus sentimientos reprimidos se transformaban en resentimientos.

Cada mañana, antes de marcharse a trabajar, Niru dejaba algunos billetes sobre la mesa para que su madre pudiera comprarse los calmantes. Por aquellos días Pritama aún podía caminar, pero en lugar de adquirir los preparados, que solo servían para mitigar el dolor, la pobre mujer comenzó a desesperarse entre aquellas cuatro paredes, reflexionando: «No es justo, yo moriré en poco tiempo y no tendré más problemas, pero mi hija tendrá que enfrentar el mundo sola e indefensa. Aunque ahora tiene un buen trabajo, ¿quién cuidará de mi Niru cuando sea vieja? Necesita reservar para el futuro, su necesidad es mayor que la mía». Entonces prefería coger los billetes, junto con alguno de sus ahorros, e introducirlos sigilosamente en el arca que su hija escondía bajo su colchón y devolverle el dinero sin que ella se diese cuenta.

Tan piadoso y desinteresado es el corazón de una madre, y sin embargo, lejos de amarla, su hija ni siquiera deseaba hablar con ella. La muchacha nunca compartía tiempo en casa, la dejaba sola hasta bien entrada la noche, en ocasiones hasta doce horas diarias, para volver alegre de la gran ciudad, de visitar a sus amistades y cenar con sus compañeros. Cuando le preparaba la comida, Pritama había perdido el apetito. Era un hambre voraz la que sentía, pero mayor que la de su estómago era la necesidad del alma. Comía algunos bocados para no ofender a la muchacha, agradeciendo las migajas de amor que le ofrecía con una triste mirada. No decía nada, porque los sentimientos no se pueden exigir, deben surgir naturalmente.

La tristeza de esos pensamientos, unida al deterioro natural de la enfermedad, hizo que Pritama se debilitara aún más.

La hija, que antes durmiera en la misma habitación –una estancia pequeña y humilde que hacía las veces de salón y dormitorio–, trasladó su camastro al patio y comenzó a dormir alejada de su madre. Pritama pensó con desaliento: «Ahora ni siquiera le apetece descansar a mi lado. Debe de ser porque toso por las noches, la molesto y no puede dormir». Entonces intentaba contener la respiración, mientras las lágrimas le saltaban de

los ojos y su rostro enrojecía hasta que le palpitaban las sienes, pero era en vano: la tos salía disparada de su garganta.

No solo eso, las pocas veces que su hija se sentaba a conversar con ella, chismorreaba todo el tiempo. Niru hablaba descarada de sus pretendientes o le relataba incidentes vulgares que tenían lugar en el pueblo, intimidades de los vecinos. Pritama la miraba sin dar crédito. «¿Cómo puede estar tan feliz? Parece que se divierte, ¿acaso no le duele que su madre vaya a morir? ¿No le importa mi sufrimiento?», se preguntaba tristemente, mientras asentía con la cabeza a las palabras de su hija. Hablaban de lo que hacían, nunca de lo que pensaban, y eso las distanciaba más y más.

Los últimos días Pritama comenzó a preocuparse por su hija: nunca le había revelado dónde ocultó los papeles de la propiedad tras la muerte de su padre. Lo cierto es que en una tierra donde no imperaba la ley sino la superstición, era difícil sobrevivir siendo dos mujeres solas. Cualquiera día podía entrar algún hombre de una casta superior o algún bandido, y adueñarse de todo impunemente. Ella, por temor, había enterrado los papeles de las escrituras bajo una baldosa en la cocina. Aquella tarde, aunque ya muy débil y jadeando, llamó a su hija con un ademán. Niru se acercó distraída, recogiendo el pelo a causa del calor.

—¿Qué quiere, madre? —le preguntó, incómoda. Pritama abrió la boca, como si se ahogara en el agua.

—Tengo que confesarte algo... —murmuró.

La hija asintió, cerrando los párpados por unos instantes.

—Hija, he enterrado los...

—Lo sé, madre —la interrumpió Niru. Se levantó impaciente, abanicándose la nuca con la mano—. Pero eso no tiene ninguna importancia ahora. A mí no me importa. Cuando usted no esté, yo ya no miraré atrás.

Pritama comprendió que, tras su muerte, Niru se iría a vivir a la gran ciudad. La madre permaneció muda mientras la muchacha se alejaba a cocinar. ¿Cómo decirle lo que pensaba de su actitud? Exigir un sentimiento es como reclamar un regalo: si uno ha de pedirlo pierde su sentido. La sorpresa es parte del obsequio. Se preguntó una vez más qué mal había hecho y le rogó a Dios que la llevara pronto para que su hija pudiera liberarse de su pesada carga, que parecía retenerla en aquella casa por su culpa. «Los padres han de ser el arco que impulsa a sus hijos y no las piedras que obstruyen su camino», pensaba afligida.

La nostalgia pudo más que la enfermedad y Pritama murió antes de lo que predijo el *vedic*.^[43] Murió en soledad, consolándose con la idea de que al menos su hija no la extrañaría, ya que Niru no quería saber nada de ella.

«Te quiero a pesar de ti», fue su último pensamiento.

Lo que Pritama no comprendía es que no basta con sentir, también hay que saberlo

decir.

Aquel día, en la incineración de su madre, Niru lloró amargamente, sollozando con fuerza y encogida ante la pira funeraria. En lo más hondo de su ser estaba satisfecha y orgullosa de sí misma, pues había cumplido con su deber y tenía la certeza de que en el lecho de muerte, su madre apreciaba sus cuidados y la valoraba por ello. Sonreía pensando: «Aunque ya no está a mi lado, siempre me quedará el consuelo de que hice todo cuanto la hacía feliz. Sé que murió en paz».

Lo cierto es que aquellos meses habían sido muy duros para Niru. Había tenido que abandonar el trabajo en la gran ciudad, porque era un oficio menor y no quería malgastar parte del dinero en el transporte o en comer en la cantina, ahora que su madre dependía de ella. Por este motivo hubo de renunciar a un puesto prometedor, aunque naturalmente no se lo dijo a su madre, no quería que se sintiera culpable.

Pritama había trabajado toda la vida como lavandera para que Niru pudiera estudiar. Se le ocurrió a la muchacha que, quizá, podían integrarla en el gremio, y solicitó trabajo al *gotra*[44] que gobernaba en su pueblo. Las viejas colegas de su madre la aceptaron rápidamente en el puesto, y es por eso por lo que Niru comenzó a trabajar diez e incluso doce horas diarias lavando ropa bajo el sol ardiente. Les hizo prometer a sus compañeras que no dirían nada que pudiera preocupar a su madre. La mejor manera de ayudar es ayudar sin que se sepa.

No obstante, ahora que sus suaves y delicadas manos, acostumbradas solo a trabajar en la oficina, comenzaban a agrietarse y magullarse, es que Niru comprendía cuánto le debía a su madre.

Cada día, después de que Pritama terminaba de comer, Niru le limpiaba las manos en silencio, cabizbaja, procurando que los cabellos le ocultasen el rostro. A decir verdad, intentaba disimular las lágrimas que corrían por sus mejillas al contemplar los dedos deformes de su madre, cubiertos de cicatrices por años de duro trabajo. Apenas lograba contener el llanto, y si su madre decía o preguntaba algo, Niru solo respondía con un ligero asentimiento, para que no la delatara su voz quebrada.

¡Cuánto la habría de extrañar! Sin embargo, Niru no deseaba apenarla diciéndole aquellas palabras tan cargadas de dolor. Se ocupaba de limpiar la casa como le gustaba a su madre, cocinaba sus viejas recetas y reordenaba los muebles una y otra vez para que no tropezara con ellos. «Haré todo lo necesario para que vea la casa impecable, será mi forma de decirle que la quiero –pensaba–. Al fin y al cabo, el amor habla por sí mismo.»

Nada más entrar por la puerta, la saludaba con un ademán y se entregaba a las labores de limpieza. Entonces, se alegraba de ver a su madre tan radiante y feliz porque, aunque no lo expresara, sabía que valoraba todo cuanto hacía por ella.

Lo cierto es que Niru trabajaba como una esclava para conseguir el dinero con el que

comprar los costosos paliativos de su madre. Cada mañana dejaba algunos billetes sobre la mesilla y se marchaba a trabajar doce horas más para que no le faltaran los sedativos al día siguiente. En ocasiones, regresaba hambrienta a casa después de un largo día y le decía a su madre que ya había cenado con sus compañeros. Lo hacía para que Pritama comiese todo cuanto quisiera y no se privase. Ya se sabe que a quien siempre ha dado no le gusta tener que pedir. Entonces le regocijaba ver a su madre comiendo con tanto apetito, y de algún modo, ella misma se sentía saciada.

Niru comenzó a desesperarse por las noches, dando vueltas en el catre mientras se decía a sí misma: «No es justo, yo aún viviré mucho tiempo y tendré muchas oportunidades, pero mi madre morirá pronto sin haber disfrutado de la vida. Quién sabe si guarda algún deseo insatisfecho. Aunque tiene ciertos ahorros, necesita más dinero para sus antojos, su necesidad es mayor que la mía». Entonces Niru tomaba algo de sus reservas y, en la oscuridad de la noche, lo introducía sigilosamente en el hatillo que su madre escondía bajo la alfombra, dejándole el dinero sin que ella se diese cuenta. Porque todo lo que damos primero nos fue dado.

Poco a poco, al verla desmoronarse, Niru se volvió incapaz de contener los sollozos y el dolor. Trasladó su camastro al patio para que su madre no la viera llorar, no quería que se entristeciera. Estaba segura de que Pritama se sentía más cómoda y que agradecía tener la habitación para ella sola. No imaginaba que las suposiciones son las semillas del equívoco.

Un día, su madre quiso revelarle algo importante y la llamó para que se sentara a su lado. Al parecer, pretendía decirle que había enterrado los... malos recuerdos, todos los errores y faltas que, como madre, había cometido. La hija se emocionó y no quiso dejarla hablar. Para la muchacha, todos los errores, los viejos desencuentros y lamentos ya no tenían ninguna importancia. En aquel momento, Niru le respondió con el corazón en la mano que cuando quedara huérfana, ella no miraría atrás para quejarse o sufrir. «Siempre la recordaré con cariño y la llevaré en mi corazón», pensó; pero no se lo dijo. Tenía la certeza de que su madre había quedado muy complacida al escucharla.

Incluso cuando se sentaba a su lado, Niru procuraba hablar de cosas alegres o de posibles esposos, para que Pritama no se preocupase por su futuro. También le comentaba las habladurías del pueblo con el fin de distraerla de su dolor.

A pesar de todo, aquel día Niru lloraba con amargura ante la pira funeraria, mientras las llamas devoraban el cadáver. A la mañana siguiente, cuando la muchacha bajó los escalones del ghat[45] para arrojar las cenizas al río, murmuró mientras vaciaba la urna: «La quiero, madre. La llevaré siempre conmigo.» Pero era demasiado tarde, Pritama nunca conoció sus verdaderos sentimientos; aunque Niru pensaba que sí.

El silencio entre dos personas es el nido de los malentendidos.

Meses más tarde, sabiendo que la muchacha vivía sola, un inspector del pueblo pasó para solicitar los papeles de la propiedad. Al fin y al cabo, la muchacha era una simple achhut. Niru nunca había oído hablar de las escrituras, las buscó por toda la casa, pero no las encontró, y una semana más tarde la desahuciaron. Algún político o sus leales se quedaron con la propiedad. Ella tuvo que abandonar sus sueños de trabajar en la gran ciudad, porque apenas le llegaba el jornal. Comenzó a trabajar como lavandera de continuo y a malvivir. También dejó atrás, en la casa y oculta bajo el colchón, una cajita de caudales. La muchacha pensaba que estaba vacía, pero aún contenía algunos ahorros.

Y es que Niru, al igual que su madre, vivió en el equívoco de creer que era Sawai.

FIN

«Di lo que sientes, siempre.

Igual que perecen los frutos que no cosechamos, lo hacen los sentimientos no expresados»

18 g

PASIÓN

Al mundo no le interesan tus aspiraciones, el mundo quiere que seas obediente y vendas tus sueños por un salario. Y un día te resulta más fácil dejarte arrastrar por la corriente que izar la vela de la pasión. Pues a menudo, aquello que piensas que dirán los demás es lo que opinas tú, te limitas a través de ellos. Permites que te arrebaten el «extra» y te vuelves simplemente ordinario.

«Es extraño, hay quien cree en los demás y desconfía de sí mismo»

QUE EL BAILE TE ACOMPAÑE

Las páginas de este cuento son un escenario donde Jitendra representará la historia de la vida. Revivirá la angustia y los anhelos de los hombres en tus manos, y en cada lectura, padecerá como si fuera la primera vez, y como si de una función se tratara, esperará eternamente a que alguien lea estas páginas para comenzar a bailar.

Que se abra el telón, pues, y comience el espectáculo.

Hace muchos años, en el pueblo de Jodhpur, nació en una familia de campesinos un niño al que llamaron Jitendra. La criatura lloraba cuando vino al mundo, quizá porque no se conformaba con la vida que tenía predestinada: no quería ser labrador. Pasaron los años y a Jitendra no le gustaba el olor a tierra recién arada, ni regar los cultivos al anochecer, detestaba cuidar de los animales o limpiar sus inmundicias. Para sus hermanos era demasiado «delicado, mimado, sensible o ingrato». Trataban de reprimirlo con palabras, porque Jitendra había nacido para bailar, para esculpir el movimiento. Si su corazón fuera una brújula, aquella pasión era el norte.

En cierta ocasión, su padre lo descubrió «dando brincos» en el patio. Lo reprendió con severidad, hablándole «de hombre a hombre» como si no fueran padre e hijo. «Tú no has nacido para convertirte en un farandulero, sino para vender grano.» Sin embargo, nada tenía sentido para Jitendra si no era a través de la danza. ¿Qué importancia podían tener los pepinos o las berenjenas? Por el contrario, su danza podía deleitar a las personas, prender sus almas. Jitendra quería dejar huellas en el corazón de los hombres en lugar de cicatrices.

¿Qué otra razón necesitaba? Si te hace feliz, no necesita mayor explicación.

El padre de Jitendra, sus hermanos y sus tíos le azotaban cuando lo veían bailar. El muchacho comenzó a avergonzarse de sí mismo, estaban sembrando en él la semilla de la duda. Le advertían que sería un fracasado, lo llamaban el «chico basura» porque acabaría siendo un despojo. Todos, incluso su madre, insistían en que perdía el tiempo con el baile cuando debía estar concentrado en la cosecha: abonar los tributos, saldar las deudas contraídas con los usureros, y si acaso ahorrar algunas monedas después de besar

los pies del poder. Aquel era el legado de la insatisfacción: siempre hacer y hacer, pero nunca ser. «La realidad» era que debía sentar la cabeza, casarse y fundar una familia. ¿Acaso quería quedarse solo? ¿Qué diría la gente? ¿Quién cuidaría de él cuando fuese mayor? Como si los hijos fuesen un par de muletas para la vejez.

Su padre creía saber lo que convenía a Jitendra mejor que el propio muchacho. «Me he sacrificado por ti, me lo debes.» De este modo, convertía a su hijo en un deudor y Jitendra se dejaba envenenar poco a poco, en nombre del amor.

El muchacho comenzó a calcular la vida, a negociar con los miedos. «Si ahorro todas mis ganancias como un avaro, en veinte años juntaré lo necesario y seré libre de hacer cuanto desee.» Estaba dispuesto a vivir como un esclavo para morir como un señor. Quizá los últimos días pudiera bailar, pero para entonces estaría muerto, sería un árbol sin raíces, un pedazo de madera que podía arder, pero no dar frutos.

¡Pobre Jitendra! No tenía a nadie que le advirtiera: «Ten cuidado con lo que piensas, si crees en los límites, los crearás».

Para ser justos, cuando el padre de Jitendra le decía que era un fracasado, lo humillaba con buena voluntad, porque se preocupaba por él. El padre quería para su hijo la seguridad y la vida miserable que él conocía. El mono cree que el pez es un necio por no saber escalar las ramas de los árboles.

Lo cierto es que, a pesar de todo, Jitendra disfrutaba de la danza, no lo podía evitar. El baile le ayudaba a soñar con otra vida, era la zanja que aliviaba sus ansias desbordadas. De algún modo, el corazón sabe lo que debes hacer, aunque el mundo diga lo contrario.

El muchacho bailaba cada noche hasta el amanecer, escondido entre cuatro paredes, haciendo resonar sus *ghungroo*.^[46] Al salir el sol, se dirigía al campo, cansado y soñoliento, pero con el rastro de una sonrisa en los labios. La vida es un juego, por eso somos felices cuando nos divertimos.

La historia de Jitendra dio un giro con la llegada de la primavera. El aire se impregnó de esperanza y las mañanas, pacíficas y luminosas, anunciaron la llegada del teatro ambulante. La plaza se llenó de puestecillos y carromatos donde vivían los *nautanki*.^[47] Hombres y mujeres que vagaban por el país mostrando sus dotes, haciendo aquello que disfrutaban y los hacía únicos. Amaban su trabajo y, por tanto, no trabajaban nunca.

Jitendra, que creía estar listo para dedicarse a aquella vida, había planeado marcharse con los artistas cuando plegasen sus tiendas. Viajaría con ellos de pueblo en pueblo, bailarían en cada plaza, jugaría a ganarse el pan sin que le costara su libertad. Quizá su vida no fuera más fácil, pero sí mejor. Su familia no podría hacer nada por evitarlo: cuando lo echasen en falta, él ya estaría muy lejos.

Aquella mañana, Jitendra se escapó del campo y pidió audiencia al cabecilla de los banjaras. Una extraña emoción le retorció el estómago cuando se adentró en su

carromato. La luz se colaba entre los listones de madera esbozando la silueta de un hombre sentado sobre una pila de sacos.

—¿En qué puedo ayudarte, muchacho? —le espetó la sombra.

—*Sahib*, [48] quisiera llegar a ser un gran bailarín —respondió Jitendra, con entusiasmo—. Me gustaría mostrarle mi capacidad y saber qué opina de mi arte.

El *mukhi* [49] levantó el rostro con curiosidad, dejando su tarea de lado. Jitendra no alcanzaba a distinguir sus rasgos, pero pudo advertir que una cicatriz enorme le cruzaba el rostro.

—Hazme una demostración —le ordenó el mukhi. Su voz era ronca e impaciente.

Jitendra asintió con nerviosismo y se ató los ghungroo a los tobillos. Por fin había llegado el momento que tanto había esperado. El instante por el que había trabajado tantas horas, por el que había sacrificado su placer y tranquilidad. Le temblaba el pulso, sentía la boca seca.

La expectación se apoderó del ambiente, solo se escuchaban las voces ahogadas de la plaza y el canto cercano de un pájaro.

Jitendra comenzó a moverse con paso vacilante, casi tímido. Lentamente su energía comenzó a fluir, hasta que se sumió en el delirio, sus movimientos tomaron pasión y furia. El espacio era una hoja en blanco y él, un poeta del cuerpo, sus brazos los versos. Apenas había bailado unos segundos cuando el mukhi lo detuvo con un ademán.

—¡Es suficiente! —negó con impaciencia—. No tienes talento y jamás serás un buen bailarín. Además, se te ha olvidado un detalle muy importante.

Retomó sus labores y se olvidó del muchacho.

Jitendra permaneció algunos segundos en silencio, sorprendido, como un pez al que hubieran sacado fuera del agua. Quiso decir algo, boqueó, pero nada salió de su garganta. Cuando salió al aire libre, las lágrimas le inundaban los ojos. Se abrió paso entre la multitud sumido en las fantasías más desatinadas. Andaba como en una nebulosa, rabioso, con los puños cerrados y el rostro enrojecido. ¿Qué es la decepción sino la mente descubriendo que la realidad no es como el corazón desea?

Aquella noche, Jitendra llegó a su casa con el ánimo desgarrado, arrojó los ghungroo en lo más profundo de su arca y no volvió a atárselos jamás. De algún modo, sucumbió al fatalismo, Jitendra creyó que solo algunas personas, y no él, estaban destinadas a lograr determinados sueños. Para evitar la desilusión de intentarlo, cayó en el fracaso de rendirse.

En adelante, el muchacho cogió la azada y cumplió servilmente el que era su destino, aquel al que no podía escapar: hijo de campesino, ha de ser campesino.

En este mundo nadie es lo que debe ser: el poeta está detrás de un libro de contabilidad y el pintor es médico. Jitendra no sería la excepción. Pronto, sus padres y la sociedad lo arrastraron a contraer matrimonio con una mujer cariñosa, sabia y

trabajadora, Sangeeta, aunque Jitendra era incapaz de apreciarla. Pues la puerta del sentimiento solo se puede abrir desde dentro. Su esposa le parecía común y ruda, sin mayores aspiraciones que el resto de las personas que lo rodeaban.

Durante años se convenció a sí mismo de que aquello era lo que deseaba. Sus padres estaban contentos, su familia también, y los vecinos no dejaban de preguntar cuándo tendrían hijos. Jitendra creyó que por fin era feliz. Se sentía válido cuando cumplía con lo que esperaban de él. Descubrió que la gente lo valoraba por ser obediente, por dejarse extirpar el «no». Era un actor que cumplía con su papel; el guion lo escribían otros. De algún modo, el muchacho se creía libre mientras apretaba los grilletes a sus muñecas. Él era el preso y él era el carcelero.[50]

¿En qué se estaba convirtiendo? Por las noches su esposa lo veía llorar. Jitendra hundía la cabeza entre las rodillas y soñaba con lugares donde fuera un desconocido. Al amanecer, volvía a traicionarse, a obedecer a todos salvo a sí mismo. Sin saber que a pesar de haber cumplido con el mundo, el mundo jamás lo recompensaría.

De vez en cuando, Jitendra abría el arca y observaba con ojos pesarosos los ghungroo que había comprado hacía años; ya no se atrevía a ponérselos. ¿Quién le retenía? ¿Los demás o él mismo? Se sentía culpable por desear bailar, se avergonzaba de sí mismo. Continuamente se preguntaba cuál era el detalle que había olvidado en su entrevista con el mukhi. En cierta ocasión, mientras limpiaba el dormitorio, su mujer se topó con los ghungroo; Jitendra negó saber a quién pertenecían. Ella lo miró con recelo y volvió a guardar los ghungroo en el arca, en silencio.

El muchacho se dejó arrastrar por los días sin saber adónde le llevaban. Desperdiciaba el tiempo, como si fuera a vivir para siempre. Olvidó que divertirse no es un derecho, es un deber.

Así pasaron los años hasta que, con la llegada de la primavera, volvieron los banjaras y las flores, la plaza se llenó de luz y alegría. Su esposa y sus hijos insistieron en ir al teatro y Jitendra no tuvo más remedio que aceptar a regañadientes.

Aquella tarde, mientras paseaban, al muchacho le pareció distinguir a alguien conocido entre la muchedumbre. El corazón le dio un vuelco, como si una serpiente se enroscara a sus pies. ¿Acaso era él? Más avejentado, el cabello encanecido y la postura derrotada, encorvado como si fuera a caerse al suelo; era el mukhi de los banjaras, el hombre que le había arruinado la vida y arrebatado sus sueños. Jitendra quiso ocultarse, quiso huir o desmayarse ahí mismo. Sintió ganas de llorar y gritar de miedo, pero aquel triste anciano no lo reconoció y pasó a su lado ignorando el odio del que era objeto.

El resto de la tarde Jitendra se mostró distraído y meditabundo. Estaba en silencio porque tenía la cabeza llena de ruido. Cuando su familia se marchó, Jitendra rondó las callejuelas hasta el anochecer, con un candil en la mano. Esperó a que la luz de todas las ventanas se hubiera apagado y llamó a las puertas del carromato principal. Un anciano

asomó la cabeza y, al verlo, Jitendra pensó que se iba a derrumbar ahí mismo. Una cicatriz enorme le recorría el rostro. El muchacho empujó la puerta y se abrió paso hacia el interior. Traía una piedra en su bolsillo, quería matar a aquel que había impedido su crecimiento y se había opuesto a su progreso.

El viejo abrió los ojos con pavor, pegándose contra la pared del fondo. Jitendra le reveló quién era, le recordó aquella audiencia de tantos años atrás.

Al fin le preguntó, amenazándolo con la piedra en alto:

—Nunca entendí cómo pudo saber en apenas un instante que yo no tenía talento para ser bailarín.

El anciano balbuceó inconexamente, negando con la cabeza:

—La verdad es que apenas te miré cuando bailaste delante de mí, chico —se encorvó, asustado—. Siempre digo lo mismo a todos aquellos que desean unirse a la vida itinerante y ser artistas.

Jitendra abrió la boca, incapaz de asimilar la vileza de aquellas palabras.

—¡Pero eso es intolerable! —exclamó Jitendra—. ¡Usted arruinó mi vida! Me arrebató mis sueños, perdí los mejores años de mi juventud —su voz se quebró—, por su culpa me convertí en un fracasado cuando pude haber llegado a ser el mejor danzador del país.

El anciano tragó saliva y alzando las manos hacia delante, como para protegerse antes de hablar, negó con la cabeza imperceptiblemente.

—La verdad, chico, no lo creo —repuso—. Si de verdad hubiese ardido en ti la pasión por el baile, si realmente hubiera sido el gran sueño de tu vida, no creo que las simples palabras de un viejo pudieran impedírtelo. ¿Por qué prestar atención a mi comentario? Es extraño, hay quien cree en los demás y desconfía de sí mismo.

Jitendra sintió que aquella sentencia lo atravesaba como una flecha. Las lágrimas le nublaron la vista y toda la estancia se desdibujó como una acuarela. Se dio media vuelta, con intención de marcharse. Antes de abrir la puerta, se detuvo por un instante y preguntó por encima del hombro:

—Dígame, ¿cuál fue el detalle que olvidé? He pensado en ello cada día de mi vida, durante el sueño, mil veces al desvelarme, al comer y al caminar, incluso cuando segaba el campo y me sentaba a descansar, siempre la misma pregunta: qué error cometí aquel día.

El anciano lo miró asustado, escondido entre las sombras.

—Dudar de ti —respondió con voz ronca—. Se te olvidó un detalle: si preguntas a los demás y dependes de la opinión de otros, puedes perder la confianza en ti mismo.

Jitendra dejó escapar un grito desgarrador y toda la estancia se oscureció. Cuando salió al aire libre, agarraba con fuerza la piedra que escondía dentro de su bolsillo y miraba hacia atrás a cada momento. Lo había matado. Una mueca de espanto le desfiguraba el rostro. Había matado a aquel que le arrebató sus sueños, que había

impedido su crecimiento y se había opuesto a su progreso: él mismo. No había otro a quien culpar. Había muerto años atrás.

Jitendra recogió algunas piedras metódicamente y las metió en su bolsillo para hacer peso, luego se dirigió al río. Hoy acabaría de una vez con todo su sufrimiento. Avanzaba con la lámpara en la mano, arrojando algo de luz a sus pasos y rodeado de la más profunda oscuridad, cuando de pronto sintió una punzada a su espalda y alguien le agarró del cuello, pegándose a él por detrás. El muchacho abrió la boca para gritar.

—No hagas ruido —le advirtió aquella sombra, susurrándole al oído—. He visto lo que ibas a hacer. Sigue adelante, sin llamar la atención, y procura que no se apague la vela del candil mientras recorremos el pueblo o te degüello como a un cordero.

A Jitendra le pareció que su corazón se detenía de espanto.

La figura iba justo detrás de él, pegada a su espalda, clavándole aquel puñal lo suficiente como para hacerle sangrar. Pasaron ante grupos de gente aquí y allá, pero todos charlaban alrededor del fuego animosamente y nadie se fijó en ellos. Algunos vagabundos les gritaron comentarios jocosos al verlos tan juntos, aunque Jitendra no se atrevió a apartar la vista de la lámpara. Un sudor frío le bañó la frente al contemplar la llama, vacilante y leve, casi a punto de extinguirse, y la protegió con una mano de la brisa nocturna.

Al atravesar los barrios bajos, algunas cortesanas los llamaron con insinuaciones lascivas. Sin embargo, Jitendra era incapaz de oírlas, apenas le llegaba un ruido sordo, todo el mundo era un mar turbio a su alrededor, donde solo existía la lamparilla. Visiones horribles le enturbiaban la mente. ¿Adónde se dirigían?, ¿qué quería de él? Sentía que la sangre se le helaba en las venas mientras se alejaban más y más, con el filo de la daga hundido en su costado.

Después de un largo tiempo recorriendo callejuelas oscuras y deshabitadas, se detuvieron en lo que parecía un descampado. Los ojos de Jitendra estaban impresionados por la luz y no alcanzó a distinguir dónde se hallaba. Alrededor solo se escuchaba el sonido tétrico de las hojas arrastradas por el viento.

Aquella sombra corpulenta le preguntó al oído:

—¿Has observado a la gente que hemos encontrado en el camino? ¿Has oído lo que decían?

Jitendra negó con la cabeza.

—No los he escuchado —murmuró, encogido sobre sí mismo—. La verdad es que solo estaba concentrado en mantener la llama encendida.

La figura se acercó y le susurró con voz ronca:

—Este es el secreto del éxito, mantener tu luz avivada. Protege el fuego que arde en ti, atiza la pasión, porque es la luz que te permitirá iluminar el camino hacia tus sueños. Deja de mirarte a través de los ojos de otros. No creas, eso tiene que ver con los demás,

confía, eso solo tiene que ver contigo.

Jitendra tragó saliva, sin apartar la mirada de la llama azulada.

–Llevas viviendo aquí mucho tiempo, muchacho –añadió la voz cavernosa.

Jitendra frunció el ceño. ¿Qué quería decir? Levantó la cabeza y miró a su alrededor, confuso. Estaban en el cementerio.

–¿Hay algo peor que morir en vida? –Señaló las lápidas–. El mundo está lleno de gente que murió joven pero fue enterrada de vieja. ¿Cuándo te conformaste con quejarte y fantasear para no tener que cambiar tus circunstancias? Hay quien anda a oscuras y cree que es ciego. No te guíes por los demás, no sigas los caminos trazados, solo aviva el fuego que arde en ti y serás libre de escoger tu rumbo. Soñar es despertar en un mundo de dormidos.

Los ojos de Jitendra se aguaron y un halo difuso rodeó la llama. En aquel momento sintió que el puñal cedía tras su espalda y que la presencia que había tras él se alejaba silenciosamente. Jitendra no se atrevió a mirar atrás, permaneció petrificado entre las sepulturas, bajo la noche estrellada y primigenia.

Al cabo de un rato Jitendra regresó a casa; aquella noche fue incapaz de conciliar el sueño. Temblaba bajo las sábanas, hacía años que no llamaba a las puertas de su corazón por temor a que se abriesen. Le asustaban sus sueños, le aterraba brillar por encima de los demás, como un león que siempre hubiera balado para no amedrentar a los corderos con su rugido. ¿Quién era él para merecer más y no conformarse con poco? «Sé humilde, te crees demasiado», le decían. Como si hubiera un límite para creer en uno mismo y ese límite lo marcaran otros.

Después de meditar durante horas, se levantó al amanecer de un 29 de abril, buscó sus ghungroo en el arca y los ató a sus tobillos con dedos vacilantes. Decidió que aquel día no iría a labrar al campo. Con sonrojo y aunque ya era un hombre, volvió a bailar en el patio como un niño, bajo la luz velada del amanecer, mientras sus hijos reían y brincaban alrededor de su padre, sin juzgarlo. Al verlo, algunos vecinos rieron también, pero sus carcajadas tenían otro significado, escondían miedo y burla. Los padres de Jitendra palidecieron al conocer la noticia, avergonzados del «chico basura». Solo su mujer permanecía en silencio, contemplándolo, apoyada en una columna de la galería, con media sonrisa en los labios. Él no la quería a ella, pero ella a él sí.

El día que la caravana del circo se alejaba del pueblo, Jitendra cogió sus ghungroo y se marchó con ellos, a probar suerte. Abandonó una vida impuesta y escrita por otros. Huyó de las mentiras y siguió su naturaleza a pesar de las ataduras. Su esposa no se interpuso. Dondequiera que fue, Jitendra bailó, y lo poco o mucho que ganó lo envió siempre a su hogar, para que nunca les faltara lo necesario a sus hijos ni a la mujer con la que se había casado. Pues la mejor forma de educar a su familia para ser feliz era siéndolo.

Jitendra descubrió al fin que sus piernas no eran raíces, podían llevarle adonde quisiera, y que su boca podía servir de mucho más que para quejarse y lamentarse por los sueños no cumplidos: podía servir para dar las gracias por existir. Años más tarde se preguntaría cómo había hecho durante tanto tiempo para ser otro cuando era él mismo.

Aquel día, mientras huía de su casa con los ghungroo en la mano, por fin sonreía, como si fuera un pajarillo que abandonara el nido por primera vez y el cielo lo estuviera esperando. Emprendía el vuelo, cual Sawai.

Al verlo marchar, la mujer de Jitendra murmuró al viento, como si quisiera animar la figura que se alejaba: «Tú que naciste llorando tienes toda la vida para aprender a reír».

FIN

«Si odias lo que te hace único, serán rarezas para el mundo, si lo amas, te llamarán especial»

P. D. Cuenta la historia que Jitendra se convirtió en uno de los más grandes bailarines que el mundo conociera jamás. Es por eso por lo que, en su memoria, cada año se celebra el día internacional de la danza el 29 de abril, para que el mundo no olvide nunca el día que un humilde campesino decidió seguir la llama de su pasión.

Sin embargo, este no es un cuento con final feliz para otros personajes. Al correr en pos de sus sueños, Jitendra también sembró mucho dolor entre aquellos que dejó atrás.

Hay quien por no atreverse a decir «adiós» dice «hasta pronto», y nos deja esperando su regreso, haciendo más larga y dolorosa la despedida. Tras su marcha, su esposa, Sangeeta, esperó cada mañana en la puerta a que volviera, y cada noche se sorprendió de que Jitendra no apareciera. «A veces me cuesta tanto creérmelo... Incluso después de tanto tiempo, me cuesta tanto creer que ya nunca volverá», lloraba sobre los hombros de su vecina. Se pasaba horas repasando el pasado, preguntándose qué error había cometido. «Para mí él era mi vela, para él yo era su ancla», suspiraba entre lágrimas.

Un día, miró el horizonte al atardecer y murmuró, como si hablara con Jitendra: «Me hubiera gustado viajar contigo, verlo con tus ojos, el mundo a través de tu mirada hubiera sido precioso». Con el paso de los años, Sangeeta comprendió que no la amaba, y tuvo que tirar tanto sentimiento al río que, según cuentan, cada vez que el mundo beba agua, alguien se enamorará.

19 g

RECONCILIACIÓN

*A menudo esperamos que los demás obren como nosotros
deseamos y no como ellos quisieran.*

*Recuerda: que no sepas volar no te da derecho a cortar las alas
de los demás. Perdona que otros no sean como tú. Olvida
rápido, porque no es la muerte la que deja tantas cosas
pendientes, somos nosotros. Al fin y al cabo la inteligencia se
mide por la capacidad que tienes de disfrutar tu vida.*

«Lo que no solucionamos en el pasado lo revivimos en la memoria»

Y CUANDO LLEGUE LA MUERTE, LA ACEPTARÉ. Y CUANDO LLEGUE LA VIDA LA APROVECHARÉ

VIERNES

Lo cierto es que era un 14 de agosto húmedo, lluvioso, y Janvi quería morir. Nada en la vida tenía importancia para ella. Todo su cuerpo temblaba y le crujían los huesos de dolor. Apenas podía respirar y tosía flemáticamente, postrada en su camastro. Sus ojos tenían una apariencia acuosa, coronados por unas sombras violáceas y funestas.

Hacía tres meses que su marido, Vishesh, se había marchado a comerciar al sur de Karnataka por la vía del Gran Tronco y aún no había regresado. Tampoco sabía nada de él, y la última carta que había recibido de su puño y letra estaba fechada varias semanas atrás. ¿Qué podía haberle llevado a actuar de aquel modo tan impropio de él? ¿Habría sufrido algún accidente, lo habría sorprendido la riada? ¿Estaría vivo aún? Quizá lo habían asaltado los bandoleros en el desierto, pensaba con el corazón apurado. Su mente febril elucubraba las más terribles visiones para luego regodearse en ellas. Lo imaginaba desfallecido en alguna esquina del camino, apaleado y moribundo.

Los labios de Janvi temblaron y una lágrima se escapó de sus ojos absortos. Los remordimientos la atormentaban. El día que Vishesh se marchó no se despidió de él.

¿Desde cuándo decir «te quiero» se había vuelto extraño entre ellos dos? Quería decirle que lo amaba, pero temía que la escuchara solo con los oídos y no con el corazón. Prefirió que no lo supiera, por temor a que lo supiera y no le importara saberlo. Ahora las palabras se mecían en sus labios día y noche.

Desde entonces Janvi vivía sumida en lúgubres pensamientos, ocupando sus manos con los quehaceres domésticos para huir de su mente; apenas paraba para comer o descansar. Por las noches se retorció entre las sábanas, con una extraña desazón en la

boca del estómago. Lo que no solucionamos en el pasado lo revivimos en la memoria. «Vishesh, Vishesh...», murmuraba en la oscuridad.

Era la época del monzón, las lluvias irrumpían intermitentemente al atardecer, un calor pesado se hacinaba en el aire. Las epidemias fermentaban en los pantanos y los mosquitos las transmitían a los habitantes con un zumbido viscoso. Una mañana, Janvi se despertó con picaduras en los brazos y la enfermedad se apoderó de ella. Así, pues, había quedado abatida en la cama, envuelta en las mantas que pronto serían su mortaja. Si aún seguía viva era gracias a su vecina Basanti, que la velaba día y noche desinteresadamente, con el candor de una hermana. Janvi agradecía sus atenciones, pero no quería seguir viviendo.

¿De qué servía resistir sin la única persona que la amaba?

Cada lunes el cartero pasaba por delante de su casa y seguía de largo. Hacía días que los oídos de Janvi ansiaban escuchar el timbre estridente de su bicicleta, salir corriendo con los pies descalzos y recoger una carta con la alegría de un sediento que halla un pozo en un arrenal.

¡Oh, Señor! ¿Qué sería de ella si Vishesh no volvía a dar noticias?

Estaba sola en el mundo, no tenía hijos, ni familia, ningún allegado salvo su padre, al que, a causa de un triste episodio, había perdido para siempre. Los separaba una distancia mayor que la de la muerte, la del orgullo. Hacía años que no se hablaban: se chantajeaban con su silencio. Al fin y al cabo, enfadarse no es más que retirar nuestro amor a la otra persona para obligarla a hacer lo que queremos. El motivo de su disputa era bien conocido en el pueblo, aunque prefería no pensar en ello.

Aquella tarde, Janvi sufrió un ataque de tos que sacudió todo su cuerpo con violencia. Su respiración se tornó ronca y silbante. Tragaba el aire por la boca igual que un naufrago en medio del oleaje. Cuando el médico vino para reconocerla, su rostro se oscureció al advertir que un hilo de sangre brotaba de los labios de la moribunda. Le midió la temperatura en silencio y examinó sus ojos con gravedad. Hizo varias preguntas, trató de hacer algún comentario jocoso y restar importancia a sus síntomas, pero Janvi podía leer la verdad en su mirada. El hombre dejó algunos medicamentos en la mesilla y salió con presteza del dormitorio para hablar con Basanti.

—Está muy débil.

La vecina se retorció las manos con nerviosismo, como si fuera culpa suya.

—No quiere comer —se justificó con ojos aguados—. Cuando le sirvo la comida, la rechaza.

—No creo que pueda sobrevivir por mucho tiempo —susurró el médico, encogiéndose de hombros—. Los fármacos no sirven de nada si el paciente no pone de su parte y ansía vivir. ¡Qué es la muerte sino una razón por la que apreciar la vida! Tiene que comer, tratar de reponer fuerzas, respirar aire fresco y descansar. Algo parece atormentarla y no

hay nada que yo pueda hacer contra eso. En este mundo, cada uno es tan feliz como quiere serlo –suspiró, colocándose las gafas–. Si logra usted que se interese por alguna habladoría del pueblo, le prometo que la convaleciente habrá ganado un cincuenta por ciento de probabilidades de curarse. Tiene que interesarse por la vida, si no por la suya, al menos por la de los demás –simplificó, desde la autoridad que le otorgaban los años de experiencia.

Basanti asintió preocupada y acompañó al médico hasta la puerta. La luz era tenue y apenas se distinguían sus rostros cuando se despidieron. La oscuridad había llegado antes que la noche. Cerró con llave y se dirigió a la cocina para preparar un plato de *khichadi*,^[51] procurando no hacer ruido para no despertar a la enferma. ¿Por qué le importaba tanto lo que fuera de Janvi? ¿Qué relación la unía a ella? No eran familia, ni siquiera amigas, solo conocidas; pero Basanti siempre había sido así: desprendida y cariñosa con todos. Olvidaba que, ciertamente, era virtud sentir compasión por el resto, pero aún más importante era sentirla por uno mismo. Su deseo de entrega era tan grande que descuidaba lo más importante: conceder a los demás la posibilidad de que le correspondiesen.

Cuando Basanti se sentó en el borde de la cama, con el plato humeante en las manos, Janvi volvió el rostro ante la cuchara que le acercaba a los labios. Basanti trató de hacerla entrar en razón.

–Tienes que comer, el médico ha dicho que estás mucho mejor –la engañó– y que en pocos días te habrás restablecido del todo. Solo necesitas alimento y reposo.

Pero Janvi no la escuchaba, parecía muy lejos de aquel lugar. Tenía la mirada perdida en un punto más allá de la pared. La piel de su cuello, reseca y blanquecina, dejaba entrever todos sus huesos. Sus labios estaban macilentos, cuarteados, y se movían imperceptiblemente.

–Viernes, sábado, domingo, lunes... –rezaba con voz queda–, viernes, sábado, domingo, lunes...

Basanti se acercó con curiosidad, mirándola fijamente.

–¿Qué sucede, Janvi? ¿Por qué cuentas los días? –Le parecía adivinar un significado oculto en sus palabras–. ¿Qué va a pasar el lunes?

Janvi giró ligeramente la cabeza y miró a Basanti como si despertara de un trance, reconociéndola con una mezcla de sorpresa y confusión.

–¿No te lo he contado? No voy a vivir mucho tiempo más –musitó, cerrando los párpados–. Lo sé. El lunes, cuando pase el cartero y se marche sin traer una carta, moriré.

–¡Qué disparate, Janvi! –exclamó Basanti llevándose las manos al pecho–. No digas esas cosas, traen mala suerte.

–Es la verdad y el médico también lo sabe –murmuró con dificultad. Hablar parecía

extenuarla—. El lunes será mi último día en este mundo. Pronto volveré junto a mi marido.

Basanti la contempló con ojos mojados, pestañeando apresuradamente para contener las lágrimas. Tenía ganas de agarrar a Janvi de los brazos y zarandearla, de gritarle: «Puedes transformar tu sufrimiento en felicidad, pero estás demasiado ocupada transformando tu felicidad en sufrimiento». Y sin embargo permaneció muda, presa de la impotencia.

¿Qué podía decir?

—Tienes que seguir luchando —insistió, como si la vida fuera una guerra. Janvi se retorció, apartando su mano con un ademán.

—Un día todos tenemos que morir —gimoteó.

—Es verdad, pero no así los demás días, el resto tenemos que vivir.

Janvi prorrumpió en sollozos ante el zarpazo de aquellas palabras. Lo cierto es que se estaba tratando mal a sí misma para vengarse de la realidad. Basanti la consoló entre caricias y arrullos hasta que se hubo calmado, luego arropó su cuerpo tembloroso con algunas mantas.

—Procura dormir, yo vuelvo de inmediato...

La acarició con suaves palmadas, como si quisiera darle ánimos.

Sin embargo no se marchó muy lejos, permaneció junto a la puerta, vigilándola, para asegurarse de que dormía. Las frazadas, como la marea, subían y bajaban al son de su respiración anhelosa. «No hay peligro», pensó Basanti con una mirada extraña. Estaba a punto de hacer algo que no debía, sin embargo era la única alternativa, la última esperanza. No le importaban las consecuencias, resolvió mientras se perdía en la penumbra de las calles.

¿Hacia dónde se dirigía Basanti?

SÁBADO

Basanti salió de su casa justo antes del amanecer. No había dormido en toda la noche. Tenía un aspecto polvoriento y cansado, parecía incluso un poco más vieja.

Se preguntaba qué derecho tenía ella de inmiscuirse. ¿Debe ayudarse a quien no quiere ser ayudado o se ha de respetar su evolución personal? Las dudas la corroían mientras se encaminaba hacia la casa del «Poeta», así lo llamaban.

La atmósfera estaba impregnada de humedad, la luz era tenue y algunas mujeres huían de puntillas por las aceras encharcadas, recogiendo torpemente los saris y cubriéndose en vano la cabeza con el periódico.

Basanti pensaba en lo que diría una vez llamara a la puerta de aquel viejo cascarrabias. Sabía que padre e hija no se hablaban desde hacía años, de hecho todos en la colonia conocían la historia. Sucedió cuando Janvi se escapó precisamente contra su voluntad para casarse con ese hombre del que ahora no recibía noticia alguna.

El padre era un viejecito corpulento, como un tonel, de ademanes explosivos, con una barba salvaje, color gris pólvora, y mirada recelosa, que en los últimos años se había entregado a la bebida. Antaño parlanchín y pródigo con sus vecinos –aunque miserable en casa–, apenas conservaba ya el ánimo de siempre, el vicio le había agriado el carácter. Algunos decían que era a causa de la soledad, pero ¿no es acaso el sufrimiento el mayor de los vicios?

Era un artista fracasado y todo el pueblo se reía a sus espaldas. Siempre había querido ser poeta, sin embargo no había escrito un solo verso jamás. Frente a la ventana de su dormitorio le esperaban un atril con un atado de hojas y una pluma que en veinte años no había tocado nunca. Solía jactarse de que algún día escribiría una obra maestra que cambiaría la vida de las personas. Pero las palabras son como la corriente de un río, los actos como las piedras que permanecen en el lecho.

Lo cierto es que aquella mañana, cuando Basanti fue a visitar al padre de la muchacha y le explicó el estado en que se hallaba su hija, él rio con desprecio.

–¡Que sufra! –gritó echando chispas por los ojos, enrojecidos y acuosos a causa de la bebida–. ¿Cuántas veces le dije que no se casara con aquel hombre? Pero ella no me hizo caso. –Lanzó un vaso al suelo con ferocidad, haciéndolo añicos–. Huyó de casa contra mi voluntad, me avergonzó delante de todos y se casó a escondidas. –Se tambaleaba al hablar–. Janvi ya no es mi hija. Se lo advertí hace años y hoy se cumple mi palabra.

Basanti trató de convencerle y explicarle la gravedad del asunto, pero el hombrecillo le dio la espalda.

–Vete de aquí, muchacha –respondió, glacial–. Tengo que sentarme ante las hojas en blanco. Algún día escribiré una obra prodigiosa y entonces daré sentido a la vida de las personas, y a la mía. –Miró hacia el frente, perdiendo la mirada en el paisaje que se dibujaba a través de la ventana–. Nada de lo que me cuentas tiene más importancia que mi gran sueño.

Basanti lo miró con desesperación, luego se alejó, cabizbaja. Antes de salir por la puerta, se volvió una última vez: el viejecillo permanecía en la misma postura, con la mirada perdida. Guardándose el amor para luego, como si fuera a vivir para siempre. Parecía terriblemente solo; al fin y al cabo, si separamos a los demás también nos alejamos de ellos.

De nada le valía el orgullo, el honor, tantas convicciones sobre cómo debía ser la vida... Quien pretende ser más inteligente que la felicidad se la pierde.

En esto y muchas otras cosas iba pensando Basanti mientras sus pasos se perdían por las callejuelas.

La mañana olía a hierba y a tierra mojada. Sobre su cabeza asomaban nubarrones espesos y grises que anunciaban borrasca. El resto de la tarde llovió torrencialmente y el viento sopló con fuerza, ululando entre las casas.

Lejos de ahí, en la oscuridad de la noche, Janvi se retorció entre las sábanas, con fiebre y dolor, pero se negaba a probar una sola cucharada de alimento.

DOMINGO

Llovía a mares, las ráfagas de viento azotaban el pueblo y solo un hilo de vida ataba a Janvi a este mundo. Sus labios estaban blanquecinos, su aspecto exangüe, apenas había bebido una gota de agua desde hacía días y sus ojos estaban perdidos en la distancia. La enfermedad la había tornado moribunda y las ideas fatales se habían apoderado de su mente desvalida. Pronunciaba el nombre de su esposo una y otra vez, sumida en un sueño febril. Basanti trataba de cuidarla, pero solo podía velar el momento de su muerte, no había nada más que estuviese en sus manos.

No es que Janvi hubiera perdido la razón, pero tenía la mente llena de ideas prestadas –por hombres–. Ser viuda era para ella una deshonra. Pensaba que sin su esposo no era nadie, olvidaba que pertenecía a Vishesh no porque él la poseyera, sino porque ella se entregaba a él. La habían educado para ser esposa, hija, hermana, sierva, pero nunca mujer. Verse encadenada era su libertad. La rosa no sabe que es una rosa.[\[52\]](#)

LUNES

Amaneció con un cielo sombrío, las nubes se arrastraban con pesadumbre y la mañana parecía ajada, como una flor a punto de caer.

Janvi permanecía casi inerte en la cama, sin pestañear apenas, su respiración era ronca. Tenía el cuerpo rígido y frío, su vida parecía apagarse con las primeras luces, cuando de pronto sus ojos chisporrotearon al escuchar el timbre de una bicicleta que paraba ante el portal. ¿Acaso era cierto o la engañaban sus sentidos? Débil como estaba, fue incapaz de pronunciar palabra alguna, pero Basanti se levantó de un salto y con un grito de alegría corrió hacia la entrada. Al cabo de unos minutos volvió con una expresión de inmenso alivio, en sus manos traía aquello que tanto anhelaba la moribunda: Janvi había recibido correspondencia, al fin.

Querida Janvi,

Disculpa mi silencio, pero te escribo desde un pueblo cercano a Chitradurga, donde me **H**e visto **I**ncomunicado por varias semanas. La red de mensajería es limitada **A** en esta zona del país, y la estafeta más próxima está a más de cien kilómetros de distancia. He pagado a un peregrino para que haga llegar esta carta hasta la oficina de Bagalkote.

Janvi, debes creerme cuando **T**e digo que mi gran preocupación durante todo **E**ste tiempo ha sido contactar contigo. Me desesperaba no poder transmitarte la situación en que me hallo: hace algunas semanas sufrí un accidente durante mi travesía en elefante, con tan mala suerte que caí derribado sobre mi hombro derecho, **Q**ue ahora tengo inmovilizado. Es por ello que si mi caligrafía te resalta **U**ltima ajena, tan diferente a la

habitual, no debes extrañarte, pues siendo diestro, te escribo este mensaje con mi mano izquierda.

Durante mi convalecencia, no he podido dejar de pensar en ti y, conociéndote, en lo preocupada que debes de estar. Mi corazón no me concedía tregua alguna y continuamente me preguntaba qué sería de mi esposa. Sin embargo, sé que eres una mujer fuerte y que, pase lo que pase, siempre sabrás salir adelante.

He de revelarte que tantas horas de aislamiento han tenido un efecto extraño sobre mi razón. A penas he conciliado el sueño y a menudo he temido por ti.

Querida, si alguna vez me sucediera algún percance mayor –si realmente me has amado–, confío en que seas capaz de llevarme en la memoria con orgullo y serenidad. Necesito saber que aprenderás a vivir tu propia vida, a ser feliz. Pues no hay mayor honor a la memoria de un ser querido que ser dichoso y aprovechar al máximo el tiempo que el otro ya no ha de tener.

Mi adorada Janvi, lamento la tragedia que mis palabras pudieran desprender, pero estos días me han permitido reflexionar sobre la vida, y lo que es más valioso, sobre la muerte. Siento que es importante compartir contigo mis sentimientos más profundos. Tanto es así que soy incapaz de expresarte la agonía que me producen estos pensamientos.

Si por algún motivo no volviera de uno de mis viajes o me viera envuelto en alguna circunstancia desafortunada, quiero –si así lo deseas– que te reconcilies con tus seres queridos; con el único que te queda: tu padre. Siento que mi llegada a vuestras vidas os separó. Estoy seguro de que el viejo tE quiere y se arrepiente de haberse interpuesto en tu felicidad. Igualmente, intuyo que su corazón alberga cierta estima hacia mi persona, por haberte respetado y amado con devoción. Mi querida Janvi, te ruego que recuperes tus lazos y te dejes querer, pues no solo es un arte dar amor, sino también saber recibirlo.

Quiero que te hables con tus vecinos, que te forjes una red de amigos y, si lo deseas, rehagas tu vida con el hombre que tú escojas y que sea capaz de comprenderte.

¡Oh, Janvi! Cuán dichoso me haría saber que, tras de mí, sigues con tu vida.

No tienes que preocuparte por mí, quiero que sepas que estoy bien y no le temo a mi destino. Al fin y al cabo, no podrás evitar la muerte, igual que no pudiste evitar la vida. Pero sí temo por quien pueda dejar atrás, por ti, mi amada.

Volveremos a vernos. Tuyo siempre,

Vishesh

En las horas siguientes Janvi volvió a la vida y comenzó a colaborar en su recuperación. Accedió a tomar el agua de arroz, luego el arroz y pronto serían otros alimentos más sólidos. Durante dos días acopió fuerzas, comenzó a sonreír y esperanzarse. Cuando estuvo lo suficientemente lúcida, releyó su correspondencia y suspiró satisfecha. Gracias a *Babaji*,^[53] Vishesh se encontraba bien.

Sin embargo, toda esta mejoría la contemplaba Basanti con una expresión siniestra y distante, como si ocultara algo. ¿Debía decirle la verdad a Janvi? «¡Parece tan feliz!», se lamentaba su vecina, suspirando. ¿Cómo arrebatarse aquellas nimias ilusiones? Las dudas le carcomían las certezas. Basanti decidió no revelarle a Janvi la funesta noticia. No obstante, dos días más tarde, tal y como había predicho el médico, y como muestra

clara de su recuperación, fue la propia Janvi quien se interesó por las recientes habladurías del pueblo y por los acontecimientos que habían tenido lugar durante su convalecencia. Basanti le reveló el triste suceso.

—Tu padre ha muerto.

Se hizo un silencio aplastante. La muchacha se llevó las manos al rostro y gritó con fuerza, lamentando los años perdidos y las palabras no dichas que los habían separado ya para siempre. ¡Todo había terminado! No le quedaba nadie en el mundo. Ambos morirían en soledad por anteponer las ideas a los sentimientos.

Cientos de recuerdos, imágenes difusas y sensaciones amargas la invadieron hasta volverla una niña de pocos años. Manaban como la sangre de una herida profunda. ¡Su padre jamás le volvería a dar un beso en la frente, como solía hacer cuando se despedía de ella!, sollozó desesperada.

El pasado se esconde en nosotros como el fuego entre las brasas, basta el más mínimo soplo de las circunstancias para atizar la memoria.

¡Cuánto había quedado pendiente! Se golpeó el pecho con arrepentimiento. Ahora lo veía: si no haces lo que sientes, con los años sentirás lo que no hiciste.

Basanti procuró no revelar a Janvi las agrias palabras que había dicho su padre días atrás, no quería mancillar su recuerdo en la mente de la muchacha.

Aquella tarde, durante su acostumbrada visita, el médico le relató a Janvi el estado en que había hallado a su padre, pues había sido él quien atendió al viejo en sus últimos instantes.

—Nadie sabe bien lo que sucedió, cuando llegué ya era tarde. —Se encogió de hombros—. Estaba tendido en el suelo de su dormitorio, sobre un charco de agua. Temblaba de frío, aquejado de un dolor espantoso en todo el cuerpo. —La miró con aprensión, como disculpándose, pero Janvi lo alentó a seguir—. Todas sus ropas estaban empapadas, los zapatos cubiertos de lodo. Es extraño —comentó pensativo—, justo ahora que usted se estaba recuperando, su padre caía enfermo: era un caso grave de neumonía —puntualizó—. Alrededor del cuerpo había un mar de papeles arrugados en los que al parecer había comenzado a escribir, después de tantos años, su gran obra maestra —susurró el doctor, inclinándose hacia ella—; tuve la impresión de que eran borradores que había desechado. ¿No le parece extraño que su padre decidiera salir la noche del domingo y atravesar el vendaval en medio de la oscuridad, mojándose bajo la lluvia? Según algunos testimonios, le vieron rodear los pantanos con ayuda de una lamparilla, creyeron que había bebido. —Mantuvo un pequeño silencio, tomando la mano delgada y temblorosa de Janvi—. Tengo motivos para creer que fue con la intención de llevar un mensaje que guardaba bajo la camisa y necesitaba entregar al cartero. Ha sido el propio funcionario quien ha confirmado que su padre se presentó de madrugada ante las puertas de su casa. El viejecillo le dijo que se trataba de un asunto urgente, e insistió en que el

despacho debía llegar el lunes a primera hora bajo cualquier circunstancia. –Se mordió el labio–. En el sobre estaba escrita su dirección, señora.

Janvi gritó de emoción y las lágrimas le nublaron la vista. El médico pensó que debía dejarla sola y se marchó en silencio.

Su padre era el autor de la carta que había recibido. ¡La había salvado de la muerte entregando a cambio su propia vida!

La muchacha sintió que el corazón le palpitaba con fuerza, miles de pensamientos le abarrotaban la mente.

Finalmente el viejecillo había cumplido su palabra: había creado una gran obra maestra que cambiaría la vida de alguien, la de su hija, a la que a pesar de todo adoraba. Si el viejo renegaba de Janvi era porque, habiéndose mostrado bravo ante el mundo, temía echarse atrás y parecer débil –como si cambiar de opinión fuese una muestra de flaqueza y no de valentía–, aunque en realidad podía más el amor que sus prejuicios.

No era Janvi quien lo había decepcionado, sino la imagen que él tenía sobre cómo debía ser una hija.

Solo cuando perdonó logró sanar la herida que ni siquiera el tiempo había podido curar. Y es que el odio es un castillo de naipes, al más mínimo soplo de amor, cae derribado.

Janvi cogió la carta que permanecía en la cómoda, junto a ella, y desplegándola la releyó con atención. Sin embargo, algo despertó su curiosidad esta vez. Había algo extraño en aquel mensaje que tantas veces había leído: una sucesión de letras mayúsculas, desperdigadas a lo largo del texto. ¿Por qué motivo las habría escrito su padre? ¿Acaso habían sido colocadas intencionadamente? Pareciera que escondiesen algún significado. Guiada por una intuición muda, Janvi unió las letras capitales y, llevándose las manos a la boca, leyó el mensaje oculto con profundas lágrimas de emoción.

-----, -----, -----.

Había en el ambiente un silencio palpitante. Janvi vertía gruesas lágrimas con respiración entrecortada mientras se abrazaba al papel. De no ser por su terquedad, su padre aún estaría vivo, se reprochó.

Lo que nadie sabía era que aquel lunes, Janvi no había recibido una sola carta, sino dos. Al principio la muchacha creyó que se trataba de correspondencia acumulada, pero ahora comprendía la magnitud de lo sucedido: uno de los mensajes estaba escrito por su padre y el otro por su marido. Vishesh estaba vivo y por fin había dado noticias de su paradero.

¡Oh, qué inútil! ¡Qué triste se le antojó aquel sacrificio! La muchacha se cubrió el

rostro con las manos, tratando de ahogar sus gemidos bajo la luz tranquila y velada del ocaso.

Con el pasar de los años, Janvi comprendería que el recuerdo no debe ser remordimiento o nostalgia de lo que ya no es, sino alegría y regocijo de lo que fue. Al final lo único que permanece de las personas que se marcharon es el amor que nos dieron, siempre el amor. Hasta el último de sus días, el viejo formó parte de su existencia, vivió en su memoria y, en cierta manera, fueron como las estrellas: cuanto más lejos estaban, más cerca se veían.

En aquel momento, un soplo de brisa nocturna le removió el cabello, y Janvi sintió que el viento le traía un último beso en la frente, un beso de despedida. Su padre ya era Sawai.

FIN

«Y a todos los “aún hay tiempo” se les hizo de noche»

20 g

ACTITUD

Ya hemos reflexionado suficiente, es el momento de dejarse de tanto cuento y escribir nuestra propia historia. Todas estas hojas son simple teoría, un solo acto tuyo vale más que mil libros. Recuerda: al mundo no le interesan tus flores, sino tus frutos. De nada sirven las palabras bonitas pero vacías. Porque tus gestos también hablan y pueden dar a entender lo contrario de tus palabras.

«Aún tengo en mis manos la tinta del tiempo para escribir mi propio destino»

HACER ES SER

Anthony Gonsalves lo había perdido todo, no tenía adonde ir, nadie que le ayudara. En adelante tendría que dormir en la calle. Todo por culpa de una fatídica llamada, días atrás.

Aquella mañana, Anthony se preparaba para ir al trabajo cuando sonó el teléfono.

—¿Es el señor Anthony Gonsalves? —preguntó la voz cantarina de una mujer. El joven asintió con un gruñido—. Mi nombre es Punita Babani y le llamo de Mehta Group, soy la secretaria de Jamsetji.

Anthony experimentó un vuelco en el estómago, aquel era el nombre de su jefe.

—Tengo la orden de comunicarle que está usted despedido.

—¿Cómo? ¿Por qué?

El corazón le palpitó con fuerza. Anthony trató de interrumpirla, quiso protestar, pero la muchacha continuó hablando:

—Señor Gonsalves, no será necesario que pase por el despacho. Un mensajero se encargará de hacerle llegar sus pertenencias, así como las retribuciones concernientes. Gracias por sus servicios, le deseamos suerte en el futuro.

Colgó.

Anthony se dejó caer sobre la cama, con la mirada perdida y la corbata a medio anudar. ¿Qué sería de su vida ahora?, pensó.

Era un hombre soltero, de mediana edad, que había dedicado toda su vida a organizar papeles al refugio de un ventilador asmático, encerrado entre cuatro paredes de cemento donde no llegaba ni el trino de un pájaro. Diez horas laborales sentado ante montañas de certificados que nunca terminaba de gestionar. Era el Sísifo de la oficina.

Algunos fines de semana incluso se colaba en la sucursal empleando las llaves del conserje y se sentaba con las luces apagadas para concluir los procedimientos. Lo hacía voluntariamente, para progresar. Al fin y al cabo, no hay mayor esclavo que el que cree que lucha por su sueño, cuando en realidad trabaja para el de otros.

Había que esclavizarse para comer, para pagar el alquiler, la luz y el agua, para

subsistir. Vivir, si acaso, ya lo haría algún día. No sabía que el tiempo es la única «cosa» que si la guardas, la pierdes.

A decir verdad, detestaba aquel trabajo, le había agriado el carácter. La vida era aquello que estaba sucediendo mientras él organizaba impresos que no le interesaban lo más mínimo. Sin embargo, no tenía otra fuente de ingresos, tampoco podía acudir a su familia. Sus padres habían muerto algunos años atrás y no le habían legado nada, ni siquiera la casa donde vivían. La habían vendido antes de morir y habían dilapidado todo el dinero. ¿Cómo pudieron ser tan egoístas?, se preguntó, aturdido por el golpe de las circunstancias.

Si bien es cierto que los lazos familiares lo vinculaban a un pariente acomodado, Anthony apenas había oído hablar de él y jamás lo había conocido en persona. Estaba solo y, lo que es peor, no había ahorrado una sola rupia.

Así permaneció durante horas, sumido en lúgubres pensamientos hasta caer en un sueño profundo. Se preguntaba hacia dónde lo dirigían los derroteros del destino. Nada en su vida había salido como deseaba. Es curioso, lo que pensamos a menudo no sucede, y lo que sucede a menudo no lo habíamos pensado.

Con el paso de los días el casero le reclamó el pago del alquiler y, como Anthony Gonsalves no tenía con qué abonar tal cantidad, pronto se vio en la calle, con sus pertenencias arrojadas por la ventana y los gritos del arrendador persiguiéndole como el ladrido de un perro.

Anthony Gonsalves recogió del suelo algunas fruslerías que podía meterse en el bolsillo y lo demás lo dejó atrás, junto a su vieja y acomodada vida. Tenía algunas monedas en la chaqueta, nada más. Deambuló por las calles, vestido con su traje de tweed, acosado por las bocinas pertinaces de los coches, el ronroneo de las motocicletas y los gritos de los conductores de rickshaws. Todo era movimiento y ruido a su alrededor.

Harto de vagar bajo el sol, Anthony cruzó un muro y se internó en el parque de Malabar Hill. Soplaban una brisa refrescante y húmeda, el bullicio de la ciudad quedó atrás y ante sus ojos se abrieron las hermosas vistas a la bahía. Se sentó en un banco para contemplar el paisaje, pensando que aquel sería su triste destino en adelante: la fría y rígida madera de los asientos públicos.

—¿Por casualidad no tendrá usted un *bidi*?[54] —le espetó un vagabundo que vino a sentarse junto a él. Anthony negó con aspereza y el pordiosero se encogió de hombros. Todo él olía a *daru*[55] y mugre, tenía las mejillas hundidas, como si hubiera perdido la dentadura—. No parece usted de por aquí... ¿Puedo confiarle algo? —susurró, adoptando un tono enigmático—. Necesito hablar con alguien o el secreto me va a devorar por dentro.

Anthony quiso alejarse de aquel holgazán, sin embargo no podía evitar mirarlo con

una mezcla de recelo y curiosidad. Le colgaba una enorme barba ensortijada, tenía los ojos saltones y congestionados. En su camisa apenas le quedaba un botón y el viento se la inflaba, dejando ver un pecho esmirriado. La piel debajo de la barbilla le colgaba como un cucharón y las arrugas se arremolinaban alrededor de sus ojos como el oleaje en torno a un macizo. ¿Qué tramaba aquel hombre?

–La verdad es que estoy asustado, sahib –le reveló aquel vago, mirándolo fijamente, casi sin pestañear–. Escuche lo que le voy a decir: hoy no tengo nada que llevarme a la boca, soy un mísero indigente, pero mañana cualquier restaurante de Marine Drive me resultará barato. Tendré más dinero del que nadie ha imaginado jamás. –Bajó la voz y en su rostro asomó una expresión de terror–. No miento, mañana seré uno de los hombres más ricos de la ciudad.

Anthony se preguntó si le hablaba bajo los efectos del alcohol. Guardó silencio, sospechando que eran los delirios de grandeza de un borracho. El vagabundo le clavó su mirada quieta, ahora grave.

–Me llamo Akhbar Salaam, sahib. Hace años que vivo en un cuchitril, en Chor Bazaar –prosiguió–. Hoy, mientras estaba durmiendo, se ha presentado un tipo con un maletín, preguntando por mí. Yo he pensado que era un policía vestido de paisano, así que no he abierto la puerta, usted me entiende. Pero al salir por la tarde he descubierto una carta en el rellano. Escuche, sahib: era de De Souza, un gran abogado de la ciudad. He visto su placa en Linking Road, ¿sabe? El difunto Aaban Khan, uno de los millonarios de la zona de Bandra, era tío lejano mío. El viejo pretendía convertirme en su heredero y así lo dejó escrito en su testamento. Mañana, a las ocho, he de presentarme en el despacho del abogado para dejar atrás estas viejas chanclas de goma –levantó los pies, mostrándolas– y calzar unos zapatos de oro si así lo deseo. Heredaré cien *crores*, [56] sahib, ¡es cantidad suficiente como para no tener que pensar en el dinero jamás! – De pronto una expresión de horror asomó entre sus arrugas y su mirada se oscureció–. Pero tengo miedo, tengo mucho miedo –repitió confuso, encogiéndose en el banco como un caracol–. ¡Sálveme! –gritó, histérico, extendiendo las manos hacia el cielo en una plegaria–. ¡Oh, Alá, ten piedad!

Anthony lo agarró del brazo y lo obligó a serenarse.

–¿Qué está haciendo? La gente nos está mirando, cálmese –ordenó desconcertado–. ¿De qué tiene tanto miedo? Debería estar contento.

El vagabundo contuvo la respiración, en su rostro se dibujaba una expresión borrosa y callada. No parecía en sus cabales.

–Temo perder la vida antes de que acabe esta noche –le reveló Akhbar, y en sus ojos asomaban lágrimas de un extraño terror–. Tengo el mal presentimiento de que va a suceder algo que me impida acudir a la entrevista y heredar el dinero. No sé... puede caerme un rayo, atropellarme un autorickshaw mientras duermo o me puede caer un

andamio encima y aplastarme. —Aquellos pensamientos parecían mortificarle—. Trato de rebatir estas ideas, pero mi mente negativa inventa un nuevo problema por cada solución —suspiró—. Todos estos años había perdido la esperanza, me contentaba con una simple limosna para matar el hambre. Pero ahora es diferente. La fortuna vuelve a estar al alcance de mi mano... y no soy capaz de soportar las doce horas de espera. —Enterró el rostro entre las rodillas y murmuró—: Sahib, a quien bebe del río de sus sueños el agua del conformismo ya no le calma la sed. ¡Mire! —dijo, mostrándole sus palmas sucias y cuarteadas. Todo él temblaba como un niño indefenso—. Mire, ahí está escrito mi fracaso. Un sadhu de Benarés me leyó las líneas de la mano y predijo que perdería la mayor oportunidad de mi vida. ¡Siempre he tenido mala suerte!

Anthony lo miró con una sonrisa llena de indulgencia.

—No crea lo que dicen las líneas de su mano, también los mancos tienen destino. —Anthony miró a su alrededor—. Y baje la voz. No hay motivo por el que preocuparse, esta es una noche como otra cualquiera —le dijo, tranquilizador, ofreciendo consejos que no tenía para sí mismo—. Piense que en esta vida solo hay dos palabras que traen mala suerte...

Sin embargo, antes de que pudiera pronunciarlas, el vagabundo lo interrumpió: «Quédese esta noche conmigo, sahib, no me deje solo». Parecía tan deshecho que Anthony lo condujo a una calle desierta de los alrededores y, abandonándolo en una esquina, entró en un conocido restaurante, se acercó a la barra y como tantas otras veces, pidió un par de *rotis*[57] y *sabzi*[58] para llevar. Sin embargo, cuando llegó la hora de pagar, sacó las pocas monedas que le quedaban en el bolsillo y fingió haber olvidado la cartera. El camarero, que reconoció en él a un cliente habitual, le aseguró que no tenía importancia. «Ya me lo pagará otro día, no se preocupe.» Y Anthony salió del restaurante con una sonrisa de agradecimiento, para dar cuenta del banquete junto al vagabundo.

En el camino de regreso, Anthony le reveló su situación: había perdido el trabajo, la casa y una vida trillada. Hablaba con extraña tristeza, como un pájaro que añorara su jaula.

—Pues aquí está el mejor banco, sahib —resolvió el vagabundo—, justo al lado del mío. En este lugar la luz de la farola no le dará en los ojos. Oiga, sahib, cuando sea rico, no me olvidaré de usted. Me ha ayudado mucho esta noche. De no haber sido por su compañía, yo ya habría perdido la cabeza.

Anthony agradeció sus palabras y durante horas permaneció en vela, contemplando las estrellas a través de las ramas de los árboles, dejándose arrullar por el viento. El universo parecía derramarse sobre él. La madera del banco se le clavaba en los huesos, y continuamente tenía que cambiar de posición para evitar los calambres. Levantó la mirada y a su lado, Akhbar ya dormía a pierna suelta. Acaso él también acabara

acostumbrándose algún día a aquella vida miserable, pensó. Anthony se vio a sí mismo en la piel de aquel pordiosero, resguardándose de la lluvia bajo un portal y comiendo las sobras de la basura. Lo asaltó de inmediato una angustia que le estrujó la garganta. «¡No! –gritó en su mente–. ¡Jamás! Aún tengo en mis manos la tinta del tiempo para escribir mi propio destino.»

Lo cierto es que no había tenido oportunidad de pensar en su miserable condición, pero ahora que lo rodeaba el silencio, se sentía caer en un abismo oscuro y sin fondo. Él, que había trabajado con ahínco y perseverancia, siguiendo siempre el camino de la rectitud, acabaría en las cloacas de cualquier barrio de chabolas, olvidado del mundo, mientras que aquel vagabundo –lo miró con rabia–, bruto y soez, que lo había arruinado todo por culpa de su vicio y depravación, estaba a punto de recibir una segunda oportunidad, inmerecida e injusta a todas luces. Ese necio holgazán heredaría más de cien crores mientras él moriría de hambre. ¡Qué injusto!

Anthony no albergaba ninguna esperanza de que Akhbar lo ayudara. Mañana aquel borracho se olvidaría de él en cuanto se diese la vuelta, entregándose al placer y la vida ociosa. «Conozco a los de su calaña», masculló, pensando mal, para acertar. «Gente como él solo quiere llegar muy arriba para ver a los demás muy pequeños», pensó, viendo en el vagabundo no al propio Akhbar, sino a todos los jefes y superiores que en sus años de oficio lo habían humillado y utilizado. El pobre vagabundo se convirtió en la pantalla donde Anthony proyectaba todas sus frustraciones.

Entonces, una luz maliciosa destelló en su mente, y Anthony quedó rumiando una idea que, aunque en un principio le pareció absurda, poco a poco fue fraguando hasta convertirse en ciega determinación. Mañana llevaría a cabo su plan, decidió. Su mirada se volvió turbia y una sonrisa siniestra se dibujó levemente en sus labios.

Aquella herencia debía ser de su legítimo beneficiario: él.

Competimos contra los demás cuando no sabemos adónde queremos ir, así que nos conformamos con llegar antes que ellos al lugar equivocado.

Cuando el reloj de Mount Mary dio las campanadas de las seis de la mañana, Anthony se levantó silenciosamente y se acercó al banco donde Akhbar había pasado la noche. El vagabundo ya estaba despierto y esperaba sentado a que llegara la hora de la entrevista, moviendo los pies con nerviosismo.

–¿Por qué no damos un paseo? Le ayudará a serenarse –le ofreció Anthony, mientras lo tomaba del brazo.

La extraña pareja, formada por un hombre en traje de tweed y un mendiguillo andrajoso, avanzó hombro con hombro, internándose en la arboleda. La luz dorada del amanecer ya se espolvoreaba sobre las copas de los árboles y los pajarillos gorjeaban, saltando de una rama a otra.

—Dígame, ¿y qué había escrito en la carta que le dejó el abogado? —lo interrumpió Anthony al cabo de un rato.

—¡Ah! —recordó el pordiosero, rascándose la cabeza—. Ya sabe, nada especial, era una nota en que se fijaba la cita que tendría lugar a las ocho de la mañana en el bufete y... — Anthony lo miró con interés, alentándolo a seguir— ... las preguntas que habría de responder para ser identificado como pariente del fallecido Aaban Khan.

—Entiendo —masculló Anthony y luego lo miró con fingida compasión—. Akhbar, ¿cree usted que sabrá responder a todas las preguntas? No querrá acudir a la notaría sin ensayar las respuestas. Déjeme ver el documento —le exigió, extendiendo la mano—, le pondré a examen. Simularé ser el abogado y usted deberá argumentar cada cuestión con el aplomo que corresponde.

Akhbar asintió con un brillo en la mirada, celebrando aquella gran idea. ¿Cómo no se le había ocurrido antes?

—¡Qué bueno es usted, sahib! —exclamó con ojos empañados y sacó la carta de su bolsillo, desplegándola para Anthony.

¡Hacía tanto tiempo que nadie le hablaba con dulzura!

—El amor no cuesta nada, ¡pero a la gente le cuesta tanto darlo! —murmuró.

Anthony apenas escuchaba sus palabras, asentía con la cabeza, abstraído. Su mente estaba ocupada tejiendo la red que lanzaría sobre aquel holgazán.

Cuando tuvo el escrito en su mano, leyó detenidamente el interrogatorio que formularía el notario; ahora solo necesitaba conocer la réplica a cada una de las preguntas. Poco a poco fue planteando las cuestiones en voz alta, como si fuera el propio abogado, mientras el vagabundo le respondía con todo el empeño. En ocasiones, Anthony no oía algún detalle o bien lo olvidaba, y entonces le hacía repetirlo con alguna excusa. «Ha titubeado, Akhbar, el notario puede pensar que se lo está inventando.» El pordiosero recalcaba entonces su réplica, esperando la aprobación de Anthony con la mirada candorosa de un perrito fiel.

Anthony escuchaba las palabras del vagabundo como un sediento que abre la boca para beber las últimas gotas de una fuente, repitiéndolas para sí en un murmullo, tratando de fijar en su memoria los nombres de familiares, fechas de nacimiento, datos personales y recuerdos que lo enlazaban con aquel millonario.

Le sorprendió saber que en realidad no había tanta diferencia de edad entre los dos. Era la forma de vida: la pobreza, la intemperie, el hambre y el sol habían hecho envejecer mucho más rápido a Akhbar que a él. ¡Tanto mejor!, pensó para sí, complacido.

Cuando Anthony estuvo conforme, después de ensayar varias veces aquel juego de preguntas y respuestas, le dijo al fin:

—¿No pensará usted presentarse en el bufete vestido de esa manera?

Acompañó sus palabras con un tono socarrón para aguijonear al vagabundo con la vergüenza.

Akhbar se miró de abajo arriba y su mirada se oscureció mientras el rubor teñía sus mejillas. «Es verdad», murmuró, mirando el único botón de su camisa.

—¿Por qué no usa usted mi traje de tweed? —preguntó Anthony, con ojos candorosos—. De todos modos yo no lo voy a necesitar más, nadie me daría limosna vestido de chaqueta.

Una sonrisa iluminó el rostro del pordiosero. «Es usted un buen hombre, sahib», murmuró Akhbar.

Ambos buscaron el lugar apropiado para intercambiar sus indumentarias, hasta que dieron con un cobertizo de zinc donde los jardineros guardaban las herramientas. A un lado de la caseta, un cartel advertía la presencia de una zanja abrupta y profunda que los operarios habían horadado para plantar un árbol. La sortearon con cuidado y entraron en la barraca para cambiarse en la oscuridad. El interior olía a humedad y tierra, algunos rayos de luz se colaban a través de las junturas. Cuando salieron, Anthony y Akhbar se habían intercambiado los papeles como dos figurantes entre bambalinas.

El pordiosero le dio un abrazo lleno de agradecimiento. La ropa lucía un poco grande sobre su cuerpecito enclenque: le colgaban los bajos de los pantalones, arrugándose alrededor de los zapatos, y los puños de las mangas le cubrían hasta los nudillos, pero valdría.

Anthony le pasó un brazo por los hombros y caminó junto a él unos pasos, animándole: «Akhbar, mi padre solía decirme: cree en quien quieres ser y sabrás llegar a serlo. Piense que una nueva vida le espera al final de su miedo». Y cuando se hubieron acercado lo suficiente a la zanja, empujó de un golpe al vagabundo a su interior. Sorprendido, el pordiosero se resistió agarrándose al brazo que lo traicionaba, su rostro se embotó de sangre por el esfuerzo. Anthony forcejeó con nerviosismo e intentó zafarse de él. «No, ¿qué está haciendo?», gritó desesperado el vagabundo. Anthony le puso una mano en la cara para acallarlo, lo que hizo que el pordiosero perdiera el equilibrio y acabara precipitándose. Cayó de espaldas dentro de la zanja hasta quedar hundido a varios metros de profundidad. El vagabundo intentó subir, trató de agarrarse a las piedras, pero solo logró herirse las manos. Era imposible salir de ahí. Comenzó a gritar, le pidió ayuda al propio Anthony, pero desgraciadamente no había nadie alrededor para escudarle en aquellas horas tempranas, y Akhbar se sumió en profundas lágrimas y gemidos.

Mientras tanto, Anthony ya se alejaba, la respiración revuelta y el pulso tembloroso. Se detuvo ante un parterre, cogió algo de tierra y se embadurnó la cara, luego se revolvió el cabello con barro para parecer un auténtico zarrapastroso.

Lo cierto es que Anthony se sentía deleznable, pero ¿qué alternativa tenía? Para no

decaer, y con el fin de avivar su determinación, pensó en el terrible destino que le esperaba si no cumplía con lo que había planeado hacer: una vida degenerada y llena de privaciones, rehuido por el mundo como un apestado. «Debo ser fuerte», se repitió, sin saber que si endureces tu corazón como una piedra, podrás lanzarlo, podrás luchar y vencer, pero jamás florecerá. El corazón es una semilla.

Cuando la iglesia de Mount Mary dio las campanadas de las ocho, Anthony ya esperaba en la antesala del bufete. Miraba continuamente el reloj de la pared, temiendo que de un momento a otro se presentara Akhbar. El corazón le tronaba en el pecho.

Al cabo de un tiempo interminable, una muchacha de sonrisa juguetona y brillante le hizo pasar al despacho del abogado, donde lo recibió un hombre muy distinguido, sentado tras una mesa de roble: era De Souza. A su alrededor las vitrinas estaban repletas de libros jurídicos y de las paredes colgaban varios títulos y fotografías enmarcadas.

El abogado le señaló una silla y saludándolo con gran cortesía comenzó la ronda de preguntas. Anthony respondió al interrogatorio como le había escuchado hacer a Akhbar. En ocasiones incluso añadió algún que otro dato plausible para dar mayor credibilidad a su historia. El letrado lo miraba con ojos de tortuga, entrecerrados e indecisos, sopesando cada una de sus palabras. Cuando finalmente quedó satisfecho y se hubo desvanecido toda sombra de duda en su mirada, le mostró el testamento de Aaban Khan y le señaló los papeles que debía firmar. Anthony obedeció sus indicaciones con falsa modestia, hasta que todo quedó debidamente sellado y cumplimentado. El notario tomó entonces los documentos, y con gran deferencia los introdujo en una carpeta de cuero, la cerró con un cordón y se la entregó a Anthony.

¡Por fin!, pensó. Ahora debía escabullirse antes de que llegara el vagabundo. Justo cuando estaba a punto de levantarse de la silla, el notario lo detuvo e hizo pasar a su secretaria con dos vasos de *sharbat* frío: «Akhbar, es usted a partir de este momento uno de los hombres más ricos de la ciudad», brindó.

—¡Socorro! ¡Socorro! —gritaba el verdadero Akhbar desde el interior de la fosa.

Cuando la iglesia de Mount Mary dio las campanadas de las ocho, los trabajadores públicos que comenzaban a llegar al parque se asustaron al escuchar aquellos gritos de auxilio. Alarmados, se acercaron al lugar de donde parecía provenir la llamada y descubrieron a un hombre que había quedado atrapado en la zanja. Rápidamente, y con la colaboración de varios obreros, lo ayudaron a salir. Sin embargo, cuando quisieron ofrecerle algo de agua o una cura para las heridas, aquel infeliz salió corriendo, dando tumbos por las calles y buscando la torre de la iglesia con ojos enajenados. «Debe estar borracho», pensaron los jardineros.

Akhbar avanzaba con el pecho encogido, y al advertir que había pasado la hora de la

cita se llevó las manos a la cabeza y masculló de impotencia: «Lo sabía, lo sabía...». Comenzó a vagar por las calles entre profundos lamentos y gemidos, cuando, de pronto, se detuvo ante él un lujoso y magnífico automóvil importado, un Rolls-Royce Silver Shadow de color negro brillante. El coche lo siguió unos pasos hasta parar en medio de los rickshaws, las vacas y los montones de basura pestilente. Parecía invitarlo a entrar. Akhbar no se lo pensó dos veces y, abriendo la puerta con sus manos sucias, se montó en él.

Cuando salió al aire libre, Anthony tenía una sonrisa grabada en los labios. Lo había logrado. Merecía la pena haber dejado un cadáver en el camino a cambio de cien crores, pensó. En cuanto pudiese, enviaría a alguien para darle algo de limosna al vagabundo, incluso le compraría una botella de whisky, resolvió satisfecho, acallando su conciencia. El muy holgazán seguramente se contentaría con emborracharse en alguna esquina, y en pocos días el tema de la herencia no sería más que un recuerdo confuso en su memoria, una ensoñación. Él, en cambio, comenzaría a vivir. Siempre había soñado con ser libre. No volvería a permitir que le robaran los años a cambio de trozos de papel.

Anthony comenzó a atravesar las calles de la ciudad, bajo la maraña de tendidos eléctricos y las pancartas carcomidas, abrazado con fuerza a su carpeta de cuero, cuando de pronto, le pareció distinguir un rostro conocido en medio de la plaza. El corazón le palpitó con violencia y Anthony se irguió con una mezcla de orgullo y desprecio. Era Ramu Singh, un antiguo compañero de trabajo en Mehta Group. Hubiese querido evitarlo, pero ya era tarde. Ramu se acercaba rápidamente hacia él sorteando a las personas y el tráfico.

—¡Anthony, Anthony! —gritaba desde la distancia con rostro ofuscado y la mano levantada para llamar su atención. Cuando estuvo ante él, lo increpó sin saludarlo—. ¡He llamado cientos de veces a su casa! ¿Se puede saber por qué motivo ha faltado estos días al trabajo? ¡Precisamente ahora que la empresa ha sido absorbida por un nuevo accionista y estamos colmados de trabajo!

Anthony lo miró con la cara desencajada.

—¿A qué se refiere? —balbuceó—. Me llamó Punita Babani, la secretaria de Jamsetji, para comunicarme que me habían despedido. De hecho, aún estoy esperando que me envíen mis retribuciones —respondió mordaz.

Ramu Singh lo atravesó con la mirada.

—No mienta, en Mehta Group no trabaja ninguna Punita Babani —le reprochó con hosquedad—. Jamsetji solo tiene un inferior, y es un hombre: Rohit Malhotra. No quiera dar excusas sin sentido. Sepa que estos días que se ha tomado le serán suprimidos de su período vacacional, incluidos cuatro días más como penalización. Preséntese mañana a primera hora en las oficinas si no quiere acabar realmente despedido —lo amenazó, y con

las mismas dio media vuelta y se alejó.

Anthony permaneció mudo, mirando la espalda de Ramu Singh mientras este se perdía entre la muchedumbre.

El «vagabundo» se sentó sobre los asientos de cuero, manchando la tapicería con sus manos mugrientas, y comprobó que en el interior del vehículo lo esperaban un hombre muy distinguido, con ojos de tortuga, entrecerrados e indecisos, y a su lado, una muchacha de sonrisa juguetona y brillante, que lo saludó con voz cantarina. Eran su abogado, De Souza, y su secretaria, Punita Babani. Los tres se sonrieron al cruzar sus miradas, aunque en el rostro de Akhbar afloró una expresión triste y amarga. El hombre se arrancó la barba postiza con gran esfuerzo y el coche se puso en marcha.

Mientras contemplaba el correr de la ciudad a través de la ventana de su Rolls-Royce, Akhbar suspiró con tristeza. Él no era ningún pordiosero, sino el tío abuelo de Anthony. Su auténtico nombre era Xavier Gonsalves y era uno de los millonarios que habitaban la zona de Bandra. Era un hombre soltero que rondaba la sesentena; una vez amó a otro hombre, pero de eso hacía ya mucho tiempo. Nunca tuvo hijos y ahora que se hacía mayor quería legar todo su dinero al único familiar que le quedaba: Anthony Gonsalves. Sin embargo, antes deseaba medir su carácter. Gracias a sus fuentes, sabía que el muchacho se había marchado del pueblo a una edad muy temprana, seducido como una polilla por las luces de la gran ciudad. El deseo de ver lo cegaba. Abandonó a sus padres con la ligereza de una flecha que se aleja del arco que la lanza. Sin mirar atrás una sola vez, ni siquiera se paró a pensar qué sería de ellos, suspiró.

Temiendo convertirse en una carga para Anthony, los pobres ancianos decidieron vender su casa y pagar con ese dinero el asilo donde pasarían los últimos años de su vida, en soledad. Cuando Xavier conoció lo sucedido ya era demasiado tarde.

Fue entonces cuando Xavier decidió contratar a un detective para que siguiera a Anthony. Descubrió que, en sus ratos libres, el muchacho se había entregado al vicio: le gustaba apostar a los caballos en el Royal Western e incluso visitar el barrio de Kamathipura[59] de cuando en cuando; tanto que había malgastado sus ahorros. Era su forma de evadirse de la realidad en la que vivía sumido. Es por eso por lo que Xavier quería ofrecerle una nueva oportunidad, al fin y al cabo es más fácil juzgar a las personas por sus errores que amarlas a pesar de ellos.

No obstante, antes de entregarle todo su poder, Xavier quería poner a prueba al muchacho. Planeó aquella farsa e hizo que su secretaria y su abogado participaran de la misma. Necesitaba asegurarse de que el joven estaría a la altura del poder que le sería otorgado. Y solo hay una forma de conocer verdaderamente a alguien: dándole libertad de elegir.

Si aquella mañana Anthony lo hubiera acompañado hasta la notaría, Xavier le habría

convertido en su heredero universal. Es más, había planeado llevar a Anthony a las oficinas de Mehta Group –ahí donde el muchacho había trabajado toda su vida como un siervo– y entregarle el puesto de accionista mayoritario. Algunos días atrás, Xavier había invertido en aquella compañía a través de un fondo de inversiones con el fin de darle una sorpresa, para que en adelante Anthony fuera el superior de aquellos que tanto lo habían despreciado.

Sin embargo, nunca habría imaginado aquella perfidia y premeditación por parte de su sobrino.

Xavier introdujo la mano en el bolsillo del asiento y tomó los documentos con pesar, luego los rompió. No estaba enfadado, hacía mucho tiempo que había decidido no castigarse a sí mismo por la actitud de los demás, pero lo punzaba la decepción.

Por un momento había albergado la esperanza de que su sobrino pudiera sentir como propio lo que solo afecta al otro, comprender que todos somos lo mismo. Pero Anthony seguía siendo igual, solo vivía para él. Los años lo habían vuelto astuto, pero no sabio.

Lo que el muchacho no sabía era que, cuando había lanzado a Akhbar al hoyo, también había arrojado su propio futuro, despreciado la mayor oportunidad de su vida y atraído el fracaso al que quería abocar a otros. Sus actos lo habían condenado. Había arrancado las flores en las que se escondían los frutos que ansiaba cosechar.

En adelante, Xavier lo abandonaría a su suerte. Anthony jamás sabría quién era él.

No era venganza, era el reflejo de sus acciones.

En aquel momento el coche torció en una esquina y Xavier Gonsalves divisó a su sobrino Anthony en medio de la muchedumbre, de pie, mirando absorto la carpeta de cuero que le había entregado el notario. Xavier no se ocultó, los cristales eran cromados y Anthony no podría reconocerlo, pero le susurró a la figura como si estuviera a su lado, empañando el cristal: «Todo lo que hacemos vuelve a nosotros de una u otra forma. El que elige mal para otros elige mal para sí mismo».

Cuando Ramu Singh se hubo alejado, Anthony miró la carpeta de cuero con el ceño fruncido. Estaba desorientado. ¿Cómo podía ser que no trabajara ninguna Punita Babani en Mehta Group? A su lado pasó un automóvil enorme y lustroso, un Rolls-Royce Silver Shadow de color negro. Anthony lo siguió con la mirada y pensó que en adelante le gustaría viajar en un coche igual.

Una extraña inquietud se apoderó de él, desenrolló la carpeta con dedos temblorosos y, al mirar en su interior, quedó boquiabierto. ¿Qué había sucedido con los documentos? El corazón le palpitó con fuerza al comprobar que ¡todos los papeles estaban en blanco! Sopló una ráfaga de viento y varias hojas levantaron el vuelo como palomas. Fue entonces cuando la divisó, en la última hoja, una sola palabra escrita en letras negras:

KARMA

FIN

«A aquel que tiró sus inmundicias al río, el río lo esperó a que regresara con sed»

P. D. ¿Qué sucedió con Anthony Gonsalves? El pájaro regresó a su jaula, se convirtió en un simple engranaje de la rueda del poder. El muchacho se aferró a su mísero puesto, trabajó para que no le faltara de nada y acabó faltando a su propia vida. Muchos años después, por fin viajó a su pueblo y se reencontró consigo mismo en una esquina sombría del andén. Al parecer se había dejado atrás el día que se marchó. Lloró amargas lágrimas de arrepentimiento al visitar su antiguo hogar, y un vecino le entregó un misterioso sobre a su nombre: eran los documentos de la casa, obsequio de un tal Xavier Gonsalves. Pues todos cometemos equivocaciones y todos merecemos infinitas oportunidades.

Anthony no regresó a la ciudad. Dicen que se convirtió en Sawai.

Punita Babani se casó con el notario, cuyo verdadero nombre era Vijesh.

Xavier Gonsalves legó todo su dinero a una fundación para ayudar a los animales abandonados. Hay humanos que se creen con derecho a maltratar a otros seres vivos porque no pueden decir la palabra «dolor».

El autor de este cuento se embarcó en una nueva aventura tras escribir *Amagi*, porque una cima siempre lleva a otra. Si estás leyendo esto, es que finalmente logró su sueño. Al fin y al cabo, como diría Anthony Gonsalves, en esta vida solo hay dos palabras que traen mala suerte: «No Puedo».

21 g

HILAR

Las antiguas civilizaciones unían las estrellas mediante trazos imaginarios para guiar a sus navegantes en la noche oscura. Por eso no importa lo caótica que sea tu vida en este momento, dibuja una línea entre las experiencias vividas, conecta las decisiones que tomaste, y descubrirás que páginas sueltas no tienen sentido, pero juntas hacen una historia. Hay un mensaje oculto en el cielo estrellado de tu pasado:



*A mi padre, al que de pequeño llamaban Shankar.
A mi madre, a la que de pequeña llamaban Padu.
Porque ellos también fueron niños.
Y hace tiempo que nadie les cuenta una historia.*

SÁLVESE QUIEN SUEÑA

La ciudad de Benarés se levantaba con desánimo, había algo vasto e incierto en el aire. El sol destellaba dolorosamente en las aguas del río, que despedía tonalidades metálicas, casi como del acero. Tanto que dolía mirar. Los pájaros volaban alrededor de las primeras barcazas reflejando sus sombras oblicuas en la superficie móvil, y alguien oculto tras la sombra de un edificio espiaba desde la distancia a un viejo y un niño.

Abuelo y nieto contemplaban el horizonte sentados en el primer escalón del ghat, de cara a las aguas que corrían, como si fuera un río nuevo a cada instante. Parecían dos amigos, hombro con hombro, pero separados por los años. Uno, seco y encorvado como un tronco a punto de caer, el otro como un pajarillo que se hubiera posado en sus ramas antes de emprender el vuelo. El viejo no tenía nombre, el pequeño se llamaba Shankar. Y pronto descubriría lo que significaba Sawai.

El anciano tenía la cabeza hundida en un libro sobado que leía en voz alta. De vez en cuando levantaba el rostro para lanzar una sonrisa fugaz a su nieto, como si quisiera comprobar que Shankar seguía junto a él, mordiendo el anzuelo de las palabras, o si por el contrario, sus pensamientos habían sido arrastrados río abajo, por las aguas contaminadas, rumbo a la bahía de Bengala.

Pero el niño estaba presente, lo escuchaba con ojos grandes y redondos como nueces, con el mentón apoyado sobre la rodilla. Los párpados abiertos desmesuradamente en su pequeña carita amarillenta. Shankar era calvo, no tenía un pelo en la cabeza, y vestía una bata de *khadi*,^[60] blanca como la luna. Inocente de la desgracia que pronto acaecería en su vida.

Cada mañana, temprano, el abuelo se sentaba ante el río en compañía de su nieto y ambos veían el amanecer, como si estuvieran solos en el mundo. Eran los primeros en advertir el horizonte, la tierra, las nubes aclarándose, y se sentían felices por nada, y por todo. Entonces el abuelo le leía una historia al niño, no para dormirlo, sino para despertarlo; siempre eran los mismos veintiún cuentos, aunque jamás leía el último. El libro era viejo y estaba usado de tanto hojearlo, se lo había regalado un joven

comerciante, un muchacho delgado y moreno, de ojos grandes y cejas pobladas: se llamaba Sagar, jamás lo olvidaría, dijo que venía de muy lejos;^[61] el libro se titulaba *Sawai*.

Aquel día el pequeño lo escuchaba con atención, frunciendo el ceño con mucha gracia y esmero, como si quisiera retener las palabras apresuradas que leía su abuelo. Pero como las aguas del Ganges, las ideas se escurrían de sus manos. Shankar tenía la edad en que uno cree en los adultos y se aprende las respuestas sin haberse hecho las preguntas, haciendo de su vida un manual en lugar de un descubrimiento. Sería a partir de la adolescencia cuando habría de desaprender lo aprendido para buscar las respuestas por sí mismo, no a través de los libros o los hombres, sino guiándose por las enseñanzas de sus latidos.

Exasperado, le preguntó:

–Abuelo, yo intento escuchar los cuentos de *Sawai*, y me gustan las historias de Jitendra y el Pobre Arvind, pero creo que no las entiendo –murmuró tristemente–. No sé qué significan. Lo poco que logro aprender se me olvida cuando cierras el libro. ¿De qué sirve leer *Sawai* todos los días si al final no recuerdo nada?

El abuelo miró fijamente a su nieto y le plantó un beso en la frente. Había algo oscuro en los ojos del anciano, que pestañeó varias veces, intentando ahogar un grito de desesperación. ¿Cómo decirle la verdad? Era mejor que el niño viviese ajeno al curso fatal de los acontecimientos. Shankar estaba enfermo y pronto moriría, aunque no debía saberlo jamás. Acariciaba la calva del pequeño con una sonrisa amarga cuando una idea destelló en sus pupilas dulces y cansadas.

Se volvió para coger la vieja cesta donde traían las ofrendas y la vació en silencio sobre el suelo de piedra. El niño, inclinado, lo observaba con los ojos atentos de un búho. Era un canasto ennegrecido por la ceniza y las flores marchitas. El asa, raída, y el fondo pegajoso por el aceite de mostaza, la leche y la grasa de los dulces que portaban a diario.

–¿Quieres saber de qué sirve leer *Sawai*? –le preguntó con voz mansa; el niño asintió con la cabeza–. Coge la cesta del *pooja*,^[62] ve hasta el río y tráela llena de agua.

El muchacho miró a su abuelo con el ceño fruncido, todo él era una pregunta viva. Se levantó de un salto y cogiendo el canasto ennegrecido y pringoso, se lo llevó a través de los largos escalones del ghat. Caminaba a contraluz, el sol parpadeando tras la pequeña sombra.

«¡No quiero que mueras!», gritó el abuelo, mudo, dentro de su cabeza; aunque sonreía para disimular.

Abajo, el niño se agachó en cuclillas y hundió el canasto dentro del agua ondulante. La sangre le subió al rostro cuando se irguió. Tensó los músculos para cargar el cesto y subió los escalones trabajosamente, mientras su abuelo lo miraba desde arriba con una sonrisa misteriosa.

Para sorpresa del pequeño, el agua se escurrió a través del mimbre antes de que pudiera llegar hasta lo alto y, a su paso, cada gota parecía reírse de él. Cuando alcanzó el último escalón, Shankar se protegió los ojos del sol con sus pequeñas manos.

—Abuelo... —gimió al ver su cesta vacía.

El viejo rio con una carcajada sonora, aunque nerviosa. Por un momento se volvió hacia atrás con desconfianza. Tenía la extraña sensación de que alguien los observaba, pero no había nadie.

—Tendrás que moverte un poco más rápido la próxima vez. —Y señaló el río, alentándolo a intentar de nuevo la hazaña. Shankar dudó unos instantes y el viejo pareció leer su mente—. En lugar de dudar primero antes de arriesgar, arriesga primero y luego sopesa todo cuanto quieras. Siempre.

El muchacho suspiró con la cabeza ladeada y, dando media vuelta, volvió a bajar, arrastrándose con pies pesados de elefante. No le gustaba aquel juego. El abuelo lo seguía con la mirada, temeroso de que tropezara, pero reprimiendo el impulso de correr hacia él, permitiendo que Shankar llevara a cabo la labor por su propia valía. Si interrumpes a quien está intentándolo, puede entender que no crees en su capacidad.

Al ver su pequeña cabeza calva, un pensamiento macabro oscureció la mirada del anciano: Shankar pronto dejaría de existir.

El niño bajó los escalones con pequeños saltos y una vez ante la orilla, hundió la cesta en el agua. Cuando el flujo la quiso arrastrar, la levantó rápidamente y corrió hacia arriba, saltando de una zancada los escalones, mientras a su paso iba quedando un rastro goteante y oscuro sobre la piedra. Shankar veía con angustia como el agua se iba perdiendo más y más entre los nudos del mimbre. Antes de llegar hasta su abuelo el canasto estaba vacío. El niño se apoyó sobre las rodillas, jadeando con fuerza, el rostro enrojecido por la carrera.

—Imposible, abuelo —negó, ofuscado.

El anciano levantó el dedo índice.

—Tú puedes lograrlo, créeme. —Le brillaban los ojos oscuros—. Inténtalo una vez más. La acción más pequeña es mejor que la excusa más grande.

Su voz no admitía posibles réplicas. El muchacho sentía que la tarea era inalcanzable, pero ansiaba demostrar que podía ser aquello que se esperaba de él, quería cumplir las expectativas de su abuelo y recibir su aprobación, ser merecedor de amor. Uno es capaz de rechazar su forma de pensar para que los demás digan lo que quiere oír. Cogió el canasto y bajó los escalones corriendo lo más rápido que podía. El abuelo veía sus piernas frágiles bajando al trote y temía que el muchacho no pudiera soportar aquella prueba.

Una vez más, se volvió asustado, y una rigidez muda se apoderó de su rictus.

¿Quién se escondía ahí? Casi podía experimentar el peso de una mirada sobre sus

hombros. Sintió que se le erizaba la piel.

Alguien los vigilaba.

El pequeño se agachó ante el río y hundiéndose como un plomo el canasto lo sacó velozmente del agua y corrió hacia arriba, saltando los escalones como zanjales que sorteara, jadeando, el rostro embotado de sangre y haciendo un esfuerzo sobrehumano mientras el agua iba escabulléndose a sus espaldas como una estela y veía paso a paso reducirse el contenido. Cuando Shankar alcanzó el escalón más alto, las últimas gotas se perdían entre las rendijas.

El muchacho gimoteó frustrado, tosiendo del dolor físico, sentía el pecho caliente y un sudor frío le empañaba la sien. El abuelo lo tomó en sus brazos mientras le masajeaba la espalda tranquilamente, aunque dentro de su cabeza estuviera asustado. No quería tratar al pequeño como a un enfermo, sino como a un niño lleno de posibilidades, fuerte y pleno, porque así como eres tratado te sentirás.

—Abuelo, es inútil —sollozó cuando recuperó el aliento.

El abuelo lo tomó en sus brazos y le dio de beber del *lota* [63] de leche que traía para ofrendar en el templo. [64]

—¿Por qué dices que es inútil? —le contestó el viejo—. Mira dentro del canasto.

El muchacho observó la cesta con curiosidad, como si se asomara a la boca de un pozo, y dejó escapar un grito de sorpresa. Jaspeado por los destellos de la mañana, el antiguo canasto parecía diferente. En lugar de mugriento y cubierto de grasa, el fondo lucía ahora limpio y brillante. ¿Cómo era posible? Las hebras de mimbre, antes resacas y quebradizas, se habían henchido por efecto del agua, tupiendo el trenzado. Casi pareciera que la cesta fuera nueva en lugar de raída y vieja.

El abuelo lo miró desde muy lejos. Desde la otra orilla de la realidad.

—Esto es lo que nos sucede al leer *Sawai* —explicó, con la cabeza aureolada por las primeras luces—. Cuando tenemos la mente herida por los problemas del trabajo, del amor o de la vida, cuando el pensamiento está ennegrecido por el pesimismo y tenemos ideas pegajosas que nos agobian y persiguen, limitando nuestra existencia, leer este libro nos transforma lentamente por dentro. Aunque a veces no alcancemos a comprender estos cuentos espirituales o luego no recordemos su significado, aunque no retengamos nada en la memoria y las enseñanzas se escapen a través de las grietas del olvido, leer *Sawai* nos cura. —El abuelo desmenuzaba los conceptos para Shankar como una golondrina que masticara el alimento antes de darlo a su polluelo—. *Sawai* limpia nuestros pensamientos inconscientes y raídos, obligándonos a estar más presentes, a despertar en un mundo de dormidos, haciéndonos reflexionar y descubrir cómo nos pensamos, a desenterrar nuestra sabiduría. Porque todo cuanto hay escrito en este libro ya lo sabíamos, solo que a través de sus páginas no hacemos más que recordarlo.

El niño lo miró con una sonrisa llena de candor y aplaudió entusiasmado, asintiendo

con la cabeza, y en menos de un instante ya había saltado a otro tejado.

–¿Qué significa Sawai, abuelo? –dijo al fin, haciendo una pregunta que tú, estimado lector, también te habrás hecho, pues las mentes ilustres piensan igual.

El abuelo rio, con una carcajada pálida, casi triste, y respondió, mientras pellizcaba la nariz de Shankar:

–Eso es un misterio que solo tú puedes descubrir, porque el mundo no es como un libro de cuentos, donde las lecciones te son dadas, sino que tú has de mirar atrás y conectar los puntos, obtener por ti mismo las lecciones de tu experiencia y descifrar los mensajes de la vida, que están ahí, esperando a que tú los relaciones. Pues solo apreciamos las lecciones que descubrimos por nosotros mismos. –Shankar lo miraba con ojos inmensos, su bozo negro manchado de leche–. Este libro es igual que el universo, si quieres saber lo que significa Sawai, la respuesta ha estado todo el tiempo ahí, delante de tus ojos, solo tenías que encajar las piezas del engranaje. Significa entrelazar los momentos que marcaron nuestra existencia, ya sean buenos o malos, y comprender por qué nos han traído al momento presente. Recorrer lo andado y aceptar que habías de pasar por todo ello para llegar hasta donde estás. En esta vida todo tiene un significado, una razón y un porqué.

–Si quieres saber lo que significa la palabra Sawai: coge la primera letra de los veinte cuentos anteriores, la más grande, aquella con la que comienza cada historia, y escríbela sobre estas líneas. Solo uniendo todos los símbolos desvelarás el secreto de este libro.

Y entre abuelo y nieto fueron mirando hacia atrás y apuntando las pistas que habían quedado en el pasado y ahora determinaban su presente.

SAWAI: _____

A lo largo de la Historia, Sawai fueron aquellos que se atrevieron a descubrir cómo se pensaban –y por tanto, cómo eran–, que volvieron hacia atrás, para recordarse y conjurar el yo. Aquellos que se atrevieron a salir de su comodidad y se arriesgaron a sentir. Los que por fin se eligieron a sí mismos para ser felices. Pues a menudo ir un paso más allá es dar un paso hacia dentro. Es quererse a uno mismo en un mundo que solo te enseña a querer a los demás y comprender que en nuestras cabezas somos todos iguales. Porque no es lo mismo estar en la humanidad que sentir que la humanidad está en ti.

Todo esto y mucho más quería decirle el abuelo a su nieto, pero tan solo lo miró, con ojos lejanos y rumorosos. Aún no era el momento.

–Las enseñanzas llegarán a ti cuando estés preparado para aceptarlas, ninguna experiencia sucede porque sí –murmuró.

Shankar levantó la cabeza del suelo.

–Abuelo, ¿y por qué veintiún cuentos? –preguntó, entrecerrando los ojos para

protegerse del sol. Haciendo al fin la pregunta más importante de todas.

Sin embargo, en aquel momento apareció Gulabo Ram, el hijo de la vecina, un niño espigado y bullicioso, y llamó a Shankar para que le acompañase a volar la cometa. El pequeño lanzó un grito de sorpresa y levantándose de un salto se marchó como un pajarillo que alza el vuelo, sin mirar atrás. El abuelo lo vio alejarse, con la mirada fija en su tierna cabeza calva, y supo que el niño se estaba apagando como una vela.

Lo cierto es que habían afeitado la cabeza de Shankar por la víspera de su *janya*,^[65] para officiar la ceremonia del cordón sagrado, el ritual que da la bienvenida a la mayoría de edad. Su nieto estaba enfermo, pero no más que cualquier otro joven, no más que el propio lector durante aquellos años en que aún jugaba y reía sin motivo, hasta que le enseñaron a ser «un buen niño». Porque todos cuantos pisamos la tierra contrajimos aquella enfermedad que ha ido transmitiéndose de padres a hijos desde el principio de los tiempos: el mal de la adultez, que mata a nuestro Niño interior. Y es que el amor de los adultos no solo nos salva, también nos condena.

El abuelo contempló con ojos cansados la sombra leve que se alejaba y susurró al horizonte, con voz de otro tiempo: «¡Oh, Shankar, algún día lo comprenderás! De pequeño dejabas de asemejarte a lo que sientes, te diluyes entre lo que piensan de ti y lo que realmente eres. Permites que otros habiten en tu mente por temor a que si no cumples con las expectativas de los demás, lo llamen tus defectos. Ningún adulto te enseña a ser tú mismo, sino a ser normal, que solo quiere decir una cosa: “Sé como nosotros”. Y así, al crecer, te adormeces dentro de ti y decides tomar el rumbo más inmoral: el de otros. Sin saber que tu camino y el de los demás solo colindan, no llevan al mismo lugar. Cada uno tiene su propio destino».

Pero el pequeño estaba muy lejos, no podía escucharlo. Su figura era mínima en la distancia. Además, aquellas palabras resbalarían sobre el muchacho como la lluvia sobre las hojas. No las necesitaba, solo algún día sus raíces se alimentarían de ellas.

Por eso quería leer *Sawai* a su nieto, porque aquellos veintiún cuentos representaban lo que Shankar ya sabía y pronto olvidaría, que una vez había sido Niño. Un día aquel libro sería suyo y solo al cabo de muchos años el muchacho comprendería que en aquellas páginas que le leía su abuelo, se hallaban los veintiún gramos del alma perdida de todos nosotros: el espíritu que dejamos atrás cuando crecemos y olvidamos quiénes éramos. *Sawai* era un mapa para hallar el largo camino de vuelta, ¡y es que hay tantos mundos dentro de un corazón!

Había algo vibrante en la mañana, el vaho se diseminaba en el horizonte y la tierra dormida parecía exhalar un último suspiro. Aquella claridad inmensa y callada anunciaba el final del amanecer.

A lo lejos, justo cuando estaba a punto de perderse tras la esquina del templo, Shankar se volvió y lo miró con unos ojos brillantes y llenos de vida, coronado por los

rayos oblicuos del sol como el príncipe de una leyenda que sería destronado por quienes lo amaban. La suya era una vida llena de promesas hermosas y, sin embargo, condenada. Su mirada, adorable, valía por un rezo. El abuelo sonrió a su vez y se despidió del pequeño con la mano. Luego Shankar se perdió para siempre, desapareciendo de las páginas de este libro. ¿Qué fue de él? Nadie lo sabe.

Dicen que Shankar estará aquí, esperándote a la vuelta del templo, eternamente.

Aguardando a que leas estas páginas y le insufles vida, para saltar a tus pensamientos.

Shankar sabía muy poco, era solo un niño, lo desconocía todo, salvo ser feliz. Su ignorancia era su amplitud. Algún día conocería la verdad, algún día comprendería que en la última historia aparecían ellos dos. Eran tan solo los personajes de un libro, inventados, imaginarios, no más que letras y símbolos negros sobre páginas blancas, pero lo que hacían sentir era real e insondable, existían en la mente de las personas, en el silencio íntimo de tu cabeza, vivían en ti. Sí, en ti, que ahora mismo estás leyendo estas palabras.

En aquel momento el abuelo se volvió hacia dos ojos que lo espiaban, hacia dos ojos que habían estado contemplando la escena desde el principio, desde que habían estado sentados por la mañana ante el río, dos ojos curiosos y voraces, sedientos e implacables: los tuyos. El abuelo se volvió hacia ti, querido lector, y mirándote fijamente dijo:

«Si este libro ha llegado a tus manos, si lo has leído, por buscar en tu interior el camino de vuelta, por tener preguntas en lugar de respuestas, por hacer ruido en el mundo, por ser rebelde y derribar los muros en los que te has encerrado, por ser ingobernable de corazón, por ser fiel a ti mismo, por darte otra oportunidad para cambiar las cosas y hacer que merezca la pena, por desnudarte para que tus heridas se curen y hacer de tus cicatrices las grietas por las que entra la luz, por recuperar partes que no conocías de ti, como un explorador, por seguir tu voz interior, por ser tú y honrar tu canto a la vida, por darte tiempo a amar, por ser nido en lugar de jaula, por ser capaz de hacer la vida más amable a otros mientras habitas este espacio y este tiempo, por atreverte a cuestionar el mundo antes de que el mundo te cuestione a ti, yo te declaro y te condecoro Sawai.»

FIN

*«Que el tiempo no te haga olvidar tus sueños, que el mundo no te cambie.
Comprenderás el valor de estas palabras cuando hayas cambiado»*

सवाई

En la antigua India existía un título nobiliario reservado solo para los maharajás más ilustres. Literalmente significa: $1 + \frac{1}{4}$. Su origen se remonta a miles de años atrás y proviene del sánscrito. Los clanes guerreros del Rajput lo consideraban el rango de honor más valioso. Poseerlo equivalía a sobresalir un cuarto sobre el común de los hombres: ya fuera en coraje, en sabiduría o en amor. El título se pronuncia «Savai».

«Tengo confianza en los números impares...
Dicen que hay una virtud divina
en los números impares, tanto por el nacimiento
como por la fortuna o por la muerte.»

SHAKESPEARE

Las alegres comadres de Windsor, v, 1

En el año 1907, el doctor en Medicina Duncan MacDougall, de Massachusetts, llevó a cabo una investigación científica que pasaría a la Historia. Los resultados de su peculiar estudio fueron publicados en el *Journal of Scientific Exploration* y causaron gran polémica en la época por tratar de evidenciar la existencia del alma.

El doctor instaló un lecho sobre una báscula de plataforma con la intención de medir si en el momento de la muerte la balanza experimentaba una pérdida de peso. Según su hipótesis, si la masa del sujeto disminuía en el instante de su fallecimiento, quedaría demostrado que el alma se había desprendido del cuerpo para migrar hacia el otro mundo, haciéndose evidente su presencia.

Para llevar a cabo sus experimentos, MacDougall se valió de seis enfermos terminales a los que mantuvo en observación hasta que les sobrevino la muerte. Sin embargo, los resultados no fueron concluyentes, por lo que decidió repetir el mismo experimento: esta vez con quince perros sanos, a los que el doctor envenenó para pesarlos en el momento de la muerte. Obtuvo mediciones igualmente inexactas.

La comunidad científica desestimó su estudio, tildándolo de pseudociencia, pues la inexactitud del procedimiento había provocado una cadena de errores instrumentales. Y sin embargo, cien años después, las conclusiones de su artículo han llegado hasta nuestros días y se han convertido en leyenda popular debido a una extraña casualidad: durante una hora, el primer y segundo pacientes perdieron inexplicablemente la misma proporción de peso: veintiún gramos.

En muchos países, como Estados Unidos, el 21 representa el período de la madurez y la responsabilidad del individuo, así como la consecución del buen juicio y la inteligencia. Simboliza la edad en la que uno se transforma en adulto y pierde su niñez, su infancia y lo más preciado, su inocencia.

En la India, el 21 es un número sagrado, pues es 3 veces 7. Dos cifras que según el hinduismo atraen la prosperidad. El primero representa la trinidad, la creación, la naturaleza. El segundo simboliza los siete chakras: los puntos de la energía, de los cuales depende nuestro estado psicológico, emocional y espiritual.

Esta obsesión por los números impares es común a todas las civilizaciones. La mayoría de las culturas los consideran propicios, desde el pensamiento pitagórico a la cultura china. Incluso los cuentos árabes de *Alif Laila* son las mil y una noches, no las mil noches.

En muchas zonas del Rajastán es común ver templos de proporciones perfectas, erigidos con exacto número de columnas dispuestas en simetría matemática, y, sin embargo, descubrir en su interior un pilar torcido e impar, que rompe deliberadamente con la armonía. ¿Por qué motivo? Es para que el templo no compita con Dios, ni atraiga ojeriza. Según los textos sagrados, la verdadera perfección es imperfecta: toda belleza esconde fealdad, y todo acto bondadoso encierra algo de malicia. El universo es un caos equilibrado y veintiuna columnas nos recuerdan que todos somos hermosamente imperfectos.

En la cultura india es tradición obsequiar dinero en las bodas u ocasiones auspiciosas y añadir una rupia de más al regalo en efectivo: 21, 101, 501... La gente considera que esta moneda adicional es divina y recibe el nombre de «shagun ka paisa». Por un lado es una bendición, un símbolo de amor y suerte; por otro, es el comienzo de un nuevo ciclo. El motivo por el que se suma una moneda a la cuantía es hacer un número impar e indivisible, que en el hinduismo simboliza un buen augurio para la pareja casada. Si no se añadiera esta rupia, la suma total sería divisible o terminaría en cero, lo que significaría el final de la relación, por lo que añadir una rupia hará que el número sea impar, y por tanto, garantizará la continuidad. Tradicionalmente los números impares son considerados más fuertes o poderosos que aquellos que se pueden dividir sin esfuerzo. Esto significa: «Este lazo no se romperá fácilmente». Una vez más, un número redondeado encarna el fin, mientras que un número como el 21 simboliza un nuevo comienzo.

Según la filosofía vedanta, cuanto más se da a otros desinteresadamente, más felicidad y dicha se siente en la vida. En algunas tribus de la India oriental existe la tradición de ofrecer una pequeña dote durante las bodas. No obstante, a la hora de pagar la cantidad acordada por los ancianos, se suele entregar una rupia más para trivializar el sabor mercenario del dinero, y así poner de relieve el hecho de que cualquiera que sea la cantidad, grande o pequeña, es la intención lo que cuenta. Sumar una rupia al total es mostrar nuestro profundo deseo de dar más al beneficiario de lo que en realidad le estamos dando. Simboliza que se ha dado todo cuanto se tenía, que uno ha vaciado completamente su bolsillo, que el escritor ha vaciado todo su corazón. El valor del uno es más importante que el resto de la cantidad. Una rupia, una palabra, un cuento puede cambiarlo todo. Por eso, en Oriente, cuando una persona hace un donativo ha de ofrecer *sawa*: regalar siempre una moneda adicional, porque trae buena suerte. Y por eso, el 21 es un número Sawai.

En los primeros días la gente solía dar la bienvenida a sus huéspedes agasajándolos con veinte rupias, y en el momento de la despedida, añadían una moneda para que la escondieran en el pecho, por si corrían algún peligro en el viaje de regreso. Igualmente, querido lector, veinte cuentos para recibirte, y uno para que lo guardes en el corazón y te proteja en el largo camino de tu vida.

Pero recuerda: cuando alguien hace un obsequio en la India, en realidad no está regalando. Es un intercambio de bienes con motivos no altruistas, se espera reciprocidad y un retorno de igual o mayor valor. Es lo que coloquialmente llaman «el donativo de la India». Así mismo, querido lector, esto no es un libro que acaba, esto es una historia que comienza, algo que queda pendiente entre nosotros, un vínculo.

«1» significa: «espero verte pronto» y «continuidad de la relación», mientras que «0» significa «el fin». Si uno entrega 21, la cantidad real que obsequia es 20, el 1 adicional supone aquello que tú me deberás. De modo que tendrás que reencontrarte algún día conmigo para devolverme cuanto me adeudas y hacerlo aún más grande: para que yo te deba a ti y tenga que buscarte a su vez para retornártelo. Es como un lazo, un acuerdo de «nos volveremos a ver». Quizá en otro libro, quizá en la vida, y si no, devuélvemelo siendo feliz.

Querido lector, si estás leyendo esto es que no has obedecido la instrucción. ¡Bravo! Eso significa que hay esperanza para ti, aún no han corrompido tu inteligencia.

Te mereces esta pequeña historia.

CUENTO AL CUENTO

Un buscador que, por casualidad, encontró este libro en un puestecillo fue apresado por anticiparse –lo cazaron hojeando las últimas páginas– y tratar de descubrir el significado de Sawai sin haber leído antes su contenido. Obligado a compartir celda con un mendigo, aquella noche supo a través del guardián que, por orden del sultán Sagar, el más rico de los dos sería decapitado al amanecer.

El buscador, más astuto que el mendigo, rápidamente se quitó todos los collares de oro, sus anillos, incluso su ropa y sus sandalias de cuero, hasta quedar en calzones, y lo tiró todo por la ventana enrejada de la celda. Lo cierto es que lamentó muchísimo tener que desprenderse de sus posesiones, era todo cuanto había acumulado durante años de trabajo, pero se sentía aliviado de haber salvado la cabeza. Aunque hambriento y tiritando de frío, se sonreía en la oscuridad, orgulloso de su ingenio.

A su lado, el pobre mendigo dormía sin saber el destino mortal que lo esperaba. Por la mañana, el sultán convocó audiencia y anunció a los reos que eran libres.

–El castigo de ambos ha sido levantado –dictó su silueta, tras una cortina de gasa.

El buscador negó con la cabeza, comenzó a protestar, clamando justicia.

–El mendigo ha salvado la vida –gritaba con lágrimas en los ojos–, ¡y yo he perdido todo cuanto tenía!

Entonces el sultán corrió la cortina y el buscador quedó boquiabierto. Para su sorpresa el sultán Sagar no era otro que el propio mendigo, que había dormido a su lado toda la noche.

–Eso te enseña que nunca hay que leer la página cinco antes de la página cuatro –respondió el sultán Sagar–. La espera es parte de la enseñanza. –Le lanzó una rupia–. Algún día lo entenderás.

Y el buscador fue condenado a leer el libro desde el principio.

Algunos llaman al sultán Sagar: el escritor. Y al buscador: el lector.

Buen viaje de regreso hacia «Advertencia».

AGRADECIMIENTOS

Cuando bebas agua, recuerda la fuente.

PROVERBIO ORIENTAL

Según la ciencia, reconocer y dar las gracias por los aspectos positivos de la vida puede derivar en una mejora mental y física. Se asocia a un mejor estado de ánimo, una mejor calidad de sueño, menor inflamación y por último, a un reforzamiento de la salud cardiovascular. Así que un corazón agradecido es un corazón más sano, literalmente.

Por eso, ahora que *Sawai* ha llegado a su fin, es hora de volver la vista atrás y reconocer todo el bien recibido:

¿Por qué 21? ¿Por qué *Sawai*? Si uno los puntos, siento que una casualidad tras otra me han abocado a escribir esta antología, y, de algún modo, creo que las palabras que hay en estas páginas necesitaban ser escritas.

A pesar de mi impaciencia inicial, este ha sido un libro que ha fraguado a fuego lento. El tiempo, las experiencias, mis reflexiones durante estos cuatro años han ido haciendo mella en el manuscrito poco a poco, como un planeta embrionario que recibiera el envite de asteroides, cometas, meteoritos, y a cada impacto se dañara pero también creciera, hasta convertirse en algo nuevo. Ha crecido libre y salvaje y ahora alberga vida propia. Espero que te haya sido habitable.

A decir verdad, después de escribir mi primer libro no sabía cómo cubrir el vacío que había dejado en mí. Añoraba la presencia que tanto me había guiado y motivado durante una etapa crucial en mi vida. Es curioso: el éxito internacional de *Amagi* me ayudó a alcanzar mi sueño, pero también me dejó huérfano. ¿Qué hacer en adelante? Fue cuando aprendí una lección muy valiosa y que revelaré al final.

Doy gracias a las circunstancias, que me orientaron a vislumbrar *Sawai* y me fueron dejando pistas como migas de pan para encontrar el camino de vuelta a mi pasión: las letras. Pues el primero que necesita estas palabras, estos aprendizajes y enseñanzas, el

más sediento de todos los caminantes soy yo. No soy por tanto maestro de nadie, solo un buscador más.

Quisiera agradecer esta recopilación a mi abuela, por contarme desde pequeño hermosos cuentos ancestrales, provenientes de una tierra ya desvanecida llamada Sindh, asentamiento de grandes imperios y cuna de una de las primeras civilizaciones del mundo, Mohenjo Daro. Gracias a *Sawai* sigue vivo el legado de aquella tierra que dio hogar a mi familia y que ahora, tras la partición, solo pervive en el recuerdo de alguno de sus supervivientes.

Gracias a mi hermana, Madhú Prakash Khatnani, por ser, una vez más, una lectora crítica, exigente y comprometida. Sus apreciaciones intuitivas y su perspicaz sentido del entretenimiento han dejado huella en estos cuentos.

Gracias a Sara Morán Santamaría por la franqueza de sus opiniones, por ayudarme a esquivar los caminos trillados, por su impulso feminista y provocador.

Gracias a Candelaria González García, por su espontaneidad y alegría, por escucharme leer mil y una veces cada párrafo durante cuatro largos años, y principalmente por ser una gran amiga.

Gracias a Marco Cot, por ser mi ángel de la guarda en el mundo editorial italiano, por ser un ferviente lector de *Amagi* y por su apoyo incondicional y sincero.

Gracias a Anita Heijden, a Ana Aragonés Andreu, a Lilia Martín, a Marisol Adell, a Ovidio Zapico, a Aarón Lago, y a tantas otras personas que me han apoyado a través de sus opiniones amables, sus consejos y su atención.

No quisiera dejar de agradecer la maravillosa labor de María Fresquet, por creer en *Sawai*, y a Rocío Valero por su gran profesionalidad e infinita paciencia.

Finalmente, me gustaría agradecer a todas esas personas y asociaciones que ayudan a regenerar los bosques de especies autóctonas y a preservar el medio ambiente, conservando el ecosistema de otros seres sintientes con los que cohabitamos este espacio y esta tierra y a los que debemos respetar. Solo espero que estas palabras merezcan el honor de haber sido impresas, pues las hojas que componen este libro no son las que crecen en las ramas –que brotan en primavera y caen en otoño–, sino que provienen de los troncos que han tenido que ser talados para que lleguen a tus manos, y así volver a tener vida cuando las lees. Por eso, sin ti, *Sawai* no es más que algo muerto. Comparte este ejemplar, regálalo, dale una segunda vida. Siempre he creído que un libro guardado es tronco, solo es hoja y reverdece cuando alguien lo lee.

Querido lector, para ti comienza este libro, para mí termina. Me despido aquí y por siempre de *Sawai*. Ha terminado este viaje de cuatro años, pero estoy satisfecho y esperanzado, porque aprendí al acabar *Amagi* que todo final es un nuevo comienzo, una nueva aventura. ¿Y quién sabe qué nueva historia me espera? Solo deseo que nos volvamos a encontrar. Hasta entonces, buen viaje y buena suerte.

Sagar Prakash Khatnani
25 de abril de 2018

ATENCIÓN:

*En este libro, como en la vida,
cuando acaba un cuento siempre empieza otro.*

El tuyo.

NOTAS

[1]. Triciclo motorizado.

[2]. Es el octavo mes del año en el calendario hindú, y se corresponde con los meses de octubre y noviembre en el calendario gregoriano. Para los hindúes es una etapa sagrada y está dedicada al dios Sri Krishna. Según el hinduismo, cualquier servicio devocional durante este período, incluso el más pequeño, dará grandes resultados, pues es el mes del amor.

[3]. Un *sadhu* es un asceta hindú o un monje que sigue el camino de la penitencia y la austeridad para obtener la iluminación.

[4]. Un *Shahan Shah* es un Sah de Sahs, similar al título de Rey de Reyes.

[5]. Entre 1680 y 1707 se libró una batalla histórica entre el Imperio maratha y el Imperio mogol.

[6]. Una criatura sobrenatural, por lo general el fantasma de una persona muerta, muy presente en la cultura popular, la literatura y algunos textos antiguos del subcontinente indio.

[7]. «La esposa del sah» en persa.

[8]. Población ubicada en el antiguo Sindh, la actual Pakistán.

[9]. La «higuera sagrada» o ficus religiosa es considerada un árbol divino en el hinduismo, el budismo y el jainismo. Cuenta la leyenda que, después de haber estado meditando bajo una higuera espiritual, Siddhartha Gautama alcanzó el nirvana, convirtiéndose así en el primer Buda.

[10]. Una de las carreteras más antiguas y largas del Asia meridional. Desde hace más de dos mil años, ha vinculado las regiones orientales y occidentales del subcontinente indio. Los invasores afganos y persas y las tropas británicas aprovecharon estas redes para saquear el país.

[11]. Una de las siete ciudades santas para el hinduismo, situada al norte de la India y donde vivió Buda. Según los textos del Ramayana, ahí fue donde nació el dios Rama.

[12]. Una escuela filosófica del hinduismo que recoge las enseñanzas esotéricas de las «Escrituras del bosque» y los Upanishads.

[13]. Sus textos sentaron las bases para el desarrollo de la filosofía vedanta.

[14]. Hachís elaborado a mano en la India y Pakistán.

[15]. Es un preparado de efecto psicotrópico, hecho a partir de hojas y cálices del cannabis e infusiones frías de almendras, especias, leche y azúcar.

[16]. Santo indio y fundador del jainismo, una de las religiones con mayor número de seguidores en el mundo.

[17]. Es una prenda tradicional en países como la India y Pakistán. Consiste en una camisa suelta que cae hasta los muslos o por debajo de las rodillas.

[18]. Deriva del sánscrito *vana chara*, «vagabundos en la selva», y se trata de un pueblo nómada que habita la región comprendida entre Afganistán y el estado de Rajastán. Son conocidos por su dominio de las artes escénicas, la danza, el tatuaje, la pintura y la música folclórica.

[19]. Ya lo decía un tal Yuseph Wahed.

[20]. Según la mitología, este es el lugar en el que se encuentra Shangri-La, la tierra de la juventud eterna.

[21]. Significa señor o dueño, y deriva de la palabra sánscrita *Thakura*, que significa: jefe u hombre de rango. Es un título feudal y un apellido utilizado por diversas comunidades de la India y Nepal.

[22]. Vocablo de origen urdu. Es un título honorífico ratificado y otorgado por el emperador mogol a los gobernantes musulmanes semiautónomos de los estados principescos del sur de Asia. «Nabab» generalmente se refiere a los hombres, y el equivalente femenino es «begum» o «nabab begum».

[23]. Es un gobernante juez de los territorios musulmanes que reparte las resoluciones judiciales de acuerdo con la ley religiosa islámica (la sharia). La palabra «cadí» significa «juez» o «magistrado».

[24]. Pipa para vaporizar y fumar tabaco aromatizado o cannabis. Fue inventada en la corte del gran emperador mogol Akbar, con fines medicinales, aunque la ciencia moderna ha demostrado que fumar cachimba es igual o más tóxico que fumar un cigarrillo.

[25]. También llamado melaza, se compone de finas hojas de tabaco lavadas abundantemente y mezcladas con miel u otros saborizantes.

[26]. Madre.

[27]. Velo con el que se cubren el rostro las mujeres de religión musulmana.

[28]. *Phyllanthus emblica* L. Es una especie perteneciente a la familia de las filantáceas. Se encuentra en las regiones tropicales y subtropicales de Asia. Su fruto es muy valorado en la tradición ayurvédica, donde es empleado desde la antigüedad como tónico para fortalecer el cabello. La ciencia moderna ha demostrado que su aceite es rico en ácido ascórbico, polifenoles y flavonoides.

[29]. Ya se decía en un libro llamado *Amagi*.

[30]. Pan plano elaborado en fuego de leña, similar al pan pita, y típico de la gastronomía turca.

[31]. Princípe.

[32]. También llamados intocables o parias, pertenecen a la casta más baja de la tradición hinduista. Antiguamente eran obligados a vivir a las afueras de los pueblos y tenían prohibida la entrada a los templos. Debían ocuparse de los trabajos marginales, como la recogida manual de excrementos, y si al pasar por una calle proyectaban su sombra sobre alguien de una casta superior, eran denunciados y castigados severamente. En la actualidad estas conductas discriminatorias están penadas por la ley, aunque la segregación persiste en zonas rurales o en la esfera privada.

[33]. Leer ante un espejo.

[34]. «Locamente poseído por Layla»; es un poema persa del siglo XI, una trágica historia de amor eterno, al igual que la obra *Romeo y Julieta*.

[35]. Especialmente provechosos eran sus acuerdos con la industria papelera para la publicación de libros. Incluso estaba a punto de editarse un volumen de veintiún cuentos espirituales que paradójicamente requería la tala de árboles para denunciar la propia deforestación. ¡Semejante ocurrencia! Hayek no se acordaba bien del título, algo así como S...

[36]. La palabra «gymkhana», también conocida como «gincana» o «yincana», proviene del hindi *khana*, que significa «lugar de reunión», y de *gend*, que significa «pelota». Son competiciones llevadas a cabo en la India desde el siglo XIX, y donde los participantes montan a caballo en un circuito lleno de obstáculos que deben saltar para no ser penalizados.

[37]. Ya lo advirtió la Maharani Loca varios siglos antes.

[38]. Estiércol de vaca seco utilizado como combustible en las cocinillas o incluso como revestimiento de viviendas.

[39]. El festival de las cometas celebra la llegada de la primavera y la época de cosecha en la India, Nepal y Bangladés. Los locales consideran que la víspera trae buena suerte y bendiciones.

[40]. En árabe clásico, «la Casa Blanca».

[41]. Nombre de origen árabe cuyo significado es «amigo».

[42]. Lavandera manual. Es un trabajo hereditario, generalmente llevado a cabo por la casta de los intocables. Estos obedecen a un concejo comunal y se rigen por leyes endogámicas: solo contraen matrimonio entre ellos. Los clanes de menor estatus entregan a sus niñas a los de estratos superiores a cambio de una dote. El oficio se ejerce al aire libre, atizando la ropa contra una piedra o con una porra de madera, y empleando sosa cáustica.

[43]. Doctor ayurvédico.

[44]. Son las agrupaciones en que se organizan los lavaderos de la India. Gestionan las cuestiones de su comunidad a través de una asamblea de reputados ancianos, conocida como *Biradari Panchayat*.

[45]. Significa «peldaño» en bengalí, y se refiere a las escalinatas o graderíos que hay al borde de un río o un aljibe en muchas partes de Asia del Sur.

[46]. Es un instrumento musical empleado en el baile clásico indio. Está compuesto de pequeños cascabeles metálicos ensartados en una pulsera que se ata al tobillo de los bailarines. Los sonidos producidos varían mucho en el tono dependiendo de su composición y tamaño.

[47]. Es una de las formas de representación teatral más populares del sur de Asia. Históricamente, ha sido el medio de entretenimiento más importante en las aldeas y pueblos del norte de la India. Las ricas composiciones musicales, las historias, llenas de humor y entretenimiento, han tenido una fuerte influencia sobre la imaginación de la población rural.

[48]. Señor.

[49]. Jefe de la comunidad.

[50]. Como hacía Rama.

[51]. Es una preparación hecha a base de arroz y lentejas rojas, muy típica en el sur de Asia. Debido a su fácil digestión, en la cultura india es recomendado como uno de los primeros alimentos sólidos para bebés o convalecientes.

[52]. No es consciente de su propia belleza.

[53]. Puede significar: abuelo, viejo sabio o Señor. Es un término honorífico usado en varias culturas para referirse a los santos. El «ji» es un sufijo incorporado a nombres y títulos para mostrar deferencia.

[54]. Es un tipo de cigarrillo muy consumido en la India, delgado, hecho con hebras de tabaco envueltas en una hoja de *tendu* o *temburini* —el ébano de Coromandel—, que va atada con un hilo de color en uno o ambos extremos.

[55]. Es una bebida alcohólica de baja calidad, con muchas impurezas y altamente tóxica, muy popular en las zonas rurales de la India, así como entre los pobres que habitan las áreas urbanas. Se prepara mediante la fermentación y el destilado de cualquier fruta que tenga un alto contenido en azúcar, como la naranja, la papaya, el plátano o la piña.

[56]. Es una unidad de la numeración india igual a cien *lakhs*, y equivale a diez millones. Es ampliamente usada en la India, Bangladés, Nepal y Pakistán.

[57]. Pan plano indio elaborado a base de harina de trigo, agua y sal.

[58]. Verduras cocinadas en salsa.

[59]. Es el distrito más antiguo de la capital económica de la India y el segundo barrio rojo más grande de Asia. Se estableció después de 1795, con la construcción de las primeras calzadas que conectaron las siete islas de Bombay. En sus calles viven miles de trabajadoras sexuales, muchas de ellas menores y en su mayoría víctimas de la trata de personas.

[60]. Tela tejida a mano en algodón o seda, muy típica en la India, Bangladés y Pakistán.

[61]. Concretamente del Laad Bazaar, bajo el Charminar.

[62]. Es un ritual de oración realizado por los hindúes para recibir, honrar y adorar a una o más deidades, o celebrar espiritualmente un evento.

[63]. Es un recipiente pequeño, de cobre, que se usa para almacenar pequeñas cantidades de agua o leche en los rituales de purificación.

[64]. Ofrecer alimento a un ser humano antes que a una figura de piedra sería una ofensa para muchos creyentes, pero «yo soy pagano, creo en mí mismo», pensó el anciano.

[65]. La ceremonia del cordón sagrado es una ocasión muy significativa en la vida de un hindú. Esta ceremonia tiene por objeto iniciar al individuo en la trayectoria intelectual y espiritual. El niño viene al mundo cuando su madre le da a luz, a través del parto natural, pero cuando el gurú o el maestro le instruye en el Gayatri Mantra, se considera como su segundo nacimiento.

Sawai. 21 cuentos sobre lo que verdaderamente cuenta
Sagar Prakash Khatnani

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del texto: Sagar Prakash Khatnani, 2018.

Diseño de la portada: Planeta Arte & Diseño

© Grup Editorial 62, S.L.U., 2018

Ediciones Luciérnaga

Av. Diagonal 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2018

ISBN: 978-84-17371-51-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.

www.eltallerdelllibre.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

BIENESTAR



¡Síguenos en redes sociales!



Índice

SINOPSIS	6
PORTADILLA	7
NOTA DEL AUTOR	8
DEDICATORIA	9
ADVERTENCIA	10
1 g. GENEROSIDAD	11
NOTA DEL EDITOR	12
RECIBIR, DEL VERBO DAR	13
2 g. IGUALDAD	18
TÚ Y YO NO SOMOS IGUALES, SOMOS SINGULARES	19
3 g. REPRESIÓN	23
EL ESPANTAPÁJAROS	24
4 g. ENCASILLAR	28
LA MANO QUE QUIERE A VECES TAMBIÉN HIERE	29
5 g. AUTENTICIDAD	33
CITA	34
¿CUÁNTO TIENE QUE GRITAR TU VOZ INTERIOR PARA QUE LA ESCUCHES?	35
6 g. BUSCAR	39
ESTOY DELANTE DE TI, ¿ACASO NO ME VES? ATENTAMENTE: LA FELICIDAD	40
7 g. PRIORIDADES	43
TÚ ERES TU ESPEJISMO Y TÚ ERES TU SED	44
8 g. RABIA	47
LA IRA ES CIEGA	48
9 g. LA MUERTE	51
¿VIVES O EXISTES?	52
10 g. GRATITUD	56
¿BUSCAS O ENCUENTRAS?	57
11 g. VANIDAD	62
UNA FLOR DE LOTO	63

12 g. CUESTIONAR (se)	68
LA MAHARANÍ LOCA	69
13 g. PREJUZGAR	74
ATISHA	75
14 g. AVARICIA	80
EL POBRE ARVIND	81
15 g. ARREPENTIMIENTO	87
EL MURO DE LOS RECUERDOS	88
ATENCIÓN	93
16 g. COMPARACIÓN	94
AMA TU CAMINO	95
17 g. COMUNICACIÓN	105
EL QUE TENGA ALGO QUE DECIR QUE HABLE AHORA O SUFRA PARA SIEMPRE	106
18 g. PASIÓN	112
QUE EL BAILE TE ACOMPAÑE	113
19 g. RECONCILIACIÓN	121
Y CUANDO LLEGUE LA MUERTE, LA ACEPTARÉ. Y CUANDO LLEGUE LA VIDA, LA APROVECHARÉ	122
20 g. ACTITUD	132
HACER ES SER	133
21 g. HILAR	145
SÁLVESE QUIEN SUEÑA	146
CUENTO AL CUENTO	157
AGRADECIMIENTOS	160
ATENCIÓN	163
NOTAS	164
CRÉDITOS	229
¡Encuentra aquí tu próxima lectura!	230